



Biografía de la Beata
SOR MARIA ROMERO

Biografía de la Beata Sor María Romero

Padre Luis Pacheco

Biografía de la Beata Sor María Romero

**Segunda Edición
San José, Costa Rica
2004**

Biografía de la Beata Sor María Romero
Segunda Edición
Padre Luis Pacheco

Edición General
Ligia Ma. Ovarés Ramírez

Diseño y Diagramación
Carlos Fernández Alvarado

Impresión
Talleres de Artes Gráficas,
Colegio Técnico Don Bosco

San José, Costa Rica - 2004

INDICE

Prologo	11
---------------	----

Capitulo 1

María Romero Meneses	12
Alumna del colegio María Auxiliadora	12
El voto de castidad	14
Hacia El Salvador	14
La vida en el noviciado	15
Asistente de novicias en San Salvador	16
Nuevamente en Granada como maestra	17
La consagración para siempre	18
Grave pena familiar	19

Capitulo 2

Sor María en Costa Rica	21
Afectada por la artritis	22
La oración de Sor María	22
Sor María se consagra como esclava de María	23
Los cuadros del Sagrado Corazón y de María Auxiliadora	24
Grandes apuros	26

Capitulo 3

Problemas internos con los Oratorios	27
Las misioneritas de Cristo	28
Situación difícil de la comunidad	29
Labor de las misioneritas	30
Los Oratorios se expanden	31
Las fiestas de los Oratorios	32

Capitulo 4

La fiesta de la madre	34
Los gastos de las fiestas	35
La primera comunión y el desayuno	36
Los premios de navidad	38
Orando para que las superiores comprendan el plan de Dios	39
La comida de los pobres	40
El banco de Sor María	42

Los cuadros del Corazon de Jesus y de Maria Auxiliadora	43
Los paquetes si alcanzaran	44
Las fiestas de los Oratorios y la lluvia	44
El rosario perpetuo	45
Las medallas del escapulario	46
Los regalos de los pobres	47

Capítulo 5

Giras de evangelización	48
Más empresas evangelizadoras	48
¿Acaso la Virgen nos ha fallado?	49
La fiesta de los inocentes	50
El agua de la Virgen	51
Una explicación sobre el agua de la Virgen	53
El pozo de la Virgen	54

Capítulo 6

Preparativos para el traslado	57
El traslado a la nueva casa	58
Las primeras alumnas de costura	59
Problemas con los ladrones	59
Sigue el problema con los ladrones	60
Sor María y sus pobres	61
Las consultas y consejerías	62
Las culebras en la nueva casa	64
Las mujeres de la ayuda	64

Capítulo 7

La devoción de los quince sábados	67
El permiso para la construcción de la nueva casa	67
Sor María calumniada de brujería	68
Siguen los problemas de brujería	69
La capilla nueva y una prohibición terminante	70
Las consecuencias con el público	71
Grandes penas por el rechazo de sus superiores	72

Capítulo 8

Bilocalaciones	74
Los bancos de la iglesia y un éxtasis	74
El futuro teatro	75
El préstamo al banco	77
Premiación navideña de 1969	79

Becas para misioneros	81
El anillo precioso	81

Capítulo 9

Una niña sanada y una amistad profunda	83
La mujer del año	84
Sor María prepara su viaje a Italia	85
Las botellas rotas	86
Sor María en Italia	86
En la casita nativa de San Juan Bosco	87
Visita a Loreto	89
Roma, el Papa y regreso a Turín	89
Turín, Milán y regreso	91

Capítulo 10

Las sorpresas de la ausencia	92
Casa independiente	92
Asayne	93
El carácter de Sor María	95
Muerte de Luisa y terremoto de Managua	96
El niño sanado	97

Capítulo 11

La Virgen corrige sus escritos	99
Inauguración de las primeras casas	100
Sor María y sus publicaciones	100
Mayo, mes de la Virgen	101
Cruzada de la modestia	102
La mujer del año	103

Capítulo 12

1977, el último año de vida de Sor María	105
La última fiesta de su reina aquí en la tierra	105
Hacia el descanso temporal y eterno	106
El vuelo al cielo	107
La gratitud del pueblo	108
De nuevo en la casa de la Virgen	109
El triunfo final	110

Apéndice	113
----------------	-----

Bibliografía	127
--------------------	-----

PRÓLOGO

Cuando decidí escribir la biografía de Sor María Romero, el trabajo me obligó a oír y ver tantas cosas sobre su vida que llegué a convencerme que realmente estaba ante la figura de una mujer extraordinaria.

Son todavía muchas las personas vivas que conocieron a Sor María y cada una tiene un recuerdo especial, algunas tienen anécdotas interesantísimas sobre ella. Yo he podido reunir algunas pero otras se irán perdiendo cuando las personas pasen a la eternidad.

Si Dios lo permite, continuaré recopilando lo que llegue a mi conocimiento. En esta biografía la espina dorsal de ella ha sido el libro "Con María todo para todos como Don Bosco", la autora es Sor María Domenica Grassiano, Hija de María Auxiliadora. Su libro es una mina preciosa de información. Con todo debo anotar que adolece de una mejor distribución del material, por lo que su lectura resulta a veces un poco cansada. Sin embargo, reconozco el valor científico y documental del libro.

La presente biografía ha sido escrita para el público en general, que lo que desea es conocer detalles de la vida de Sor María. Debido a esto carece de citas sobre el origen de la información recabada. La persona que desee una información más científica es invitada a consultar la bibliografía sobre Sor María que va al final, especialmente el libro de Sor Doménica Grassiano.

Con todo puedo afirmar que lo narrado en esta biografía es verdadero y que no he escrito ninguna fábula para hacer más atractiva la vida de esta santa. La lectura de la vida de Sor María debe acercarnos más a Jesús, pues El es el centro y el fin de todo. Para Sor María, Jesús era "Mi Rey y lo mismo debe ser para nosotros".

Que Dios te ayude a disfrutar la lectura de la vida de esta su sierva, a imitar sus virtudes y su espíritu de oración.

Padre Luis Pacheco

CAPITULO 1

María Romero Meneses

Nació María Romero Meneses el 13 de enero de 1902 en la ciudad de Granada, Nicaragua. La ciudad está ubicada a orillas del Gran Lago de Nicaragua, tiene una extensión de más de ocho mil kilómetros cuadrados. Es tan extenso que en algunos lugares no se alcanza a ver la ribera opuesta. Su clima es cálido porque está a menos de 50 m de altura sobre el nivel del mar. La casa donde nació Sor María Romero está convertida en Museo y uno de los cuartos es capilla con un hermoso altar de mármol.

El 20 de enero la pequeña María es bautizada en la Iglesia La Merced, amplia y esbelta iglesia colonial, construida en calicanto.

Pequeñita aún, es criada por su abuela. Todavía niña, sus padres la mandaron a clases de piano y violín. También a esa edad, recibió clases de dibujo y pintura. Tanto en la música como en la pintura fue muy hábil y fueron éstas las clases que impartió después como maestra en el colegio.

Sus padres fueron Don Félix Romero, casado en segundas nupcias con Ana Meneses, su madre. Don Félix fue Ministro de Hacienda en el gobierno de Santos Zelaya.

En la Iglesia La Merced la niña María hizo su primera comunión a los ocho años de edad, junto con otros doscientos niños y niñas.

Sor María en su familia tuvo un hermano, Juan, y cuatro hermanas: Matilde, Basilia (Chila), Luisa y Pastora.

Alumna del Colegio María Auxiliadora

Como a los 10 años de edad, María pudo conocer al Delegado Apostólico del Papa para toda Centroamérica, que visitó la ciudad de Granada, era Monseñor Juan Cagliero, uno de los hijos predilectos de San Juan Bosco y primer Obispo Salesiano. El Obispo vio a María entre el grupo de niñas y personas mayores y le puso la mano en la cabeza.



Sor María Romero Meneses a sus quince años de edad

María hizo sus estudios hasta el nivel de sexto grado, teniendo como maestras a sus tías. Al mismo tiempo continuaba con sus ejercicios de piano y violín.

En 1914, María comenzó a frecuentar la escuela de las Hermanas de María Auxiliadora, como alumna externa. La inscribieron allí sus padres especialmente con el fin de que obtuviera diploma oficial de la escuela primaria y poder luego ingresar en la secundaria.

Sin embargo, María perdió gran parte del año aquejada por una fiebre reumática que la llevó al borde de la tumba. Estaba en cama paralizada. Únicamente podía mover un poco la cabeza. Los meses pasaron y el médico dijo que ya su corazón comenzaba a ceder.

Por milagro de la Santísima Virgen comenzó a sanar y poco a poco mejoró. Con todo, las piernas le quedaron un poco débiles de tal forma que más adelante tenía que tomar un descanso a media jornada, después de esta enfermedad siguió sus estudios con mucho éxito.

Escogió como confesor al P. Emilio Bottari, director del Colegio Salesiano de Granada. En el Colegio María Auxiliadora se invitaba a las alumnas mayores a inscribirse en la Asociación de Hijas de María. El 8 de diciembre de 1915, María se inscribió en ella con mucho gozo. Ella declaró: “Ese fue uno de los días más felices de mi vida... me sentía toda de Dios... me sentía en el cielo”.

El voto de castidad

Sor María explicó a Sor Anita Cavallini: “Estando en quinto grado de primaria hice voto de castidad para toda la vida”. Era Director del Colegio Salesiano de Granada el Rev. P. Emilio Bottari. El era confesor del colegio y confesor mío. Le tenía mucha confianza y le venerábamos como un santo.

De acuerdo con él, señalamos el sitio y la hora para mi entrega al Señor. Llegado el momento, en la Capilla de los Salesianos, teniendo por testigo a Jesús Sacramentado, esperaba yo el momento fervorosa y entusiasmada.

Apareció el P. Emilio con roquete y estola y recibió mi voto, decidida a darme a mi dueño, a mi Rey para siempre. La vocación se arraigaba en mi alma cada vez con más fuerza.

Ciertamente el P. Bottari, hombre muy apreciado, siendo confesor de la niña María, la conocía bien y sabía lo que estaba haciendo. Por eso juzgó que debía recibirle el voto de castidad a tan corta edad y que esto no era ninguna imprudencia, sino un llamado temprano de parte de Dios.

Hacia El Salvador

La joven María realizó sus estudios de secundaria en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora de la misma ciudad de Granada.

Cuando ya tenía casi 18 años, pidió a sus padres el permiso para ingresar en la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, fundada por San Juan Bosco y Santa María Doménica Mazzarello en Turín, Italia.

Sor Francisca Lang, Directora del Colegio, le regaló entonces el libro “La imitación de Cristo” de Tomás de Kempis, este precioso librito acompañó a Sor María hasta el final de su vida.

Un día, en el locutorio del Colegio, María echándose en brazos de su

hermana Matilde, le dijo: "Sabes, he visto a la Virgen, pero no se lo digas a nadie". Tal vez haya sido ésta la primera experiencia mística con la Virgen que tuvo María. No se le conoce otra anterior.

Con el permiso de sus padres, María fue enviada por sus superiores salesianas a El Salvador, para ingresar allí al noviciado y prepararse a la vida religiosa. El viaje en ese entonces se acostumbraba hacerlo primero en tren hasta el Puerto de Corinto, allí se tomaba una lancha que atravesaba el Golfo de Fonseca hasta el Puerto de Cutuco o La Unión en el Salvador, y de allí se iba en tren hasta la capital, San Salvador.

El 19 de marzo de 1920, le impusieron la esclavina negra, especie de investidura sagrada. María comenzó entonces a usar el hábito negro, distintivo en aquel entonces, de las Hijas de María Auxiliadora. Este hábito fue su uniforme durante toda su vida. La imposición de la esclavina se hizo antes de la bendición con el Santísimo Sacramento, ese 19 de Marzo, día de San José. A Sor María se le dio el trabajo como profesora de música y directora del coro.

Debió entonces dirigir el coro, compuesto por muchachas internas del colegio, novicias y hermanas profesas. Sor María tuvo como maestra de Novicias y formadora a Sor María Zanatta, que era también directora del colegio.

Durante el noviciado, Sor María trabajó en el Oratorio Festivo, junto con una ayudante, porque las niñas que lo frecuentaban eran muchas. Les enseñaba catecismo y en los recreos jugaba con ellas y también cantaba, saltaba y bailaba con las niñas. La querían mucho.

La primera presentación solemne de Sor María como organista fue el 24 de Mayo, fiesta de María Auxiliadora. Ese día le impusieron la medalla, otro paso hacia la consagración en la familia de San Juan Bosco, como Hija de María Auxiliadora. En la noche hubo la presentación de un drama en cuatro actos. Durante los intervalos tuvo a su cargo el entretener al público con piezas musicales al piano.

La vida en el noviciado

El 6 de enero de 1921, María recibió el hábito religioso de las Hermanas de María Auxiliadora y pasó a llamarse Sor María Romero. La palabra Sor es contracción de la palabra Soror, que significa hermana. Este es el título que reciben todas las mujeres que entran a formar parte de una congregación religiosa o de un monasterio. Es una costumbre que viene desde la

edad media y que con el tiempo podemos llegar a verla desaparecer.

Sor María fue realmente muy hábil en la música, al grado de tocar el Himno Nacional de El Salvador, que es muy complicado, el Nabuco de Verdi y otras piezas muy difíciles. La música le sirvió para alabar a Dios. Más tarde, acostumbrará entrar a la iglesia, sentarse al armonio y tocar piezas a su Rey y a su Reina.

De sus años de noviciado confió ella a Sor Ana María Cavallini: “¡Qué feliz era yo en el noviciado!. Veía santas a todas las Hermanas, sobre todo a la Maestra de Novicias, Sor María Zanatta, me parecía ver en ella a la Virgen”.

En este tiempo estaban todavía construyendo el Colegio, después de la destrucción del terremoto de 1917. San Salvador tiene el triste privilegio de padecer periódicamente terribles terremotos. Sor María, junto con las compañeras novicias ayudaban en los trabajos de reconstrucción transportando ladrillos, arena, cal y hasta agua para las labores de reparación.

Una vez, después de comentar el Evangelio, la Maestra de Novicias, Sor Zanatta, les dijo a sus novicias: “Vayan al Sagrario y le preguntan a Jesús: Señor, ¿quién soy yo para Ti? Sor María tomó esto al pie de la letra y se fue a la capilla. Cuando vio que estaba sola se acercó al Sagrario y le preguntó a Jesús: “Señor, ¿quién soy yo para Ti?”. Más tarde, Sor María confió a Sor Ana María Cavallini que, desde el Sagrario, Jesús le contestó: “Tú eres la predilecta de mi Madre y la consentida de mi Padre”. Volvió ella a ver si estaba alguien en la Iglesia, pero estaba sola.

Esta experiencia mística le quedó tan grabada que, más de treinta años después, en 1959, según se lee en sus escritos privados, Sor María volvió a preguntar al Señor: ¿Quién soy yo, Jesús? Tú eres la predilecta de mi Madre y la consentida de mi Padre, fue la respuesta. La misma de antes, pues Dios no cambia. Y para Ti, ¿quién soy?, añadió Sor María y la respuesta fue: Mi amada.

Asistente de novicias en San Salvador

Estas experiencias místicas tan hermosas ciertamente hacían crecer el amor de esta religiosa a Jesús y a María, tanto que podemos decir, fue el distintivo de su vida. Lo mismo su gran deseo de llevar almas a Jesús.

El sábado 6 de enero de 1923, fiesta de la Epifanía del Señor, o manifestación a los Reyes Magos, Sor María hizo su primera profesión religiosa y entonces fue de verdad Hija de María Auxiliadora, al emitir los votos

de pobreza, castidad y obediencia. En sus apuntes personales escribió: "Oh Jesús, enséñame a hablar, trabajar y vivir no más que de tu amor, en tu amor y para tu amor". Todo esto nos indica que ya el amor de Jesús estaba entrando con fuerza y ardor en su corazón.

Al terminar el noviciado en la ciudad de San Salvador, Sor María fue nombrada allí mismo asistente del grupo formado por las aspirantes, postulantes y novicias. Estaban todas juntas porque eran pocas.

Una de las novicias, Mercedes Barberena, a quien conocí ancianita, bondadosa y que daba las gracias por todo, narra que la Maestra de Novicias, Sor Zanatta, le dijo que ella no podía seguir en el noviciado, ya que su falta de salud no le permitía continuar en la vida religiosa.

Inmediatamente ella fue a buscar a su asistente, Sor María y llorando le contó todo lo acaecido, Sor María le dijo: "No llores. Sobre la Maestra está Dios. Tú no saldrás y llegarás a ser Hermana de María Auxiliadora". Lo dicho se cumplió, Sor Mercedes profesó en 1924 y superó los 50 años de profesión religiosa.

Nuevamente en Granada como maestra

El 24 de Mayo de 1924, Sor María Romero partió para Granada, Nicaragua, como maestra de música en las dos obras que tenían allí las Hermanas de María Auxiliadora, el Colegio y la Escuela Profesional. Allí Sor María trabajó por siete años, hasta 1931 en que viajó a Costa Rica.

En Granada Sor María fue nombrada asistente de las internas. Su oficio era estar con ellas y acompañarlas en los recreos, en el comedor, en la capilla y en el dormitorio. Sus asistidas la querían mucho. Con todo, pronto tuvieron que removerla debido a que no lograba conseguir disciplina con las niñas. A sus alumnas les impartía clases de piano, canto, dibujo, pintura y mecanografía. Inventó un método especial de mecanografía y las niñas aprendían rápidamente.

Al final del año escolar se acostumbraba hacer exposiciones de las labores realizadas durante el curso escolar. Entonces era cuando podían admirarse las bellas pinturas de las alumnas de Sor María.

Pasaba algunos recreos cortos en la capilla junto con sus alumnas.

- ¿Qué haces allí?, le preguntaban.

- Rezo, canto, recito y les digo cosas lindas a Jesús y a la Virgen.

- ¿Qué recitas?, le volvían a preguntar.

- A veces las poesías aprendidas de niña en los libros de lectura, repli-

caba ella y jocosamente añadía, como aquella: “Subió una mona a un nogal”.

- Pero eso no es para Jesús, le decían.

- A Jesús le gusta todo lo que se hace con amor, respondía.

Las Hermanas la querían y buscaban su compañía. A veces Sor María contaba en forma chistosa las travesuras que le hacían sus alumnas y esto hacía reír a la comunidad.

Ella era el alma de la música en las fiestas escolares, en la capilla y en el teatro. Sus alumnas nunca la olvidaron y muchas la tenían como consejera espiritual aún cuando estaba en Costa Rica. Hasta allá iban con telefonemas, cartas o visitas personales, seguras de ser recibidas siempre con cariño y amor.

La consagración para siempre

El 6 de enero de 1929, Sor María pronunció los votos perpetuos en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora en la ciudad de Granada. Después de los primeros votos, que se hacían por tres años, luego otros tres años más y finalmente se hacían para toda la vida.

En esa ocasión sucedió un hecho muy hermoso en la gruta de la Inmaculada que está al lado izquierdo de la Iglesia. Hoy en esa gruta una placa de bronce recoge ese acontecimiento. La señora Ofelia Zurker lo narra, recibido de la boca misma de Sor María, en el proceso para su beatificación. Sor María le dijo así a doña Ofelia: “No sabes que ese día recibí de la Santísima Virgen una primera llamada a la santidad. ¿Recuerdas la estatua de la Virgen que está en la gruta en el patio, cerca de la capilla en la Casa de Granada? Había sembrado alrededor varias plantitas de flores de las que en Granada llamamos lirios y les dicen en otras partes varitas de San José. Soñaba con ver a la Santísima Virgen rodeada de flores blancas, pero nunca se les veía ni una flor a las plantitas.

Se acercaban mis votos perpetuos y le pedía a la Virgen una prueba: que, si iba a ser una buena religiosa, para ese día floreciera alguna. Entré a hacer unos días de retiro para prepararme y no había ni sombra de lirios.

Llegó el suspirado día y, cuál no sería mi emoción, cuando después del acto fui a ver a mi Reina en su gruta y la encontré rodeada de bellísimas flores blancas. Todos los lirios habían florecido. Era una señal de que la Santísima Virgen esperaba mi entrega total, que me diera de lleno con todas mis fuerzas a propagar su devoción, narrando sus maravillas y a

darle sin medida a hacer el bien a mis hermanos.

Esa fineza de la Santísima Virgen, de mi Reina, fue verdaderamente para mí una llamada a la santidad". Sor María lloraba de emoción al narrar esto a Ofelia.

Grave pena familiar

En Granada Sor María era profesora en el Colegio que regentaban las Hermanas y en la Escuela Profesional. De una obra a la otra hay una distancia como de un kilómetro y medio. A veces iba de un lugar a otro a pie y otras tomaba un coche tirado por caballos.

En 1930 llegó una gran pena para Sor María y toda su familia: para don Félix, su papá, Doña Anita, su mamá y sus hermanos Matilde, Chila, Luisa, Pastora y Juan, que en ese momento estudiaba en Estados Unidos; Juan se casó en ese país y allá permaneció.



Sor María entre sus dos hermanas, Chila a la izquierda y Pastora. Delante, su sobrina Anita.

Don Félix se puso como fiador de una amigo en un banco. El amigo lo traicionó y Don Félix quedó pobre y endeudado. Entre otras propiedades, en el centro de Granada tenía un edificio de dos pisos, pero todo se perdió.

Don Félix era un hombre de fe, pero no lograba reponerse y perdonar al causante de sus problemas. En estas condiciones, aunque siguió fiel a la Iglesia, frecuentando la Santa Misa, no se atrevía a comulgar. Esto era también un dolor grande para Sor María. Ella oraba por su padre para que pudiera perdonar.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, la Santísima Virgen le hizo un gran regalo a Sor María. Resulta que, después de la fiesta se encontró ella con el Capellán, el P. Gerónimo Gadea, que le dijo que ese día había dado la comunión a Don Félix, su papá. El gozo de Sor María fue inmenso y de esto dio gracias a Dios.

Terminó el año escolar 1930-1931. Sor María durante las vacaciones subió con sus Hermanas Religiosas al volcán Mombacho, que queda frente a Granada. Luego también tomó parte en una misión popular, que llevaron a cabo las hermanas de María Auxiliadora en Masatepe.

Allí aprovechó el clima fresco de esta población e hizo un retiro espiritual con unas 20 muchachas oratorianas.

El 30 de marzo de 1931 hubo una fuerte sacudida en Managua. Tuvo lugar un nuevo terremoto, de los que periódicamente sacuden a esta ciudad. Son experiencias terribles y destructoras, con muchos muertos. Los heridos, muy numerosos, fueron llevados a la ciudad de Granada. A Sor María le tocó atender a muchos de estos pobres enfermos.

Sor María había sido ya destinada a Costa Rica, pero no pudo partir porque las vías férreas estaban destruidas.

Finalmente el 19 de abril, Sor María pudo partir para San José de Costa Rica. Va en compañía de otra Hermana. Deja Nicaragua, su Patria con dolor y a su familia en la pobreza. Ciertamente esto fue muy duro para ella, pero no retrocedió en el llamamiento que Dios le había hecho. Vino a Costa Rica como asistente de las novicias. Su papá, Don Félix falleció el 4 de agosto de 1932, apenas poco más de un año desde que ella se despidió de él en Granada. Ciertamente este fue un golpe muy duro para Sor María, pero ella con fe se lo entregó a Dios.

CAPITULO 2

Sor María en Costa Rica

Costa Rica fue para Sor María su segunda patria, pero siempre se consideró nicaragüense y nunca renunció a su ciudadanía. Después de muerta, la Asamblea Legislativa de Costa Rica, reconociendo la maravillosa labor que desarrolló aquí, la declaró "Ciudadana Honoraria de Costa Rica".

Con todo, siempre mantuvo su corazón unido a Nicaragua y especialmente a su ciudad de Granada. Sus relaciones de familia y de amistad con la gente de allá fueron muy grandes. Por eso cuando Sor María fue beatificada, en la calle principal colocaron un rótulo que dice: "Granada, ciudad de Sor María Romero".

En Costa Rica, desarrolló su labor Sor María, teniendo como residencia un terreno de tres cuadras, ubicadas en el Paseo Colón: la del Colegio María Auxiliadora, la del Noviciado, Kinder o Casa Provincial y la Casa de la Virgen. Sólo era atravesar la calle y ya estaba ella en su nueva morada.

Sor María venía destinada como asistente de las novicias y pasó un año con ellas. Al año siguiente 1932, fue enviada al Colegio María Auxiliadora como profesora de canto, música, dibujo, pintura y religión.

La maestra de música era Sor Berta, muy apreciada por sus alumnas, su cambio por Sor María les disgustó mucho a las jóvenes. Las muchachas se escondieron y decidieron no presentarse a clase. Sor María, haciéndose la que ignoraba esto, subió al coro de la Iglesia y se puso a tocar el armonio, como si nada pasara. Las niñas, contagiadas por la música, fueron llegando una a una, hasta que se pudo iniciar la clase de canto.

Sin embargo, a pesar de que Sor María captaba el cariño de sus muchachas, no lograba tener disciplina. Las aulas daban al pórtico y donde se oía ruido, era que allí estaba dando clases Sor María. Esta incapacidad para la disciplina la hizo sufrir mucho, pero nunca se quejó.

Un día, Sor Anita Mikala, checoslovaca, en la comunidad dijo: "Conmigo las alumnas están en clase como en la Misa", indicando con esto la disciplina que tenía. Sor María oyó esto y dijo: "En cambio conmigo las alumnas están en clase como a la salida de Misa". Todas rieron por la ocurrencia, pero sus alumnas sí aprendían a amar a Dios con ella.

Afectada por la artritis

Desde un principio Sor María se involucró en el Oratorio Festivo. Ya tenía experiencia de ello en San Salvador y en Granada. El Oratorio Festivo funcionaba todos los domingos en el Colegio María Auxiliadora.

Varias Hermanas iban todos los domingos a Pavas a dar catecismo y a entretener a los niños y niñas. Esta población en ese tiempo quedaba a varios kilómetros de San José. El espacio entre la capital y Pavas estaba ocupado por fincas de café, con sus beneficios para sacar el grano. Actualmente forman una sola ciudad. Sor María iba también a Pavas, porque allá se necesitaba su música; enseñaba cantos a ese oratorio y al del colegio.

Sor María sufría ya de artritis y en 1934 esta enfermedad le afectaba las manos y los pies. Sin embargo, a pesar del dolor no dejaba de tocar el piano todos los días. La artritis le molestó tanto, que sentía dificultad al hacer la genuflexión, a veces se le dificultaba estar de rodillas y debía estar sentada en la Iglesia.

La gente ya venía para consultarla; alumnas del colegio, madres de familia y hasta antiguas alumnas de Granada. Algunas venían en grupo desde Nicaragua para hablar con ella. Sor María estaba contenta de volverlas a ver y una vez les dijo: “Mis queridas exalumnas, yo quisiera hablar personalmente con cada una de ustedes, pero me es imposible por falta de tiempo. Lo que si les digo es que lo primero que hago todos los días es encomendar a María Auxiliadora a los hijos de las exalumnas”.

La oración de Sor María

Más adelante volveremos a tratar este tema. Por ahora veamos nada más que la unión con Dios en Sor María era algo maravilloso y las respuestas de Jesús y María para ella eran prontas y sencillamente extraordinarias, los ejemplos que siguen nos lo darán a conocer.

Había una muchacha, Agripina, que trabajaba en el colegio y hacía de sacristana. Ella aseguró que al terminar las clases, o cuando tenía un tiempo libre, veía entrar en la capilla a Sor María, con la mirada fija en el tabernáculo y le oía decir: “Aquí estoy, Jesús”.

Siendo sacristana, Agripina se daba cuenta de las numerosas visitas que Sor María hacía a Jesús Sacramentado. Por la mañana temprano, dice Agripina, venía a mi habitación a pedirme las llaves de la capilla.

Yo iba detrás de ella y oía que, cuando entraba, decía: “Buenos días,

Jesús". Lo mismo hacía con la Virgen y esto con su mejor sonrisa.

Rosa Vásquez, vecina de Palmares, me contó que, habiendo trabajado tres años con Sor María Romero, en cierta ocasión entró a la Capilla a darle un recado. La vio concentrada en profunda oración y levantada como medio metro del suelo.

Fue tal la impresión que recibió Rosa al ver esto y considerar la especial presencia de Dios allí, que se volvió caminando de espaldas hasta salir fuera de la Iglesia. El recado se quedó para otra ocasión.

Visitando el santuario de San Vicente de Sarapiquí, lugar de las apariciones de la Virgen como Reina del Amor, me encontré con Doña Iris María Rodríguez, que cuida dicho santuario. Hablando de Sor María, ella dijo que esta había sido su profesora en el Colegio María Auxiliadora de San José. De doña Iris es la siguiente narración.

Mientras era alumna en el Colegio, un sábado fue al cuarto de los Oratorios a darle un recado a Sor María. Al entrar la encontró en oración, pero sufrió una gran impresión cuando la vio de rodillas, pero levantada del suelo y en profunda concentración en el Señor. Fue tal la impresión, que salió del cuarto y se olvidó del recado que debía darle.

Años más tarde, siendo ya una persona mayor, doña Iris fue a visitar al Santísimo en la Capilla actual de la Casa de la Virgen. La sorpresa que se llevó fue grande al ver a Sor María de rodillas, pero levantada del suelo y en profunda oración.

A su lado vio también otra religiosa, orando y levitada. A las dos las vio de espaldas, pero doña Iris creyó que la otra religiosa era Santa María Mazarello, fundadora de las Hijas de María Auxiliadora, que oraba con Sor María.

Cuenta también doña Iris que siendo ella una de las misioneritas, muchas veces ayudó a Sor María a colocar las melcochas en paquetes para los diversos Oratorios y a colocar las monedas de cinco y diez centavos en paquetitos, que luego se distribuirían a las misioneritas que no tenían dinero para el pasaje del bus, al ir a trabajar a los Oratorios.

Sor María se consagra como esclava de María

En 1934, Sor María pidió a la Madre Inspectora permiso para poder formar entre las oratorianas y las alumnas mayores un grupo de catequistas para mandarlas de dos en dos a evangelizar a los pobres en los barrios bajos de la capital. La Inspectora dudó concederle este permiso, pero al fin

accedió. En ese tiempo la extensión de San José llegaba hasta la Sabana, a pocas cuerdas del colegio. Los tugurios o barrios pobres eran muchos alrededor de la capital. La pobreza también era muy grande.

Durante esos años el confesor y director espiritual de Sor María fue el P. José Turcios, Superior de la vecina casa salesiana, el mismo que más tarde fue por 19 años Arzobispo de Tegucigalpa en Honduras. La Directora del Colegio era Sor Zanatta, la que había sido su maestra de Novicias en San Salvador.

En 1935, a los 33 años de edad, Sor María se consagró como Esclava de María, según las enseñanzas de San Luis Grignon de Monfort, una práctica muy favorecida especialmente en ese tiempo.

La espiritualidad de Sor María se orientó desde entonces por los canales de San Luis de Grignon de Monfort, pero sin abandonar la espiritualidad salesiana de San Juan Bosco.

Para conocer mejor la espiritualidad mariana de Sor María, veamos lo que ella nos dejó en sus escritos espirituales: “¿Quién es mi tesoro y encanto, mi alegría, mi consuelo, mi celestial primavera, mi Reina y Señora, mi dueña absoluta, mi soberana y Emperatriz excelsa, mi dicha y mi cielo, mi obsesión y locura, mi descanso y mi paz, el amor de Jesús y mío, la mamá linda de Jesús y mía... la complacencia del Padre, el tesoro y encanto de Jesús y la delicia del Espíritu Santo?”. La respuesta se da por sabida: es María Santísima.

Los cuadros del Sagrado Corazón y de María Auxiliadora

En el año de 1938, Sor María comenzó a propagar la devoción de los Primeros Viernes con comunión eucarística en honor al Sagrado Corazón de Jesús. A esto añadió la entronización de cuadros del Corazón de Jesús y de María Auxiliadora en los hogares. Lo mismo intensificó la devoción de los Adoradores de Jesús Eucaristía o Adoradores del Santísimo Sacramento.

Con respecto a la entronización de los cuadros del Sagrado Corazón y de María Auxiliadora, ella nos cuenta en sus escritos sobre las Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora, que hasta finales de 1950 las misioneritas habían entronizado, con sus respectivos cuadros 4108 del Sagrado Corazón de Jesús y 4794 de María Auxiliadora en la ciudad de San José y sus alrededores. Esto representa un trabajo ingente hecho con mucho amor a Jesús y María. En esta labor se dieron varios milagros, como el siguiente, que nos cuenta la misma Sor María, en la entronización

de los cuadros en Escazú.

Se hizo la entronización de los cuadros de Jesús y de María Auxiliadora el día de Cristo Rey. Se llevaron los cuadros respectivos, cada uno con su vidrio: 288 cuadros del Corazón de Jesús y 400 de María Auxiliadora. Cada cuadro, después de la ceremonia y bendición, debía ser colocado en cada casa.

Al día siguiente Sor María envió a la señora Marta de Escalante a ordenar los cuadros que habían sobrado y traerlos al colegio de María Auxiliadora, base de operaciones de Sor María. Ella estaba en la portería, cuando regresó doña Marta. Al entrar dicha señora hacía un esfuerzo, como quien llevaba algo pesado. Sor María y las que la vieron entrar dijeron: Pero, ¿por qué tanto esfuerzo por unas cajas vacías?.

- Nada de vacías, contestó doña Marta. Están llenas.

Todas se pusieron a reír, pero al abrirlas encontraron la gran sorpresa de que en verdad estaban llenas. Sólo faltaban 16 cuadros del Corazón de Jesús y 100 de María Auxiliadora, Dios había multiplicado los cuadros en forma maravillosa. Ante tal prodigio Sor María y sus compañeras se pusieron a gritar de alegría. Luego llamaron a las alumnas presentes para que constataran el hecho. Todas no cabían de alegría por estar viendo este prodigio del Señor y de María Santísima.

Estos cuadros que sobraron sirvieron después para la entronización del Corazón de Jesús y de María Auxiliadora en San Rafael de Desamparados.

Dios se mostraba muy contento con esta labor de entronizaciones a tal grado que los prodigios siguieron. Cuenta Sor María que un día fue a la fábrica de los cuadros a pagar dos mil colones que se debían por los trabajos realizados. Dos mil colones eran entonces más de 300 dólares. El gerente le dijo:

- Ya las facturas están pagadas.

- No puede ser, replicó Sor María. ¿Quién las pagó?.

- Vino una monjita, replicó el gerente y las canceló.

Al mismo tiempo le mostraba las facturas canceladas. Sor María vio esto como un milagro, porque ninguna de sus Hermanas religiosas la había pagado, ni tampoco ninguna religiosa de otra congregación. Ella supuso, según escribió, que sería Santa María Mazarello, la fundadora con San Juan Bosco de su congregación, enviada por Jesús y María Auxiliadora para mostrar el agrado que tenían por las entronizaciones de sus efigies en las familias.

Grandes apuros

Sor María ya tenía experiencias de la bondad de la Santísima Virgen con la labor que ella estaba realizando y por eso tenía tanta confianza en esta maravillosa Madre. Una de estas experiencias la había tenido en 1946, precisamente el 24 de diciembre. Se iban a entregar los premios a los niños de los Oratorios en el colegio. Los niños ya estaban esperando en sus respectivas filas en la plaza frente al colegio. Era una plaza libre de árboles y se usaba para jugar fútbol. Hoy esta plaza ha sido convertida en un parque.

El problema de Sor María era que sólo tenía parte de la ropa que iba a repartir y necesitaba mil colones para comprar el resto.

“Decir lo que a la Virgen suplicamos en la iglesia, sería imposible. A gritos le rogábamos en lo íntimo del alma como si fuera sorda”, escribe Sor María. Al salir, todavía preocupadísima, la muchacha de la portería estaba esperando a Sor María para entregarle un sobrecito, que contenía ochocientos colones, como regalo de Navidad para los Oratorios. Los enviaba un cooperador.

“Ahora sí pueden entrar los niños”, termina de escribir Sor María. “¡Viva la Virgen!, contábamos antes con 200 colones en caja.” Mientras estaban premiando a los primeros, una Hermana religiosa fue al comercio a comprar la ropa que faltaba. Además, mientras entraban los niños, un chofer de una exalumna, trajo una gran canasta con más de cien juguetes muy valiosos. Los muchachos curiosos al ver tanto juguete, lo rodearon de tal forma, que casi no lo dejaban caminar.

Lo anterior lo escribió Sor María Sor Vitalina Vargas, ya fallecida, me añadió que ella estaba con los niños en la plaza. Como pasaba el tiempo y no los hacían entrar al colegio, ella fue a ver qué pasaba, por eso pudo estar presente cuando llegaban todas esas ofrendas enviadas por la Virgen.

CAPITULO 3

Problemas internos con los Oratorios

Desde Granada sus antiguas alumnas se comunicaban con ella por teléfono, o venían personalmente a San José para exponerle sus problemas. Muchas de aquellas alumnas, que le dieron tanto qué hacer con su indisciplina, fueron más tarde sus mejores bienhechoras para sus obras.

Al principio de sus actividades con los pobres y los Oratorios no faltaron problemas con Hermanas religiosas que desaprobaban sus trabajos. Varias veces le prohibieron continuar aumentando sus Oratorios y como dos o tres veces la hicieron suspender sus trabajos.

Una hermana religiosa me contó un hecho que ella presencié personalmente. En una ocasión estaba Sor Laura Medal conversando con unas personas, hablando de los milagros que estaba haciendo la Virgen. Todas las oyentes estaban entusiasmadas. En eso llegó Sor María y recalcó con nuevos datos los milagros sucedidos. Llegó luego la Hermana Directora y, al oír los acontecimientos relatados, le dijo a Sor María: “¿Cree usted que es por sus oraciones que Dios está haciendo estas cosas?”.

Era una pregunta que sonaba a regaño. Sor María, sin contestar nada, se dio media vuelta y se alejó. Siempre fue muy humilde.

Referente a estos problemas internos y regaños, viene bien el caso que nos cuenta Marta Guzmán, de cuando era alumna del Colegio. Ella era una de las cantoras del coro de Sor María y algunas veces la ponía a dirigir el coro, mientras ella tocaba el armonio. Marta aprovechó en una ocasión para payasear, mientras dirigía el coro, haciendo reír a todas sus compañeras. En esto entró la Hermana Directora y regañó fuertemente a Sor María por esa indisciplina. Las muchachas quedaron en un silencio sepulcral ante la actitud disgustada de la superiora, Sor María pidió perdón, pero no dijo ninguna excusa.

Cuando la superiora le prohibía hacer una determinada obra de apostolado, o le mandaba cerrar un Oratorio, o le negaba el personal que necesitaba para los Oratorios o el catecismo, ella a lo más decía: “¿Qué hacemos?”. Si el problema no se resolvía, decía: “Recemos. Las almas no son

mías, sino de Dios. Yo sólo trato de salvarlas, pero si me ponen tantos tropezos, El verá cómo se las arregla. Yo no soy más que un instrumento en sus manos”.

También tenemos el hecho muy revelador de la humildad de Sor María, que nos narra Sor Mercedes Pineda. Es el siguiente: Una vez había un problema que disgustó mucho a la Inspectora. Delante de todas las hermanas, ella dijo que todas las dificultades de la casa provenían de Sor María y su compañera, Sor Laura Medal, que ya trabajaba junto a ella en la obra social. La única solución sería sacarlas a ellas y mandar a otras.

Sor María, sin inmutarse contestó: “Eso mismo digo yo, Madre. Usted puede mandar a quien quiera. No hago falta. La obra es de la Virgen”.

Por eso nos damos cuenta que los problemas de Sor María no eran pocos y que las incomprensiones internas no faltaban de parte de sus Hermanas religiosas, aunque muchas estaban con ella y colaboraban en la obra. Sor Mercedes Pineda asegura que fue testigo de varios casos semejantes, pero que Sor María nunca demostró disgusto.

Las misioneras de Cristo

Sor María amaba a los pobres con un amor tierno y doloroso. Iban a ella por una camisa, por un pan, por un medicamento, pero sobre todo por el amor gratuito, respetuoso y sonriente que les daba. Pero no significa esto que Sor María fuera floja con ellos. A este respecto Sor Virginia Valverde nos cuenta que mientras hablaba con ella se acercó un señor de buena estatura y aparentemente saludable a Sor María. El señor pidió a Sor María una limosna. Ella lo miró de arriba a abajo y le dijo: “Vaya a trabajar”, y no le dio nada. Cuando el individuo se retiró, dijo a Sor Virginia: “Yo no aguanto a los vividores”.

El amor y la preocupación por los pobres se le intensificó a Sor María cuando una de las muchachas del coro, que fue a visitar un tugurio, le explicó cómo se vivía allí: un techo de lata, dos paredes de cartón apoyadas en la colina, el piso de tierra apelmazada, sin muebles, sin vestidos, sin víveres. Allí vivían familias enteras con niños y perros.

Otra niña del coro dijo que esa gente abandonada era presa fácil del ateísmo y del comunismo. Varios comunistas visitaban esas casas una por una para ganarlas a su causa atea.

Sor María al oír esto, dijo: “Muchachas, ¿estaremos con los brazos cruzados contentándonos con lanzar suspiros al cielo?. Ni pensarlo. Ma-

nos a la obra, de la misma manera que ellos trabajan para el mal, nosotras trabajaremos para el bien; ciertamente antes rezaremos.

Chicas, es necesario que también nosotras vayamos a las casas de los pobres, no para hablar de odio y venganza, sino de caridad cristiana, de fe y de confianza en la Divina Providencia. Con la ayuda de Dios y de la Virgen, lo lograremos”.

Todas respondieron con un sí. Sor María añadió: Vosotras seréis las PEQUEÑAS MISIONERITAS DE CRISTO. Iréis de dos en dos, como los discípulos del Señor. Llevaréis víveres y vestidos, pero sobre todo hablaréis del Reino de Dios”.

La cita para iniciar el trabajo fue la Navidad de 1939. Estaban en el mes de octubre.



Sor María rodeada de las misioneritas, alumnas que le ayudan y eran catequistas

Situación difícil de la comunidad

Cuando la comunidad de Hermanas del colegio empezó a ver llegar paquetes grandes y pequeños, sacos de comestibles, víveres, ropa y que ade-

más todo se guardaba en el cuarto concedido a Sor María para sus Oratorios, y a oír hablar de ayuda a los pobres, varias aprobaron esto, pero no faltaron entre sus Hermanas quienes calificaron a Sor María de excéntrica. Ella tenía los permisos debidos de sus superiores y tomó a los pobres como una posesión suya.

En sus notas privadas leemos que había escrito al Señor: “¡Oh Jesús! ¡Qué diera por poder ir a la casa de los pobres para enseñarles a amarte, a amar a la Virgen y al prójimo!”.

La respuesta que recibió, según las mismas notas privadas, fue: “Hazlo por medio de las oratorianas”. Pero parece que la situación interna con las Hermanas no dejaba de darle problemas. Estos ciertamente la hacían sufrir, por lo que preguntó a Jesús: “¿Entonces, harás milagros?”. La respuesta fue: “Sí. Con tal que creas y te abandones en mí como te he dicho. Cree y verás”.

Desde finales de Octubre de 1939 las misioneritas fueron dos veces por semana, después de las clases del colegio, para aprender a ser apóstoles, con formación que les daba Sor María. Ella les dijo: “Antes de entrar a un hogar se invoca a la Virgen con la jaculatoria: “Pon tu mano, Madre Mía. Ponla antes que la mía”. Después se saluda con cariño a los niños y a los adultos. Mientras una de las misioneritas habla de Dios, la compañera reza en silencio y con fervor, para que Dios bendiga las palabras que se están diciendo.

Labor de las misioneritas

El 25 de diciembre las misioneritas hicieron de dos en dos, su primera experiencia por los diversos barrios pobres de la capital. Sor María, mientras tanto, estaba en la capilla rezando y contemplando al Niño Jesús recostado en el pesebre, como los pobres.

Las muchachas fueron bien recibidas e invitadas a volver. Repartieron muchas melcochas para los niños. Al anochecer volvieron al colegio. Sor María salió de la capilla a recibirlas. Luego les dijo: “Este día es memorable. No lo olvidaremos: primero por ser Navidad y luego porque el Divino Sembrador ha salido hoy con ustedes”.

Llegó el año 1940 y las misioneritas seguían su trabajo. Al finalizar cada mes, le daban cuenta a Sor María de su labor. Junto a las misioneritas activas Sor María organizó también el grupo de Misioneras de la Oración. A él pertenecían las que no podían ir a visitar las casas de los pobres.

Como no le cabían las donaciones para los pobres en el cuarto que le habían asignado, Sor María hizo fabricar armarios que colocó alrededor del cuarto. Los armarios se llenaban de ropa y comestibles y pronto eran vaciados.

En la Navidad de 1940, el 24 de Diciembre en la tarde, se escogieron 34 casas de las más pobres. A ellas fueron enviadas las misioneritas de dos en dos. Llevaban paquetes de café, azúcar, pan, dulces y cuadros del Corazón de Jesús y de María Auxiliadora para entregar a estas casas. Todas las familias recibieron con júbilo la visita no esperada de estas enviadas de Sor María.

Los Oratorios se expanden

En 1941 Sor María organizó entre sus muchachas la Acción Católica y las Hijas de María. Una de estas muchachas fue a llevar una botella de leche a una anciana muy necesitada. Se encontró con que buena parte de los vecinos estaban reunidos alrededor de un protestante que estaba adoctrinándolos. Regresó y le contó esto a Sor María. Sor María habló a la nueva directora del colegio, Sor Eugenia Quaglia y le expuso el problema.

Le propuso enviar a sus misioneritas a dar catecismo al Barrio Corazón de Jesús, cercano al colegio, donde vivía la anciana pobre. La Directora le contestó: "Que vayan a dar catecismo a todas partes". Esto fue lo que dio alas a Sor María para ampliar su obra.

Hasta el Arzobispo de San José, Mons. Víctor Sanabria, informado de todo, regaló un prensa papel de un valor de 500 colones, para rifar y hacer frente a los gastos. Así nacieron los Oratorios.

Para 1956 los Oratorios eran ya 36, pero veamos su desarrollo. Llegó una nueva provincial, Sor Anita Zanini. Ella deseaba que se preparara a las alumnas mayores para ir a dar catecismo. Después de esta invitación, escribe Sor María: "Al Domingo siguiente, pudimos abrir, por medio de las muchachas y algunas exalumnas, ocho Oratorios."

En 1945 los Oratorios eran 20, más uno abierto en Tilarán, a 150 kilómetros de la capital, por una exoratoriana. En su escrito "Las Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora", Sor María nos habla de los múltiples problemas, dificultades y peligros sufridos por las misioneritas. Pero nos narra también todos los milagros y gracias de Dios en favor de esas muchachas y de las actuaciones de la Santísima Virgen en favor de ellas.

Tuvieron que escapar de toros que las perseguían, hacer largas cami

natas a caballo, dormir en salones de escuelas, dormir sobre pajas en las cuales apareció después un nido de culebras, viajar en lanchas, pero de todo peligro las protegió el Señor.

Las fiestas de los Oratorios

Los Oratorios se hicieron después dobles: niñas por las mañanas y niños por la tarde. Cada Oratorio tenía su santo protector: de 3 a 5 años, el Ángel Custodio; de 6 a 7, Domingo Savio; de 8 a 9, San Juan Bosco; de 10 a 11, San José; de 12 para arriba, El Sagrado Corazón. Las muchachas también tenían su protector: El Ángel Custodio, Madre Mazarello, Don Bosco, Santa Inés y María Auxiliadora.

Cada grupo tenía la fiesta el día del santo y cada Oratorio tenía su propio estandarte. En las reuniones generales cada oratoriano recibía una cinta con el color del estandarte de su Oratorio. De esta manera era fácil reunir en un momento cada grupo de oratorianos alrededor de su estandarte.



Sor María y sus niñas en una de las fiestas del Oratorio

Habían unas fiestas especiales en las que se congregaban todos los oratorianos y oratorianas en la plaza, hoy parque, que está frente al colegio. Allí se desarrollaban toda clase de juegos: carreras de sacos, carreras de

cintas, carreras de velocidad, etc. luego se repartía la merienda para todos. Las niñas se reunían en la mañana y los niños en la tarde. Era un trabajo enorme, pues llegaron a reunirse en esas ocasiones cerca de seis mil niños y niñas.

Los gastos que estas fiestas demandaban eran muchos, pero la Virgen era la que se encargaba de enviar el dinero, según la fe de Sor María y de sus ayudantes. En esas ocasiones se hacían también procesiones multitudinarias. Año con año se repetían. Las fiestas eran La Asunción de la Santísima Virgen (fiesta de la Madre en Costa Rica), Sagrado Corazón, Cristo Rey, La Inmaculada y María Auxiliadora.



“El mejor modo para servir al Creador es hacer el bien a los hermanos”.

Beata Sor María Romero

CAPITULO 4

La fiesta de la madre

Con el fin de tener una idea sobre la financiación para esta fiesta, veamos lo que Sor María nos narra en el escrito que nos dejó: "Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora". En este escrito Sor María nunca se pone ella personalmente, sino indirectamente como la encargada de los Oratorios u otras expresiones semejantes.

El 15 de agosto es el día de la Madre en Costa Rica. Litúrgicamente es el día de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos. Sor María estaba en el inicio de sus oratorios y quería que esta fiesta de la Virgen no pasara inadvertida por sus niños.

Reunió a sus catequistas ocho días antes de la fiesta y les propuso su celebración. Decidieron invitar a las mamás de los niños, pero en la asamblea que se iba a tener, los cantos y la poesías serían a la Santísima Virgen.

¿Cuánto iría a costar la fiesta?. Después de hacer cálculos vieron que para los primeros gastos se necesitaban al menos 200 colones. (Estamos hablando de la moneda en ese tiempo, que tenía muchísimo valor). En caja Sor María tenía sólo un colón; pero Sor María dijo a las catequistas: Ya verán como la Virgen hoy mismo nos mandará el dinero, porque ella sabe que mañana es el único día que disponemos para hacer las compras. Esto provocó una risa general en todas las muchachas al ver la fe que Sor María tenía a la Santísima Virgen.

En ese momento apareció la hermana Directora, procedente del recibidor. Sor María se adelanta y le dice: Hemos resuelto hacer a la Virgen una fiestecita el día de la Asunción, ¿qué le parece?; el único problema es que necesitamos 200 colones.

- ¿Sólo doscientos colones?, pregunta la Directora.
- Sí, sólo 200 colones.
- Pues aquí los tiene.

Sacando del bolsillo un paquete, la Hermana Directora se lo entregó a Sor María. Eran 200 colones. "Un señor acaba de traerlos para los niños pobres y, ¿quién más pobre que los niños de los oratorios". Un grito de

admiración de las catequistas fue el final del diálogo. Ciertamente la fe de las muchachas fue reforzada con este suceso. La prontitud de la respuesta de la Virgen fue admirable. Ante estos casos, Sor María solía gritar: ¡Viva la Virgen!.

Concluye Sor María: De este modo, con la realización de un milagro, quedó establecida en los oratorios la fiesta de la Virgen el día de la Asunción.



Sor María y Sor Laura con la señora Zeneida Calvo y su hija.

Los gastos de la fiesta

Las concentraciones de los Oratorios se seguían haciendo en las fechas acostumbradas, pero los gastos para dichas fiestas seguían aumentando. Esto no desanimaba a Sor María, que sabía que la Virgen nunca le iba a fallar. Ella misma es la que nos narra el siguiente caso:

El gasto para la concentración de los niños y las niñas de los oratorios no bajaba ya de dos mil colones: gastos de la banda musical para acompañarla en la procesión, gastos para la comida que se daba a los centenares

de niños, gastos para el arreglo de la iglesia, etc.

En 1949, Sor María debía pagar por el pan de los niños y niñas quinientos colones y no contaba ni con un centavo. Llegó el empleado de la panadería con varias canastas de pan y la factura.

Los apuros de Sor María eran grandes, pero también era grande su confianza en Jesús y María.

- Siéntese aquí, le dijo al empleado, mientras atiendo a los niños y niñas de Primera Comunión y luego vengo a atenderlo a usted y saldarle la cuenta.

Cuando Sor María abre la puerta del locutorio, aparece una señora colaboradora. Se muestra muy feliz por haber encontrado de golpe a Sor María, sin tener que esperar que la localicen. Luego puso en manos de Sor María una limosna, que había ofrecido por la venta de unos terrenos. Sor María recibe la ofrenda hecha a la Virgen y la cuenta.

Son 500 colones, los mismos que ella esperaba de la Virgen. De las manos de Sor María, pasan los 500 colones a las manos del empleado. La factura está cancelada, pero él ni siquiera se entera del milagro.

No así, Sor María y sus ayudantes, que pueden comprobar una vez más las bondades de María Auxiliadora. Un "Viva la Virgen" es el agradecimiento a tan buena Madre.

La primera comunión y el desayuno

Siguiendo sobre el mismo tema de los gastos de Sor María y su gran confianza en la Santísima Virgen, ponemos otro hecho que ella nos narra en sus escritos sobre las Obras Sociales. Se refiere a los primeros tiempos de sus Oratorios. Un día se presentó la catequista del Barrio Keith muy apenada. Quince de las niñas que está preparando para la primera Comunión son muy pobres y no pueden comprarse el vestidito para el 8 de diciembre.

- No importa, le contesta Sor María. Que la hagan con ropa ordinaria. Basta que estén preparadas con lo que enseña el catecismo. Pero después Sor María pensó que eran el primer fruto de sus Oratorios y que la Primera Comunión es uno de los más bellos actos de la vida y que por lo tanto se debe hacer con esplendor. Dijo entonces a la catequista:

- Dile a tus chiquitas que no piensen en el vestido, que la Virgen se los va a regalar.

- Muy bien, contesta la catequista. La Superiora del Buen Pastor le manda a decir que ella le puede comprar la tela a dos colones la yarda, en

una tienda donde la venden muy barata.

- Dile a la Superiora que le agradezco mucho. Que compre la tela y pasado mañana viene por el dinero.

Al día siguiente Sor María, después de la visita al Santísimo, se acordó de la conversación con la catequista. Entonces pidió a la Virgen que le mandara pronto, a ser posible el mismo día, cincuenta colones para comprar la tela. Por la noche, la hermana Directora le entregó un sobrecito. Al abrirlo, allí estaban los cincuenta colones. Al amanecer, Sor María preguntó a la Superiora quién le había enviado el dinero.

- Yo creía que usted sabía de dónde venía ese dinero, le contestó. Una Hermana me lo entregó, ya que una señora se lo dio para usted.

Sor María se dio cuenta de que los cincuenta colones no alcanzaban, por lo que volvió a pedirle a la Virgen 50 colones más. A las 11 a.m., a la hora de la salida de las alumnas, se presentó en un carro una señorita, que deseaba saludar a Sor María. Cuando ella apareció, le dice:

- ¡Que bien!, deseaba verla sólo para entregarle personalmente esta limosna para los Oratorios. La he recogido yo personalmente entre mis familiares. La limosna era de 50 colones.

Cuando ya faltaban sólo ocho días para la fiesta, vuelve la catequista de Barrio Keith y le manifiesta el deseo que tenía de prepararles a las niñas un desayuno en su casa. A lo más necesita cinco colones, le manifiesta a Sor María, porque lo demás se lo han regalado.

- Cinco colones para el café y quince para el maní y las melcochas, piensa Sor María, son 20. Está muy bien, añade. También este dinero nos lo dará la Virgen.

- ¿Cuándo vengo por el dinero?, pregunta la catequista.

- El lunes a las ocho de la mañana, es la respuesta.

El sábado en la noche, Sor María conversa con las alumnas internas y les cuenta de los milagros que está haciendo la Virgen y añade:

- Yo necesito para el lunes a las 8 a.m. 20 colones. No tengo ahora ni un centavo, pero verán como el lunes a las 8 a.m. tengo los 20 colones exactos enviados por la Virgen de alguna manera.

Al día siguiente, las alumnas de alguna confianza iban a preguntar a Sor María si ya tenía el dinero y ella respondía:

- Todavía no lo tengo, tiene que ser el lunes a las 8 a.m.

En la noche, la Hermana Directora dio la Buenas Noches (un sermoncito) a las alumnas internas. Les dijo que el Señor premia las buenas obras ya desde esta vida y luego añadió: Esta tarde un señor nos dejó 20 colones para los niños pobres.

Al salir, Sor María corrió y le preguntó a la Directora: ¿Para quién tiene destinado usted esos veinte colones?

- Para usted naturalmente, para los Oratorios. Pero se los daré mañana a las 8 a.m. porque ahora usted no los necesita.

- ¡Cuán buena es María Auxiliadora!, exclama Sor María al final de este relato. Todo provenía de la Virgen y era para ella. Sor María no quería apropiarse de nada. Así fue como las niñas del Barrio Keith tuvieron su fiesta de Primera Comunión y su desayuno apropiado.

Los premios de navidad

Para abundar más en el amor que María Auxiliadora tiene a Sor María y para ver la gran confianza de ella en la Virgen, me voy a permitir introducir un relato más sobre el tema. Es la misma Sor María quien lo narra y yo lo cojo de sus escritos. Se refiere al año 1945.

Para la premiación de Navidad, en diciembre, ya Sor María tiene la ropa de las niñas casi lista: 300 vestidos, 800 delantales y gran número de bolsas con ropa interior. Faltan sólo la mitad de los juguetes y la ropa de los niños. Es ya 13 de diciembre. Con fe y esperanza en la Virgen, ya Sor María ha dejado encargadas y empaquetadas las 300 piezas de ropa para varones por un valor de 800 colones. Era la primera vez que se iba a dar ropa a los niños. "Ya verá usted como la Virgen nos depara el dinero, dijo Sor María a la dueña de la tienda de ropa. De lo contrario usted podrá venderla."

Las catequistas ya están avisadas que el 19 pueden venir por la ropa y el 21 por los juguetes, esto con el fin de que tengan tiempo de empacar todo el material.

El 14 de diciembre, una señora viene al colegio y deja 100 colones a beneficio de los Oratorios. Más tarde una cooperadora regala 50 colones. Al día siguiente dos exalumnas traen 130 colones. Poco a poco va llegando el dinero hasta completar los 800 colones. Sor María fue a cancelar enseguida la ropa de los niños y a ver el valor de los juguetes. Pero al hacer las cuentas sabe que necesita mil colones para comprar los juguetes. El 21 de diciembre era el día fijado para que vinieran las catequistas a retirar los juguetes. Sin tener todavía un centavo, Sor María le dice temprano a una Hermana: "¿Podría usted acompañarme a las nueve de la mañana a hacer algunas compras?". No había pasado quince minutos cuando esa Hermana viene corriendo y deposita en las manos de Sor María un paquete-

e, diciéndole: "Tome Hermana, la Directora le manda a decir que el Niño Dios le envía este aguinaldo de Navidad". Lo abre Sor María y encuentra adentro 800 colones. La Hermana Directora llega, ve lo sucedido y le dice:

- ¿Qué, necesita usted más?.

- Sí. La Virgen olvidó que lo que necesitamos son mil colones.

- Entonces, abra la gaveta, responde la Directora, y coja la limosna que hay allí.

Sor María cuenta el dinero de la gaveta y son 200 colones exactos, "¡Viva la Virgen!", exclama. Igualmente para Sor María, como para Don Bosco, Ella (María Auxiliadora) lo ha hecho todo.

Sor María concluye el relato diciendo: "A las 9:30 a.m. estábamos ya comprando los juguetes para que los enviaran inmediatamente al colegio". Pero falta algo más. De regreso, Sor María ve unos juguetes que le parecen muy lindos para obsequiar uno a cada Oratorio. Valen en total 70 colones. Ella no tiene ya dinero, pero sí una gran confianza en que la Virgen se lo mandará. Por lo tanto encarga los juguetes. A las cinco horas de haber regresado al colegio, la Virgen le ha mandado de forma prodigiosa los 70 colones. Luego decide comprar más ropa para las niñas. La Virgen le va mandando con exactitud matemática todo el dinero que necesita.

Las catequistas ven llegar los innumerables paquetes y al mismo tiempo viene el dinero para pagarlos. Cada vez que esto sucede, ellas gritan de alegría, como electrizadas por todo lo que están contemplando. Ciertamente, éstas muchachas, que donan su tiempo para trabajar con Sor María, sienten crecer su fe y su amor a Jesús y a María y aprender a gritar en cada caso: "¡Viva la Virgen!".

Orando para que las superiores comprendan el plan de Dios

En 1938 llegó de México la postulante María Soledad Dávila. Las Hermanas poseían un terreno como de media manzana calle de por medio de la Casa Inspectorial, mirando al oeste. El terreno estaba cultivado de café. En tiempo de cosecha la postulante mexicana estaba cogiendo café junto con otras compañeras. Sor María se acercó y le dijo: "Mientras cogemos café, recemos Avemarias, porque un día aquí en lugar de café, se van a cosechar muchas almas para Jesús, por medio de María Auxiliadora. Verás, esta será la Casa de la Virgen y de aquí saldrá su gloria. La postulante fue después Sor María Soledad Dávila Gabiri.

En 1945 Sor María Soledad fue destinada al colegio de San José como

ayudante de Sor María en los Oratorios. Apenas terminado el año escolar, casi todos los días salía con Sor María a solicitar ayuda a las personas pudientes y a las tiendas de ropa para premiar a los niños de los Oratorios. Al salir pasaban cerca del cafetal, rezando Avemarias. Sor María Romero le decía: “Reza mucho para que las superiores comprendan el Plan de Dios”.

Muchas veces y a muchas personas Sor María les habló de las obras que se harían en el cafetal. A Sor Ángela Sessa le dijo un día, señalándole el cafetal: “Aquí en este lugar vi a San Juan Bosco. Estaba sonriente y con la mirada fija en el cafetal”. Señalándolo con la mano pronunció estas palabras: “Allí se desarrollará una gran obra”.

Sor María fue a hablar con la Madre Josefina Genzone, que era la Provincial. Le pidió permiso para edificar en el cafetal un pequeño taller de costura esto con el fin de recoger muchachas que rezaran, aprendieran catecismo y costura. Ella imaginaba algo parecido a lo que tenía Madre Mazzarelo en Mornese, en el inicio del Instituto de la Hijas de María Auxiliadora. La provincial creyó que era una broma y, tomándolo como tal, le dio permiso. Sor María habló con el Padre Turcios, más tarde Arzobispo de Tegucigalpa, y preparó todo lo necesario para bendecir el terreno. Reunió algunas oratorianas y muchachas del colegio. Consiguió un balde de agua bendita e hizo la procesión por el terreno. Mientras el Padre Turcios iba rociando todo con agua bendita, las muchachas cantaban y oraban. Pero la procesión no pasó inadvertida y la superiora al ver todo esto, convirtió el sí en un no.

La comida de los pobres

El local que tenía Sor María en el colegio para guardar víveres, ropa y todo lo referente a los Oratorios, se volvió pequeño. Como era muy alto, ella inventó ponerle un segundo piso y ampliarlo. Luego se comenzó a hacer la distribución de la comida de los pobres. Todavía sigue la costumbre en la distribución semanal de comida. Sor María nos narra cómo se originó esto. Nos dice: “A fines de 1953 vino una antigua oratoriana, llamada Margarita. Tenía los ojos hinchados de llorar, porque desde el día anterior no había podido dar nada de comer a sus hijitos. Le di una bolsa de galletas y le dije que volviera al día siguiente, a la misma hora para darle algo más.”

Después de esto, Sor María se fue a hablar con la Hermana Directora.

Le contó lo sucedido y le pidió permiso para darle a la pobrecita al menos una libra de frijoles por semana. Le pidió también autorización para hacer lo mismo con cualquier antigua oratoriana que se encontrase en iguales condiciones.



Sor María mientras atiende a sus niños de los Oratorios

- ¿Dónde conseguirá los frijoles?, le preguntó la Directora.
- Pues allí está la gracia, respondió Sor María.
- Si la Virgen quiere me los da. Lo que necesito yo es su permiso.

Recibió el permiso e inmediatamente se fue a la Capilla a decirle a María Auxiliadora, que si estaba contenta de que dieran comida a los pobres, lo manifestara enviando, llovidito del cielo, el primer saco de frijoles, como lo había hecho antes con unas medallas que necesitaban para imponer los escapularios. En esa oración estaba cuando llegó una Hermana que, tocándole el hombro, le dijo: "Pronto, que la llaman por teléfono, hace tiempo que la estamos buscando".

Puesta al teléfono una señora le dice: Usted no me conoce, pero es que tengo una promesa y desearía ir a dejársela.

- ¿Qué es? Pregunta Sor María.

- Una sorpresa, fue la respuesta.

- ¿Una sorpresa?, dígame por favor qué es.

- Es un saco de frijoles.

- Venga por favor mañana antes de las 4 p.m. porque a esa hora tengo que dar una bolsa de frijoles.

Al día siguiente estaba la señora a la hora indicada con dos quintales de frijoles.

- Es un milagro, dijo la señora a Sor María. Habíamos empleado todos nuestros ahorros en sembrar frijoles. Pero después de nacidos comenzaron a marchitarse, de tal manera, que mi esposo estaba desesperado. "No se desespere, le dije, ofrezcamos a María Auxiliadora, que si reviven los frijoles, le llevaremos para los pobres el primer saco que recojamos".

Al día siguiente los frijoles parecían otros: alegres y fresquitos, bailando movidos por la brisa. Vea ahora, ¡que hermosos!

- Parecen de la tierra prometida, añadió Sor María observándolos.

María Auxiliadora hacía nacer su obra, la comida para los pobres, entre dos columnas de milagros.

Minutos después, la antigua oratoriana tenía su buena bolsa de frijoles y galletas. Después se fue agregando arroz, fideos, pan azúcar o dulce, carne y verduras. Enseguida apareció otra oratoriana en condiciones de hambre y luego otras más. Después vinieron pobres vergonzantes, acibillados por el hambre y pidiendo socorro. A todos se le daba y se les apuntaba para que vinieran a una distribución semanal.

La obra de repartir comida a los pobres continúa en la Casa de la Virgen. Una vez por semana se ven señoras que vienen con bolsas a recoger su comida semanal. Antes deben hacer un servicio de limpieza en la casa y participar en una oración y catequesis.

El "banco" de Sor María

La Santísima Virgen era el "banco" al que acudía Sor María para obtener el dinero necesario para sus gastos de los Oratorios. Como la Santísima Virgen tiene tanto dinero, nunca le falló, aunque a veces la hizo pasar apuros antes de escucharla. Veamos un caso de éstos que nos cuenta Sor Bernarda Figueras. Ella era entonces religiosa joven y presencié lo sucedido.

Sor María premiaba para Navidad a los niños de sus Oratorios. En cierta ocasión estaba la entonces placita de San Francisco, frente al colegio, colmada de chiquillos que esperaban su regalo de Navidad: un pantalón, una camisa y un buen juguete, con las consabidas melcochas. Sor María sabía que esos chiquillos debían irse con el ilusionado premio, pero no le alcanzaba el dinero. Los niños eran más de 400. Ella dependía de la Directora del colegio a la que le dijo:

- Hermana Directora, ¿me permite pedir fiado a las tiendas de ropa para atender a esos muchachitos?

- De ninguna manera, contestó la Directora, ni una deuda más.

Muy dolida Sor María, hizo lo que acostumbra hacer en estos casos. Se fue a los pies de la Virgen a decirle: “Madre mía, esos niños que gritan en la plaza necesitan su regalo. No puedo pedir fiado porque no me lo permiten. A ver qué vas a hacer.”

Estando así en coloquio con la Virgen, llegó la joven que atendía en la puerta y le dijo: “tengo mucho rato de andarla buscando, porque hay un señor en la portería que necesita hablar con usted”.

Se fue rápido a buscar al señor, que le dijo: “¿Recuerda Sor María, que le pedí oraciones para vender una finca de mucho valor? Pues ya la vendí y aquí le traigo lo prometido”.

Le entregó un sobre que contenía dinero suficiente para mandar a comprar la ropa que necesitaba, lo mismo que los juguetes. Los niños se fueron felices con sus premio navideños.

Como dato curioso me permito añadir aquí, algo que contó Sor Bernarda Figueras: “Sor María tocaba el piano en forma maravillosa, estábamos en clase y desde ahí oí la armonía que desplegaban sus manos sobre el teclado. No resistí y me escapé de la clase para escucharla de cerca. Mi sorpresa fue que me encontré con cuatro o cinco alumnas de otras clases que habían hecho lo mismo que yo. Era una artista”.

Los cuadros del corazón de Jesús y María Auxiliadora

En el año de 1943, Sor María continuaba con la entronización de los cuadros del Corazón de Jesús y María Auxiliadora en las familias. Un día ordenó mil cuadros a la fábrica que se los proveía. Se pagarían al contado. Al contar el dinero, vio que le faltaban 250 colones y los cuadros ya venían. Puso entonces a todas las muchachas, que colaboraban con ella a rezar. Al poco rato entra una alumna y le entrega un sobre, diciendo: “Se

lo manda mi mamá por una gracia recibida". Contenía cien colones.

Apenas se fue esta muchacha viene otra con un sobre que contienen 150 colones: Ya está todo completo. Las muchachas están emocionadas por la eficacia de la oración: Sor María prorrumpe en su acostumbrado grito: "¡Viva la Virgen!". Todas sus ayudantes corean ese grito.

Sor María no se contentó con evangelizar en los alrededores de la capital, sino que envió sus misioneritas a lugares distantes como Cañas, Bagaces, las Juntas, Barbacoa, San Marcos de Tarrazú, Desamparados y sus distritos (San Antonio, San Rafael, San Miguel, Patarrá) y Santa María de Dota. En aquellos tiempos las comunicaciones eran muy difíciles y a veces había que acudir al caballo, a la lancha, a la avioneta o largas giras a pie. Un día Sor María dijo a Marta Guzmán León, más tarde Hermana de la Caridad: "Quiero hacer un regalito a mis misioneritas, pero no tengo ni un centavo. Me gustaría regalarle a cada una un pañuelo para la cabeza, pero que sea bonito". Apenas había terminado de hablar, cuando la llamaron del locutorio y le entregaron un sobre con 50 colones, exactamente lo que ella necesitaba para comprar los pañuelos.

Los paquetes si alcanzarán

Sor Amable Romano fue a ayudar a alistar los paquetes para la premiación. Sor María le dijo: "Ponga en cada paquete una cobija, un pantalón y una camisa". Sor Amable estimó la cantidad de ropa y creyó que no le alcanzaba para tantos paquetes. Se lo hizo ver a Sor María, que le dijo: "Ya verá que alcanzará y sobrará". Para cada niña se ponía en el paquete una frazada, un vestido y ropa interior. Era poco lo que había; pero alcanzó y sobró para cada paquete. Al día siguiente, al ver ese mar de niños y niñas concentrados en la plaza, pensó de nuevo: "es imposible que alcancen los paquetes para esa multitud". Pero cada uno recibió su paquete y sobró.

Como pago a tantísimo trabajo, la Directora, por miedo a que Sor María se volviera loca, lo que hizo fue reprenderla duramente, diciéndole que no estaba de acuerdo con lo que hacía. Sor María tenía los permisos debidos y sólo respondió: "Gracias, Hermana Directora".

Las fiestas de los oratorios

Las fiestas de los Oratorios se siguieron haciendo, aunque no se invitaban

a todos los Oratorios a la vez, porque los niños y las niñas eran muchísimos. El 19 de Mayo de 1945 se celebró la fiesta de María Auxiliadora y asistieron como 1500 niños. Tuvieron una misa y a todos se les dio desayuno. Por la tarde vinieron las niñas de unos 14 Oratorios. Son como 1900. Juegan y asisten a una función de teatro. Al salir se les da un pan y una melcocha. Luego se organiza la procesión de María Auxiliadora. El cielo se oscureció y comenzó a llover. El mes de Mayo es el inicio de la estación lluviosa. Algunos pensaron que ya no se podría hacer la procesión, pero Sor María dijo: "No puede ser, Virgen Santísima, que estas niñas no puedan participar de esta fiesta". Narra Sor Clementina Ramírez que Sor María unió sus manos, alzó los ojos y rezamos un Avemaría y algunas jaculatorias a María Auxiliadora. Al poco rato la lluvia se alejó y se pudo hacer la procesión.

El 19 de Mayo de 1947 se reunieron 24 Oratorios en la plaza frente al colegio con más de 3000 niños y niñas. La Santa Misa la celebró en la plaza el Arzobispo Monseñor Sanabria. Después de la Misa hubo desfile de los Oratorios masculinos, viniendo detrás los femeninos, la banda y luego la imagen de María Auxiliadora. Terminado esto se entregó a todos los participantes un saquito con pan, dulces y sorpresas.

El rosario perpetuo

En el año de 1949 Sor María estableció el Rosario perpetuo entre los niños de los Oratorios. Para esto le dio el rezo de un misterio diario a cada Oratorio. "Felices nos sentíamos imaginándonos que la Virgen estaba contenta de esta práctica", escribe Sor María.

Esto mismo comentaba Sor María con dos muchachas de Lourdes, que habían venido para ayudarle a preparar los premios. Luego añadió: "Verán que la Virgen no tardará en manifestarnos esto por medio de un milagro. Mientras tanto recemos para que nos depare cuanto antes 800 colones que debemos de la fiesta pasada".

A los pocos minutos de estas palabras, llegó radiante una señora. Viene muy alegre y le da un abrazo a Sor María. Luego le dice: "Le traigo la limosna que ofrecí para los Oratorios, si María Auxiliadora me concedía la gracia que le estaba pidiendo. Es una limosna grande. Adivine cuánto es".

- ¿Cincuenta colones?
- No, mucho más. Alargue la mano.

De cien en cien fue contando hasta llegar a 800 colones.

- Ah, qué milagro, exclamaron las muchachitas que habían oído todo y estaban extáticas viendo contar los billetes.

“Todas estábamos emocionadas, viendo en esto la mano suave y maternal de la Virgen, que nos mostraba sonriente la señal, que por el rezo del Rosario le habíamos pedido”, escribe Sor María.

Las medallas del escapulario

Después de la Segunda Guerra Mundial, en ninguna librería de San José se podían conseguir medallas que sirvieran de escapulario. Debían ser medallas que tuvieran por un lado la imagen del Sagrado Corazón y por el otro la de la Santísima Virgen.

Sor María continuó con la imposición del escapulario, pero sin dar la medalla. A los que recibían el escapulario les recomendaba que, apenas aparecieran las medallas, las compraran, las hicieran bendecir y se las impusieran.

Después de discutir con varias Hermanas, les pareció que ésa no era la forma correcta de imponer el escapulario. Al siguiente año, no habiendo todavía medallas en el comercio, decidieron no imponer el escapulario. Cuando faltaban 15 días para la fecha de la imposición, las misioneritas preguntaron a Sor María:

- ¿Vamos a hacer, o no propaganda para la imposición del escapulario de la Virgen del Carmen?.

- Esperen unos días más, les contestó Sor María, a ver si la Virgen nos manda las medallas, pues sin ellas no habrá imposición.

A los ocho días las misioneritas volvieron con la misma pregunta. Sor María les respondió: Espérenme sólo unos minutos. No tardo en volver y les daré la respuesta.

Sor María se fue a los pies de María Auxiliadora para repetirle una y otra vez: “Madre mía, si te gusta que se imponga tu escapulario, mándame las medallas, lloviditas del cielo, porque sin ellas no haremos este año la imposición”.

Al poco rato se le acerca una Hermana para comunicarle al oído, que la Hermana Directora le había puesto en el escritorio un paquetito y deseaba que fuera a verlo.

Sor María salió y encontró sobre el escritorio un paquetito, que contenía una caja herméticamente cerrada. La abre y allí están las medallas del escapulario. No había ninguna dirección ni remitente.

La alegría de Sor María y de las misioneritas fue inmensa, inmediatamente se desparramaron para hacer la propaganda. El día de la imposición el número de los inscritos era de 300, igual al número de medallas recibidas. Uno más se agregó, pero ya traía su medalla de oro, obsequio de su madre.

Dos años después, Sor María hablaba de esta gracia a las misioneritas, entonces supo que una de ellas, cuya familia se había ido a vivir a Estados Unidos, era quien las había comprado y las había enviado.

Los regalos a los pobres

La mente de Sor María era un volcán de ideas, pero todas para la gloria de Dios, de Jesús su Rey y de María su Reina. Toda su preocupación era alejar las almas del pecado y acercarlas a la salvación. No se contenta con lo que hace, sino que siempre quiere hacer más para el bien de las almas.

Tanto trabajo agotaba a Sor María. En una carta escrita a una de las superiores le dice: "Me siento cansada, cansadísima. Pero no me importa, soy feliz". Se cansaba mucho en sus giras dominicales para visitar los Oratorios periféricos. Por la mañana visitaba unos y por la tarde otros. Al regresar a medio día decía: "He rejuvenecido 20 años estando entre los niños de los Oratorios."

A la entrada de la Casa de la Virgen, con frecuencia, amanecían borrachos durmiendo. Una vez ella los vio y ordenó que les dieran un buen desayuno, muy abundante, con pan, queso, huevo frito, frijoles y una taza de café.

Una de las misioneritas del Barrio Cristo Rey cuenta que Sor María les decía: "Cuando traen ropa para los pobres, que sea limpia, bien arreglada, con sus botones y sus zippers. No hay que creer que porque son para los pobres se puede dar de cualquier manera. A ellos también les gusta lo bueno y lo limpio".

CAPITULO 5

Giras de evangelización

El 3 de febrero de 1951 Sor María emprendió un viaje a Puntarenas, principal puerto del Pacífico de Costa Rica. La acompañaban 38 misioneritas. El viaje duró 4 horas en tren, con gran gozo para todas. Durmieron en una escuela.

Al día siguiente luego de contemplar las bellas playas del Pacífico, 20 muchachas regresaron en tren a la capital. Sor María, con 18 de ellas fue al aeropuerto local y tomó un avión hasta la ciudad de Santa Cruz en Guanacaste. El viaje fue corto, menos de media hora, pero muy movido. Volaron sobre el amplio Golfo de Nicoya. Al bajar del avión, Sor María les dijo: "Ya han visto cómo la Virgen nos ha conducido sanas y salvas. "Inmediatamente comenzaron el trabajo. Ya el párroco les había preparado el ambiente. De dos en dos fueron a invitar a los niños, niñas y personas adultas a las actividades que tenían preparadas. El trabajo se dividió así: Por la mañana atendían a las niñas; después de almuerzo, a los niños; por la tarde a la gente adulta. Se prepararon primeras comuniones, matrimonios y muchas confesiones. El sacerdote del lugar hizo una entronización global de los cuadros del Sagrado Corazón de Jesús y María Auxiliadora. Al regresar, la gente les acompañó agradecida hasta el aeropuerto local. Luego toda la población las despidió cuando subieron al avión rumbo a San José.

Más empresas evangelizadoras

Algunas Hermanas criticaban el trabajo de Sor María, diciendo que las misioneritas no habían estudiado teología y que tenían una preparación deficiente. Sin embargo Sor María continuó adelante y siguió mandando misioneritas a evangelizar lugares distantes, como Quirimán de Liberia, Piedras Negras (más allá de Puriscal), Garza, Cuesta Grande, Cañas, las

Juntas de Abangares, Tilarán, Bagaces e Isla Bejuco. Todos esos lugares en ese tiempo eran de difícil acceso, muchos no tenían carretera. La escasez de sacerdotes, principalmente en la provincia de Guanacaste era muy grande. El Obispo de Alajuela tenía que atender todos esos lugares y agradecer la ayuda que se les prestaba. Monseñor Román Arrieta y Monseñor Delfin Quesada, cuando sólo eran sacerdotes, ocasionalmente acompañaron a las misioneritas en sus giras de evangelización.

Junto a las misioneritas, Sor María organizó los misioneros. Eran jóvenes que se preocupaban por acercar a los niños a los Oratorios para la diversión y la catequesis. Según el número de los niños que llevaban al Oratorio, recibían un premio especial.

Para finales de 1951, Sor María ya enumera 10.873 entronizaciones de María Auxiliadora en los hogares y 11.490 cuadros del Corazón de Jesús, también entronizados en los hogares. Es enorme el trabajo que esto representa y también los gastos económicos no son menores. Pero todo esto es para que Jesús y María reinen en las familias.

Sor María recibió la colaboración de muchas de sus Hermanas religiosas en estos trabajos. Muchas atestiguan que también ellas se agotaban de esta labor, pero lo hacían con mucho gusto. Sin embargo Dios permitía que los problemas internos siguieran mortificando y no poco a Sor María, pero ella siempre obedecía a su superiora, en las buenas y en las malas.

En 1949, en cierta ocasión, se le prohibió pedir ayuda para sostener la obra de los Oratorios. Sin embargo, esto no duró mucho y presto se le retiró la prohibición. Pero todo esto no dejaba de causarle muchos sufrimientos.

¿Acaso la Virgen nos ha fallado?

Hacia finales de 1954, Monseñor Rubén Odio, nuevo Arzobispo de San José, visitó el Colegio María Auxiliadora y habló paternalmente con las catequistas que trabajaban con Sor María. Al empezar el año 1955 la Hermana Directora le dijo a Sor María: "Esto de los Oratorios va tomando cara de una nueva obra. Yo no puedo autorizar que se introduzca una nueva obra sin la autorización de la Madre Inspectora. Le ruego que la consulte al respecto".

Sor María fue corriendo a la Casa Inspectorial y enseguida encontró a su superiora. Habló con ella de los Oratorios y de la comida de los pobres. Enseguida recibió esta respuesta alentadora:

- Pues si esto es lo que desea la Madre General, que ayudemos a los pobres.

- Entonces, ¿puedo seguir?, preguntó Sor María.
- Claro que sí. Siga adelante, fue la respuesta.

A finales de 1955 los pobres que recibían ayuda eran casi cien. Los niños de los Oratorios superaban ya los cinco mil. Era una obra grandiosa en favor de los pobres, pero esto representaba también un problema no pequeño para la organización del colegio. Estos problemas hacían que algunas Hermanas miraran con no buenos ojos la obra social que se estaba realizando.

No se contaba con una cuota fija para todos los enormes gastos, "¿no sería esto una temeridad?", pensó Sor María. Se fue entonces a consultar a la nueva Madre Inspectora. Conversaron un rato sobre el asunto. La Superiora lo pensó unos momentos y luego le dio una respuesta, desde el punto de la fe en Dios: "Si usted tiene fe, siga adelante. El día que no tenga que dar, pues no dé nada".

Ante esta respuesta Sor María no dudó mucho, y como dejó escrito, luego se dijo a sí misma: "¿Acaso la Virgen nos ha fallado alguna vez?". Y con esta fe Sor María siguió adelante en sus trabajos por los pobres y por los oratorianos, teniendo como único fundamento su fe en Jesús y en María.

La fiesta de los inocentes

Esto se remonta al año de 1995. Todos los años, al repartir los premios en los Oratorios, siempre se hacían presentes las mamás de los niños pequeños, que tenían en sus brazos. Les tocaba pasar horas al sol y sufrir empujones para que llegara su turno y preguntar: ¿Y a mi chiquito no le dan nada?.

- Vea señora, era la respuesta, aquí no regalamos, sino que premiamos a los niños que asisten al catecismo en el Oratorio. Como su chiquito no puede ir al catecismo, no tenemos ropa preparada para él.

Esto que estamos escribiendo es Sor María misma quien lo narra en su libro "Las Obras Sociales". Añade Sor María que no había forma de hacer entender a estas mamás. Las señoras no se retiraban hasta que se les daba algo de lo que sobraba. Claro que esto representaba un trabajo extra, por lo que Sor María y las otras Hermanas regresaban a la comunidad extenuadas de cansancio.

Un día una de las Hermanas dijo: "¿Porqué no dejar a esos chiquitos y a sus mamás para el 28 de diciembre, día de los Inocentes?". La idea pare-

ció buena a la mayoría y se la comunicaron a la Hermana Provincial. Ella también la vio buena y la aprobó.

El 24 de diciembre en la tarde de ese año 1955, se comunicó esto a las señoras presentes, unas 70. La noticia se regó y el 28 a las 2 p.m. se inició la repartición de los regalos para unos 221 chiquitines y sus mamás. La Provincial, Madre Bernardini, que había sido misionera, estaba allí presente, emocionada y llorosa, recordando su trabajo misionero. De esta manera quedó establecida la fiesta de los Niños Inocentes. Para darle un sentido espiritual a esta fiesta, determinó Sor María que se hiciera en honor del Niño Jesús, perseguido por Herodes y recordando a los primeros mártires, degollados por este impío rey.

Al año siguiente, se preparó la fiesta para mil niños. Se compraron 10 cajas de galletas. Sor María recomendó a la Hermana que iba a hacer la repartición que les diera sólo a los niños y no a las mamás. Era domingo y si las galletas se terminaban, no podrían conseguirse más, pues el comercio estaba cerrado. La Hermana repartidora, al ver que la caja que habían abicrto no disminuía, comenzó a darles también a las mamás. Cuando despidieron a la última señora, la Hermana repartidora preguntó: ¿Qué, ya se terminó?.

- Sí. ¿Porqué?, le pregunta Sor María.

- Porque sólo una lata de galletas se ha gastado.

Todas las demás cajas estaban cerradas y se habían repartido a más de mil personas. Tal fue la impresión que recibió la Hermana que había repartido las galletas, al ver que todo este milagro había pasado por sus manos, que estuvo llorando todo el día, sin comer. La impresión de los presentes fue enorme y pasados los años, todavía recordaban este hecho.

Al año siguiente Sor María fijó que se dieran regalos a niños, desde recién nacidos hasta dos años de edad. Con anterioridad repartieron dos mil cupones y prepararon los respectivos regalos. Para que no faltaran, añadieron 250 más, para las mamás que vinieran sin cupones. De esta manera se originó la fiesta de los Inocentes, la cual, después de tantos años, continúa celebrándose en la Casa de la Virgen, con gran alegría de las mamás que reciben regalos para sus pequeñines.

El agua de la Virgen

Entramos ahora en un tema en la vida de Sor María, que a muchos hace sonreír, pero que ha sido de beneficio para muchas personas. Se trata del

Agua de María Auxiliadora. Podemos considerar en esta agua tres períodos diferentes: 1. El agua en el colegio María Auxiliadora. 2. El Agua en la Casa de la Virgen. 3. El agua del pozo. Para ver esto nos vamos a servir de los mismos escritos de Sor María y de otras fuentes particulares.

Con la seguridad de que la Santísima. Virgen no le había fallado nunca, Sor María fue a arrodillarse a los pies de María Auxiliadora. "Sumida y abismada en mi nada, escribe ella, pero con toda confianza de una hija hacia la más buena de las madres, le pedí que me diera para esta obra, que es suya, algo que me hiciera, no un milagro, sino milagros, como se los había concedido a San Juan Bosco por su bendición. Ella, Reina y Madre de misericordia, que se inclina con ternura maternal a sus hijos que la invocan, aunque sean defectuosos, se inclinó hacia mí y me dio un agua milagrosa para curar enfermedades de alma y cuerpo".

Pero también hay otro hecho que nos habla del deseo de Sor María por tener el regalo de Jesús y María por medio de una agua milagrosa. Al fin y al cabo el agua bendita, que se usa en la liturgia, es también agua común, pero con la bendición especial del Señor. El hecho es como sigue.

Un día Sor María descubrió en sí misma una envidia santa por el agua de Lourdes. Esto sucedió cuando todavía estaba en el colegio de María Auxiliadora. Fue a la capilla y empezó a discutir con su Reina. En sustancia le decía: "¿Porqué esa preferencia por Lourdes? ¿No somos nosotros también tus hijos, que estamos tan lejanos que no podemos aprovecharnos de ella?. ¿Y no son tuyas las aguas que caen del cielo y que surgen en los manantiales?". Eran las súplicas de una hija amorosa, que confiaba plenamente en su Madre. Ella, con su gran fe, dio por recibida el agua milagrosa y comenzó a usarla.

Nos narra que la Virgen María le mostró la eficacia de esta agua con tres milagros. Son estos:

1. Estela Chinchilla de Alajuelita estaba con fiebre y tenían que operarla de apendicitis. Vino donde Sor María a exponerle su caso. Ella le dio una botellita con agua, recomendándole que la tomara con fe y rezando al mismo tiempo una Avemaría cada vez. La fiebre desapareció enseguida y ya no hubo necesidad de la operación.

2. Genoveva Meza, una antigua empleada del colegio María Auxiliadora, estaba muy mal y con dolores en todo su cuerpo. Debía trabajar porque necesitaba el salario para vivir. Su oficio era cocinera. Sor María le dio una botella de agua con igual recomendación que la anterior. Cuando regresó donde Sor María estaba completamente curada. "Esta agua es un portento, le dijo en voz baja a Sor María. En la casa donde trabajo todos

vivían peleando. Se me ocurrió rociar con esta agua bendita tres veces al día la mesa y el comedor, recitando al mismo tiempo el Magnificat. Ahora todos están tranquilos, mansitos y en armonía".

3. Sor María narra que la llamaron por teléfono. Al atenderlo, salió una exalumna, María del Socorro Madrigal, que pregunta: ¿Ustedes dan un agua de María Auxiliadora?.

- Sí, responde Sor María. ¿Por qué?.

- Es que Oscar Fernando, el único hijo de mi hermano Oscar, contestó llorando, fue operado de hernia a los dos meses de nacido. A los quince días le salió otra más grande y el doctor dice que no lo puede operar más, porque el chiquillo moriría en la operación. Anoche soñé con María Auxiliadora, que me decía: "¿Por qué no lo llevan al colegio? Allí le dará mi agüita y se curará". Al día siguiente, trajeron al niño. Le explicamos que el agua debían dársela en cucharaditas. A la primera cucharada le funcionaron los intestinos, que era la causa por lo que lo habían operado. En la noche la mamá del niño se despertó por un fuerte olor a cloroformo. Fue a ver al niño y lo encontró dormido. A la mañana siguiente, vio que la hernia había desaparecido. En la camisa del niño, en la parte que tocaba la operación, había una mancha grande, rojiza, como de cloroformo. Ella guardó como recuerdo para toda la vida la camisita manchada.

Una explicación sobre el agua de la Virgen

Ya hemos dicho que Sor Ana María Cavallini dialogó mucho con Sor María. A Sor Ana María la consideraban una santita. Ella me lo dijo y esto la apenaba mucho, pues ella no se consideraba como tal. Sor Ana María deseaba saber algo preciso sobre el Agua de María Auxiliadora. Por eso le preguntó a Sor María:

- Sor María, ¿usted habla con la Virgen?.

- Continuamente, fue la respuesta.

- Y la Virgen, ¿habla con usted?.

- Yo le hablo, Ella me habla. Es una Reina. Al decir esto Sor María reía.

- Bien Sor María, continuó Sor Ana María Cavallini, y ¿cómo es esto del Agua de la Santísima Virgen? Sé que es una agua milagrosa, pero veo también que es la más sencilla agua de cañería, agua del grifo.

- Agua de cañería, agua del grifo, es verdad, pero hay algo más.

- Explíqueme, pidió Sor Ana María.

- No. Es un secretito profesional. Pero, esté atenta: Si una persona que

no está en gracia de Dios, usa esta agua, se le altera inmediatamente, se pudre. Sin embargo a las otras personas les dura mucho tiempo y siempre limpia.

Como confirmación a lo anterior, escribimos el testimonio que hace poco me dio por escrito Sor Cecilia Guillén, Hija de María Auxiliadora y que, en este año 2003, trabaja en la Casa de la Virgen. Estando recién operada y con una infección que volvía frecuentemente, fue trasladada a Panamá. Ante este problema fue a donde Sor María y le contó su pena. Allí nadie la conocía y sentía pena si tuviera que estar molestando por su enfermedad. Ella la escuchó y sacando una botellita la llenó con agua del chorro. Luego le dijo: "Cuando se sienta mal, tome un poquito y rece un Avemaria". Ya en la nueva casa no necesitó el agua y por dos años guardó la botella. Cuando fue trasladada a otro lugar, sacó la botella, pensando: "Esta agua debe estar ya verde". Pero no, el agua estaba transparente. La probó y tenía sabor de un agua fresca.

El pozo de la Virgen

Actualmente el agua de la Virgen ya no se saca del grifo de la cañería, sino de un pozo que Sor María mandó a perforar. Detrás del mausoleo, donde está la tumba de Sor María, a pocos metros de la iglesia, se han colocado ocho grifos para que la gente pueda proveerse del agua y llevarla a sus casas y a otros países. Siempre, antes y después de la Santa Misa, se ve personas bebiendo de esta agua, lavándose la cara o llenando botellas. La fe no falta y los milagros se siguen repitiendo.

La historia de este pozo nos la cuenta Sor María en el libro sobre "Las Obras Sociales." Es como sigue.

A los pocos meses de haberse comenzado la construcción del Consultorio Médico, el ingeniero dijo a Sor María:

- No hay agua y sin agua no podemos seguir adelante, tenemos que hacer un pozo.

- Pues que se haga si es necesario, contestó Sor María. Busque un técnico para que indique el lugar donde debe hacerse el pozo.

Vino el técnico y marcó el lugar donde debía hacerse el pozo. El ingeniero no estaba presente. Al día siguiente vino a inspeccionar los trabajos, vio el lugar donde se pensaba abrir el pozo y dijo a Sor María:

- Es inconveniente que se haga el pozo en ese lugar. Allí va la columna principal del edificio. Si se hace allí el pozo, al poco tiempo el edificio

se nos viene abajo. Usted tiene que cambiar el lugar y marcar ahora mismo un sitio nuevo. Tiene que ser ya porque el agua urge.

- Yo no entiendo nada de pozos, replicó Sor María.

- No importa, la cosa es apremiante. No hay tiempo que perder.

Sor María obedeció. Cerró los ojos y apoyándose en el hombro de uno de los trabajadores, comenzó a caminar entre los escombros. Llevaba en la mano un palo. Caminando con los ojos cerrados, pedía a la Santísima Virgen que le indicara el lugar que debía marcar.

- Aquí, dijo Sor María y allí clavó el palo.

El técnico de pozos le advirtió:

- En Barrio México acabamos de hacer uno de 35 metros de profundidad. Aquí estamos en la parte más alta del barrio. Desde luego que el agua la encontraremos a una profundidad mucho mayor a los 40 o 50 metros.

Hay que tomar en cuenta que entonces esos pozos se abrían a pico y pala. Había que ir escarbando y la tierra se sacaba con baldes, mientras el perforador se iba hundiendo cada vez más. Se necesitaba capacidad y pericia para hacer este trabajo.

- No importa, replicó Sor María.

- Aunque fueran a cien metros, con tal que haya agua.



Pilas para el agua de la Virgen, detrás del mausoleo de Sor María Romero

De allí Sor María se fue a la capilla a rogarle a la Virgen, que encontrarán el agua pronto, pues la que estaban usando salía muy cara. Que si estaba contenta de que se estuviera edificando allí el consultorio, que pusiera su sello.

Al día siguiente el técnico de pozos vino corriendo a decir a Sor María:

- ¡Hay agua! ¡Ya hay agua!

- ¿A cuántos metros?

- A sólo diez metros.

Aquella agua, como una palanganita llena de plata, se veía en el fondo, hablando en su lenguaje mudo, de la bondad de la Madre Celestial. Sor María se puso de rodillas y bendijo el agua, rezando de corazón la oración de acción de gracias, el "Aimur tibi gratias...", "te damos gracias, Señor..." y el "Magnificat".

Dice Sor María, que cuando estaba para ponerse de pie, vio a la Santísima Virgen y le dijo: "Madre mía, ese terreno también tiene que ser tuyo. Haz que lo podamos comprar". Es el terreno que quedaba frente al pozo, después ella lo adquirió.

Se sacó una botella de agua del pozo y se la mandó a examinar. El agua resultó potable. De esta manera se surte actualmente la Casa de la Virgen para sus necesidades inmediatas.

"Urge dedicarse al apostolado para llevar las almas a Dios y Dios a las almas".

Beata Sor María Romero

CAPITULO 6

Preparativos para el traslado

En julio de 1957, en reunión del Capítulo Inspectorial, se propuso que se construyera en el terreno del cafetal dos o tres aulas para párvulos. Al mismo tiempo se observa que la Obra Social y la Obra de los Oratorios, a pesar del gran bien que hacen, crean no pocos problemas para el desarrollo del colegio. En vista de la cual se propone trasladar estas obras al terreno del cafetal.

Se propone que Sor María consiga los materiales para la construcción, que la inspectoría se encargue de la mano de obra. Se pidió permiso para todo esto al centro de Turín y fue concedido.

El 22 de diciembre de 1957 la madre de Sor María, Doña Anita Mene-ses, pasó a la eternidad. Había sobrevivido a su esposo Don Félix Romero 25 años. Desconocemos los detalles de la muerte de Doña Anita. Para Sor María debe de haber sido muy doloroso no haber podido despedir personalmente a su madre en su viaje a la eternidad, pero lo mismo le había pasado con su papá. Esto es explicable porque en aquellos años las congregaciones religiosas eran muy estrictas en cuanto a conceder a sus miembros la visita a la casa de sus familiares. Además los viajes de un país a otro eran un tanto difíciles, porque se carecía de los medio de transporte y de la facilidades que ahora tenemos.

Con todo, en la crónica del Colegio María Auxiliadora de San José, se lee que ese año de 1957, el 31 de diciembre, Sor María fue a Nicaragua, acompañada de otra Hermana, cuyo nombre no se menciona, con el fin de participar en el final del novenario de Doña Anita y así consolar un poco con su presencia a toda la familia.

En febrero de 1959 Sor María dejó el colegio y la enseñanza y fue trasladada a la casa contigua, sólo calle de por medio, que era llamada el Kinder y que también fungía como Casa Inspectorial. Allí permaneció por varios años, siendo maestra de música en la escuela y organista en la casa.

Como anécdota del tiempo de maestra de Sor María en el colegio, nos cuenta Sor Bernarda Figueras que ella era alumna de dibujo en la clase de

Sor María. Había pintado un paisaje, pero lo consideraba muy deficiente, por lo que no se atrevía a presentárselo a su maestra. Durante varias horas de clase, lo que hacía era pasar de un pupitre a otro, a conversar y ver el trabajo de las compañeras, hasta que Sor María le dijo que ya estaba cansada de verla moverse tanto y que le presentara el dibujo que había hecho. Ella de niña, se asustó y fue a traer el dibujo. Sor María vio la situación. Observó el dibujo y luego le dijo: "La felicito, ha hecho un dibujo maravilloso. Si tiene algún defecto, yo se lo voy a corregir después".

Estas palabras de Sor María le levantaron el ánimo para seguir adelante y aprobar el año.

El traslado a la nueva casa

En 1958 se comenzó a construir en el famoso cafetal un kinder para párvulos. Una tarde en que se iban a poner en orden miles de piezas de ropa para los Oratorios, cuenta Sor María, llegó el ingeniero encargado de la construcción, Don Bernardo Monge. Viendo la incomodidad en que estábamos, nos dijo: "Es imposible que ustedes puedan continuar así. Voy a ver que puedo arreglar con la Madre Inspectora". La inspectora nos mando a llamar para comunicarnos que el ingeniero le había pedido autorización para levantar en el kinder un segundo piso para nuestras obras sociales.

- Yo estoy de acuerdo, pero si ustedes lo pagan. (Se refería a Sor María y a Sor Laura).

- Claro que sí, Madre, le contestaron.

- Costará como 60 mil colones.

- Nosotras lo pagamos.

Pensábamos que la Virgen nos daría el dinero y nos lo dio poco a poco.

Se trasladaron el 31 de enero de 1959, fiesta de San Juan Bosco, celebrada solemnemente por última vez en el colegio, con los niños y niñas de los Oratorios. Se les dio el desayuno a todos y luego se hizo el traslado.

Se organizó una procesión con los niños y niñas, cantando a María Auxiliadora y a San Juan Bosco. Al frente iba Sor María llevando en alto un cuadro de María Auxiliadora. Cuando llegaron ante la puerta, ella dijo en voz fuerte: "Entra Madre mía, a esta casa antes que nadie: esta es tu casa donde vas a vivir y a reinar como en el cielo, y en consecuencia vas a derramar abundantemente tus gracias y milagros".

Sor María dice que la intención de la Madre Inspectora no era que esta casa se constituyera una nueva fundación, sino que fuera un kinder para

niños y que ellas ocuparan sólo el segundo piso. El kinder duró sólo cuatro años y después lo suprimieron.

Las primeras alumnas de costura

Con permiso de la Madre Inspectora, Sor María y Sor Laura se decidieron buscar jovencitas con problemas o en peligro. El fin era que fueran a pasar el día en la casa para enseñarles un oficio y ponerlas bajo la protección del manto de la Virgen.

En ese año de 1959, Sor María inició el trabajo con esas jovencitas pobres para enseñarles un oficio. Buscaron y localizaron a 24 de estas muchachas e iniciaron la enseñanza. Sor María, viendo en esto el inicio de una nueva obra, llena de gozo fue a comprar todo lo que necesitaba para dar a estas primeras alumnas corte y confección, tejido y bordado. Con la ayuda de cuatro señoras colaboradoras, inició su labor.

Pasada la primer semana, al ir a distribuir el material de trabajo, se encontraron con la desagradable sorpresa que las muchachas habían desaparecido y todo se lo habían llevado. No dejaron nada. Los hilos, las agujas, las telas, las bobinas de hilo y hasta las máquinas de coser se las llevaron. ¿Qué se podía hacer?, no hubo más remedio que despedirlas y comenzar de nuevo. Le pasó lo mismo a San Juan Bosco: los primeros jóvenes a los que le dio dormida desaparecieron al amanecer, llevándose hasta las cobijas. Era una treta del enemigo para desanimar a Sor María, pero no lo consiguió, ella estaba apoyada en Jesús y María.

Problemas con ladrones

Escribe Sor María: "En los primeros años que llegamos a esta casa recibimos una lluvia de anónimos de personas intelectuales y campesinos, como se conocía por su ortografía y caligrafía, reprochándonos de alcahuetes por recibir y dar de comer a gente de mala vida o a gente que no necesitaba... Estas cartas nos llenaban más bien de satisfacción, recordando al Señor, que fue también criticado por los fariseos porque comía con publicanos y pecadores".

Una vez se metió en la casa un ladrón. Era de día y se escondió detrás de un armario. Sor Laura se dio cuenta y cogió una escoba y un palo para asustarlo. Sor María vio esto y se lo impidió. Luego se acercó al hombre

para hablarle. Le dio buenos consejos y lo dejó salir tranquilamente.

La Madre Inspectora no había pensado que la Casa de la Virgen llegara a ser una obra independiente. No sería más que un kinder para los niños. Sor María y Sor Laura podrían ocupar sólo el segundo piso para los Oratorios, con todo más tarde les permitieron ocupar también el primer piso.

Las dos Hermanas estarían en esa nueva casa sólo unas horas por la mañana y otras por la tarde. A la hora de la comida deberían unirse a las otras Hermanas de la Casa Inspectorial, que quedaba a calle de por medio. Pero comenzó un problema: los ladrones sabían que a medio día la casa quedaba sola. En vista de ello entraban para llevarse por centenares los juguetes, las piezas de tela y la ropa de los niños allí almacenada. Se metieron más de catorce veces, nos dice Sor María, hasta la cocina eléctrica obsequiada que Sor María estaba rifando se la llevaron.

Finalmente las superiores, no encontrando otra solución, le mandaron poner teléfono. También permitieron que Sor María y Sor Laura almorzaran en la casa y vivieran allí. Estas dos salesianas solas por nueve años, compartieron alegrías y tristezas. "Así terminaron los robos permitidos por la Virgen, escribe Sor María, para que poco a poco pero definitivamente, nos viniéramos a radicar a su bendita casa".

Más tarde Sor María obtuvo el debido permiso de sus superiores en Italia y mandó colocar un letrero especial en su casa. Es el mismo letrero que vio San Juan Bosco en una visión, el frente de la futura Basilica de María Auxiliadora: "Esta es mi casa. De aquí saldrá mi gloria". Este letrero luce todavía en el mismo lugar que lo mandó a colocar Sor María: encima de la puerta de entrada de la Casa de la Virgen.

Sigue el problema de los ladrones

Hablando de ladrones, es interesante el caso que nos narra el Dr. Santos Quirós, Director General de Investigación Criminal (DIC) durante el gobierno de Don Francisco Orlich (1962-1966): "Un día me llamó por teléfono Sor María y me dijo: Mi muchachito, (Sor María tenía una gran amistad con toda su familia) alguien se introdujo en el local de la casa donde se guarda la ropa nueva y se llevó varias cosas. Te lo cuento para que vengas y me digas qué puedo hacer para que esto no se repita, o que cueste bastante repetirlo".

Don Santos Quirós vino a la casa y recomendó algunas medidas de seguridad para el caso. Luego inició por su propia cuenta una investigación

muy discreta. Resuelto el asunto, llamó por teléfono a Sor María y le dijo: "Sor, voy a donde usted con el autor del robo". Ella los recibió amablemente y dijo: Vení, mi muchachito y me contás el asunto. Lo llevó aparte y Don Santos entabló el siguiente diálogo:

- El sujeto que usted ha visto está vigilado por mis agentes. El es el que se introdujo en el local y se llevó varios vestidos.

- ¿Y los vendió?

- No, Sor María. Los están usando sus hijitos.

- ¿Es muy pobre el hombre?

- Demasiado pobre y me prometió no volver a hacer lo mismo.

- ¿Es un maleante?

- No lo creo. Sobre él no hay cargos en la DIC.

- ¿Estará comenzando?

- No lo sabemos. Por ahora usted converse con él y luego lo llevaremos a la detención para pasarlo a las autoridades judiciales.

Sor María conversó largo rato con el autor del robo. Luego muy afligida me dijo:

- Mira muchachito. Yo no hago ninguna denuncia contra él. Todavía más, le regalé lo que se llevó y le di algo más. Así que está libre.

- Mire, Sor María, cuando alguna persona se entera de que algo constituye delito, está obligado a denunciarlo y más yo que soy autoridad.

- Tienes razón, mi muchachito. Pero si haces eso a este hombre va a parar a la cárcel, de donde saldrá convertido en un verdadero delincuente. Déjalo con nosotros y trataremos de ayudar a su familia y todo saldrá bien.

- Esta bien, Sor María, lo que ustedes harán será un verdadero plan de rehabilitación. Cuando le dé a beber de esa agua suya (el agua de la Virgen), déle de beber al menos un litro, que tal vez lo hará bueno.

Sobra los comentarios sobre la bondad de Sor María y su compasión por los desdichados. En esto aparece como una perfecta imitadora de Jesús con la mujer adúltera. El caso es de sumo interés, viniendo nada menos que del Director General de Investigación Criminal de la República.

Sor María y sus pobres

Sor María en este tiempo acostumbraba dar comida a cinco pobres cada domingo. Un domingo llegaron los pobres y no había qué darles. La única existencia era el pan para el desayuno de las empleadas que trabajaban en la casa. Le dijeron esto a Sor María y ordenó: "De a los pobres el pan de

las empleadas, Dios proveyerá"; así se hizo. Poco rato después avisaron por teléfono que enviaran a una panadería a recoger pan que deseaban obsequiar a la casa. El obsequio fue tan grande que el pan alcanzó para toda la semana. Aún más, de este pan se dio también a 25 pobres que llegaban diariamente de lunes a viernes a recibir comida.

Esta confianza en la Providencia de Dios y el amor por los necesitados la tenía Sor María en el corazón, viendo en ellos la persona de Jesús. Su compasión y su cariño se extendía también a los animalitos, criaturas de Dios. Veamos un testimonio al respecto. Cuenta Bienvenida Calvo: "Vi andar por el corredor dos tortugas, una grande y una pequeña. Se las di a Sor María, que se alegró mucho. Bendijo a Dios y las puso en una pila de agua, allí las cuidaba y les daba comida.

Al ir a la bodega a revisar las puertas, hallé encerrada una palomita blanca. Se la llevé a Sor María. Ella la cogió, la besó y la puso en el patio, con el fin de que se fuera, o que talvez llegara alguien a buscarla. No se fue y Sor María la alimentaba con migas de pan. Cuando le iba a dar comida, los pajaritos de los árboles vecinos venían a reclamar su porción y se paraban en el hombro de Sor María".

Las consultas y consejería

En 1959 cuando acababa de instalarse en la Casa de la Virgen, comenzó a llegar mayor número de personas para consultas y consejería. Dios había dotado a Sor María de dones especiales para este trabajo. Algunos dones eran naturales, dones parasicológicos, pero otros eran iluminaciones del Espíritu Santo. Igualmente muchos de sus consejos provenían de sus conversaciones directas con Jesús y María.

Entre las personas que venían a platicar con Sor María había religiosas de su congregación y también de otras congregaciones, lo mismo que sacerdotes religiosos y seculares. Para que hubiera orden, llegó el momento en que hubo necesidad de repartir fichas numeradas, según el orden de llegada. Las consultas comenzaban ordinariamente a las 2 p.m. y terminaban a veces a las 7 p.m. esto ciertamente producía en Sor María un cansancio y un desgaste enorme. Pero ella decía que no podía negarse al trabajo que Dios le pedía. Según testimonio de una persona que trabajó varios años con ella, venían personas de todas clases sociales y a todas las trataba con igualdad y siempre con cariño.

Cuando había un grupo regular de personas, antes de comenzar las pláticas individuales, acostumbraba darles una conferencia moral o reli-



Sor María Romero en el acto de observar a un paciente del centro de salud.

giosa de hasta media hora, recomendando siempre el amor a Jesús y a María. Cuando venían a agradecerle por los problemas solucionados, ella decía: "La Virgen lo ha hecho todo. La Virgen todo lo alcanza de su Divino Hijo. Propague su devoción y los milagros lloverán".

Precisamente uno de mis recuerdos personales de Sor María se refieren a estas audiencias. Al entrar a la Casa de la Virgen, cerca de la puerta de la capilla, allí estaba un escritorio. Sor María estaba sentada, hablando con alguna persona. A una respetable distancia estaban otras personas, sentadas en bancas, esperando su turno para platicar con Sor María. Estaba yo predicando un retiro espiritual a las alumnas del colegio María Auxiliadora. Fui a la Casa de la Virgen y me acerqué a Sor María. Ella me dijo: "Las alumnas estaban tan encantadas con lo que usted les contaba de la vida de San Juan Bosco, que deseaban que no terminara su plática.

Ellas me lo dijeron". Estas bondadosas palabras, siendo yo joven sacerdote, me halagaron y me animaron a seguir trabajando.

Las culebras en la nueva casa

Cuando se permitió a Sor María acompañada sólo de Sor Laura Medal, ir a instalarse a la manzana del cafetal, donde ya se habían construido pequeños locales para el kinder, tuvo lugar el problema de las culebras. Sor María nos narra en su escrito sobre "Las Obras Sociales". A continuación veamos lo que ella nos dice.

Gran parte del terreno, que ocuparía la Casa de la Virgen, al principio estaba cultivado de plantas de café. Era un pequeño cafetal. Las aspirantes iban allí a pasar un rato de recreo. Nunca vieron ni una culebra en ese lugar. Sor María dispuso que se usara mejor el terreno y mandó a plantar una hortaliza. La cosecha fue maravillosa, se vendió parte del producto, comieron las Hermanas y aspirantes y hasta alcanzó para los pobres.

El terreno era pequeño y rodeado de ciudad. Con todo esto sucedió algo muy raro. Se sacaron de este terreno más de 250 serpientes. Algunas eran corales y terciopelos, serpientes muy venenosas. Se sacaron también ciempiés y babosas por montones.

A veces, mientras Sor María y Sor Laura estaban comiendo, aparecía alguna culebra arrastrándose por el suelo. A fuerza de escobazos lograban matarlas. El hortelano que allí trabajaba, no les tenía miedo. Recogía muchas vivas y las metía en un frasco. Luego se las enseñaba a las Hermanas o sino las mataba.

Sor María llegó a sospechar que fueran demonios que, para asustar a las pobres religiosas, se transformaban en animales. Creía Sor María que esto era por el gran bien que se estaba haciendo y por el mayor bien que se haría con la futura capilla. Pensaba Sor María que lo que el enemigo deseaba era que se asustaran las pobres religiosas y salieran huyendo.

En vista de lo anterior, Sor María fue tres veces por el campo, llevando en procesión la imagen de María Auxiliadora. Al mismo tiempo se rociaba todo con agua de la Virgen, mientras todas recitaban juntas el Magnificat. Luego Sor María imperaba: " Salgan de aquí, demonios infernales, aquí reina la Virgen. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Amén".

El enemigo tuvo que retirarse. Nunca más, después de construida la capilla, se ha vuelto a ver en ese lugar ni una sola culebra.

Las mujeres de la ayuda

La Inspectora Madre María Bernardini llegó a decir: "A veces quisiera de-

cir no a Sor María, pero temo ir contra la voluntad de Dios".

Esto nos hace ver que la Madre Inspectora, como muchas otras personas, veía en Sor María había algo inexplicable, propio de los carismáticos escogidos por Dios. Era realmente una carismática, pero muy obediente. Dios la rodeó de dones, aunque no por esto se alejaron de ella los problemas y sufrimientos. Sufrió y gozaba en los regalos de Dios y esto al mismo tiempo.

Hablando de lo humano, era un Quijote, que se lanzaba a las obras por Dios a veces temerariamente. No tenía miedo al fracaso porque se apoyaba en su fe inquebrantable en Jesús, su Rey y en María, su Reina, ellos nunca la dejaron fracasar.

Había que ponerle un nombre a la casa que se había instalado en el cafetal. Después de muchas propuestas y consultas, al fin aprobaron el nombre de "Casa María Auxiliadora".

Había un grupo de mujeres a las que llamaban Mujeres de la Ayuda. Sor María les decía: "Yo le doy a usted la comida por una semana y usted viene un día a ayudarnos a ordenar la casa".



Sor María y Sor Laura Medal comparten con las señoras pobres de la obra social.

Esas mujeres venían por turnos de seis o siete a limpiar la casa. Cada día había un turno nuevo. Recibían comida, vestidos y alimento espiritual a través de la catequesis. Tres veces al año venían todas y se les daba una merienda, junto con un entretenimiento y cine. Terminaba con la Santa Misa y la Comunión.

Las lecciones de catecismo y de canto las daba Sor María personalmente. Esto porque muchas señoras no sabían ni leer y había que desnuzarles la Palabra de Dios.

A Sor María le gustaba ayudar, pero no era amiga de los haraganes y quería que todos vivieran la vida cristiana. Una señora casada y con hijos estaba en graves problemas porque su esposo estaba descuidando a su familia por otra mujer. Estaban ya pasando hambre, me contó una de las hijas de esta familia. Entonces la señora se fue a donde Sor María a pedirle ayuda y consejo.

Al enterarse Sor María de que la mujer causante de los problemas era nicaragüense e indocumentada, dijo a la esposa: "Denúnciela ante migración". Y esto a pesar de que era paisana suya.

La esposa así lo hizo. La mujer fue expulsada del país y el problema se resolvió. El padre volvió a ser responsable de su hogar.

"Sólo el verdaderamente libre es capaz de amar. Libre de los bienes materiales, utilizados para los demás; libre del tiempo, empleándolo en el amor a los otros".

Beata Sor María Romero

CAPITULO 7

La devoción de los "Quince Sábados"

Sor María no fue escritora, pero nos dejó varios folletos y el libro de "Las Obras Sociales". En 1961 preparó un folleto con el título "Para seguir con devoción la Santa Misa".

En el deseo de acercar más las almas a Dios, comenzó a propagar la devoción de los Quince Sábados. Se pregunta uno el por qué del número quince y es en recuerdo de los quince misterios del Santo Rosario.

Estos Quince Sábados tenían como centro la confesión, la Santa Misa y la Comunión. Cuando la gente recibía favores de Dios e iba a contárselos, ella le sugería otros quince sábados como agradecimiento. "De este modo, decía, se acostumbran a buscar a la Santísima Virgen y a Jesús Sacramentado".

En 1961 los dolores reumáticos de Sor María, dolores que venía arrastrando desde niña, aumentaron tanto que tuvo que quedarse en cama. En esa ocasión fue probablemente cuando ella le dijo a Jesús: "¡Oh, mi amor! yo ya no sirvo, soy un pabilo". Jesús le respondió: "Un pabilo puede encender muchas candelas".

En noviembre de 1962, Sor María le preguntó a Jesús: ¿Verdad que es cierto que los que hacen los primeros sábados la Virgen vendrá a asistirlos a la hora de la muerte para llevarlos directamente al cielo?.

- Para los que creen, fue la respuesta de Jesús, así será, porque las gracias se conceden conforme a la fe.

El permiso para la construcción de la nueva casa

El 31 de junio de 1961 el Consejo Inspectorial, en reunión ordinaria, pone sobre la mesa el problema que debe discutirse: La construcción de la Casa de María Auxiliadora - Obras Sociales.

La aprobación local se da. Luego viene la aprobación del Consejo General en Turín. Allá también se aprueba la obra y la acompañan con estas

palabras: "El Consejo General alaba y bendice esta obra social, que abriendo las puertas a los pobres, realiza con fidelidad el fin por el que ha nacido el Instituto (de las Hijas de María Auxiliadora). Se tiene plena confianza que María Auxiliadora responderá con milagros, aún financieramente".

Ya las Superiores Generales conocían la labor de Sor María y su relación con la Santísima Virgen, por eso es que le dan un permiso tan laudatorio. Sin embargo, después de este permiso se tuvo que esperar bastante tiempo para la iniciación de las obras. Llegó finalmente el día en que comenzaron los trabajos. El cafetal fue retrocediendo, hasta desaparecer totalmente.

En 1958, antes del traslado de las obras sociales del colegio a la casita del cafetal, Sor María habló con su Reina. La respuesta de la Virgen la dejó ella escrita en uno de los papelitos que recogía Sor Laura. Es como sigue: "Hija mía amadísima, si a todos sin excepción concedo cuanto me piden, con mucha más razón me mostraré pródiga contigo, que eres mi hija por elección".

Sor María calumniada de brujería

Por motivo de la brujería, Sor María tuvo que sufrir mucho. En más de una ocasión fue calumniada al respecto. Llegó a decirse que ella tenía facultades para ser médium al servicio de los espiritistas.

Según las enseñanzas de la moral de su tiempo, ella llegó a aconsejar a individuos que creían tener maleficios, para que acudieran a determinadas personas que las podían liberar de esos problemas. Pero estos liberadores con frecuencia abusan, especialmente en cuanto al dinero que cobran. En vista de lo cual, más adelante Sor María ya no volvió a hacer esto, debido especialmente a los consejos de un sacerdote entendido en la materia, como me lo aseguró él mismo.

Entre las numerosas consultas que le hacían, le llegaron también con estos problemas. Veamos uno de los casos.

Un señor fue a visitarla acompañado de un amigo. Antes de que abriera la boca, Sor María le dijo muy seriamente: "¿Usted quiere saber si lo suyo es un maleficio? No, es Satanás en persona que lo tiene así enfermo por ser usted como es". El señor de que se habla llevaba una vida muy desordenada. Sor María continuó: "Le advierto que no busque al demonio porque lo encontrará. El es feliz cuando se le da importancia".

Sor María platicó sobre el problema y luego les dio a los dos armas

defensivas contra el enemigo. Les dio una medallita de la Santísima Virgen y del Sagrado Corazón de Jesús. Luego les añadió una botella de agua de la Virgen, para que rociara la casa, mientras recitaban el Magnificat.

Sor María le confió esto a un sacerdote con el que una vez fue a confesarse. Cuando el confesor se dio cuenta de que era ella, la invitó a retirarse, diciéndole: "Yo no confieso a brujas". Son todas estas las humillaciones que Dios permitió a Sor María, y que la hicieron sufrir hasta derramar lágrimas, como podemos verlo en el siguiente caso:

El señor de que hablamos antes, que fue a visitar a Sor María con problema de maleficio, más tarde fue a verla junto con otro amigo, para entregarle medicinas para los pobres. Los dos señores encontraron a Sor María llorando, con una carta anónima en las manos. Allí se le decía que era una vieja bruja, ladrona, desvergonzada, vagabunda, espiritista, que trabajaba con todos los centros espiritistas del país.

Ciertamente Satanás se estaba vengando por las almas que Sor María le arrebatava constantemente. Todo santo tiene su calvario en la tierra y Sor María no fue la excepción.

Siguen los problemas de brujería

Una señora, esposa de un médico, cuenta que en una ocasión Sor María le dijo: "Me demandaron por trabajar con brujos. Dicen que voy a ir a la cárcel. Me siento muy contenta porque allí podré hacer mucho bien y salvar muchas almas". Así era la sencillez de Sor María y su deseo de acercar el mundo a Jesús, también a las mujeres presas en la cárcel. La señora que nos da este testimonio trabajó por muchos años con Sor María.

Sor María misma envió a la esposa del médico, del que estamos hablando, a una casa esquinera a la Casa de la Virgen, donde trabajaba un espiritista. Lo que deseaba saber Sor María era lo que allí se decía. Ese espiritista aseguró que él trabajaba en conjunto con Sor María. Ante esta calumnia, la señora tuvo un fuerte altercado de palabras con el brujo, defendiendo así el honor de Sor María.

La misma señora asegura que Sor María decía: "No debemos asustarnos cuando se están sacando los entierros de un maleficio. Es Dios que los está sacando a la luz, el mal existe, pero Dios es más poderoso que el mal".

La misma señora me aseguró que un médico de Cartago, el doctor Anís Halabí, le enseñó a Sor María la radiestesia, con ella, sirviéndose de una varita, Sor María detectaba cualquier maleficio enterrado.

Yo mismo tengo mi experiencia al respecto. Conoci personalmente a Sor María, como he dicho antes. Cuando ella estaba viva oí a un sacerdote decir que Sor María tenía cualidades de médium. Pero hay que tener en cuenta que este sacerdote mostraba cierta envidia por la obra material que hacia Sor María y que él no lograba hacer.

Cuando me llamaron a ser testigo en el proceso para la beatificación, decidí no hablar de esto si no me lo preguntaban, y no me lo preguntaron.

La capilla nueva y una prohibición terminante

En octubre de 1963 se envió a Turín, a la Madre General, el esbozo de la nueva capilla que se planeaba construir en la Casa de la Virgen. El 29 de Enero de 1964 se firmó el contrato para la nueva construcción.

Aquella misma tarde Sor María llamó a Sor Laura y las dos se pusieron de rodillas en la capillita privada. Allí Sor María dijo a la Virgen: "Madre mía, esta construcción sin duda nos costará miles. Mándanos 15 mil colonos cada mes en honor a los 15 misterios del Rosario. Si no nos lo mandas, es señal de que no quieres tu casita".

Los quince mil colonos fueron llegando mes a mes. Sólo faltaron en una quincena, en la que hubo que hacer un préstamo, que pronto se pudo cancelar. Terminada la construcción, cesaron estos 15 mil colonos.

En este mundo las alegrías no están exentas de penas y Sor María tuvo una fuerte prueba precisamente en este tiempo. Es Sor Laura la que nos narra este acontecimiento.

Una señora algo escrupulosa, solía confesarse con el Director del Colegio Don Bosco, ubicado a menos de tres cuadras de la Casa de la Virgen. Esta señora decía una cosa a su confesor y luego iba a donde Sor María y le decía otra. En esta forma lo que le sucedió fue sentirse confundida. Entonces el confesor le prohibió ir donde Sor María. La señora le contó esto a Sor Laura y ella se lo transfirió a Sor María. El sacerdote habló con la Inspectora para que le prohibiera a Sor María recibir gente, porque lo que hacia era confundirla. También le pidió que le prohibiera repartir la llamada Agua de la Virgen.

Ante este problema la Madre Inspectora se presentó en la Casa de la Virgen el viernes 6 de noviembre de 1964. La acompañaba Sor Arguello. Luego, con tono severo, dijo a Sor María: "Le prohíbo por informes de un sacerdote, que atienda a las personas que llegan a consultarla y le prohíbo repartir el Agua de la Virgen". Luego siguió regañando severamente a Sor

María. Cuando el regaño terminó, Sor María sonriente, como si nada hubiera sucedido, llevó a la Superiora a inspeccionar la parte que se estaba construyendo. Cuando llegó el momento, la acompañó hasta la puerta de salida. El chaparrón había pasado, pero los ánimos estaban, al menos temporalmente abatidos.

Pasado esto, Sor María y Sor Laura calladas, mudas y doloridas, entraron al cuarto común y se sentaron junto a la mesa. Sin hablar nada, Sor María cogió un papel y se puso a escribir el Credo. Todavía no se sentía sosegada, por lo que cogió otra hoja de papel y siguió escribiendo, desahogándose con Dios. Esto nos parece una magnífica terapia que el Espíritu había sugerido a Sor María.

Cuando dejó de escribir, dijo a Sor Laura: "Hay que hacer lo que dijo la Madre. Yo me voy a esconder y usted diga a las personas que me busquen, que no las puedo atender, que estoy ocupada. Para no mentir, me pongo desde ya a escribir a máquina. También no se reparta más el Agua de la Virgen".

Las consecuencias con el público

Al saberse de estas prohibiciones, los comentarios comenzaron enseguida. Era mucha la gente que venía a consultar a Sor María. Unos decían que el Papa le había prohibido hablar, otros que era el Arzobispo. Hasta Nicaragua llegaron estas noticias.

Con el agua el problema fue mayor. La gente no se contentaba con irse sin el agua. La sacaban de los chorros comunes y las gracias y milagros se repetían con esa agua. Una exalumna que tenía la madre muy grave en el hospital, cogió el agua de uno de los chorros, se la dio a beber a su mamá y ésta se curó instantáneamente. Lo supo Sor María y dijo: "¡Qué bella es mi Reina!. Por más que nos prohíban dar el agua, ella sigue curando y haciendo milagros".

Pero, pasado este tiempo de prueba, Sor María volvió a ser la misma de antes. Precisamente uno de los recuerdos que tengo de Sor María es sobre estas audiencias con la gente. Al entrar a la Casa de la Virgen la vi a ella, sentada frente a un escritorio, conversando con alguien. A cierta distancia había unas bancas y allí esperaban muchas personas para ser atendidas.

Nos cuenta una muchacha, que trabajó muchos años con Sor María que, terminadas las consultas, cuando ya no había nadie, Sor María pasa-

ba por el local rociando con agua bendita las paredes. Era esto como un exorcismo para alejar el espíritu del mal, que quisiera quedarse allí, después de tantos problemas que había tratado.

Una vez, nos cuenta Sor María Cavallini, que las contrariedades de Sor María fueron tantas, que fue a conversar con el Sr. Arzobispo Mons. Carlos Humberto Rodríguez Quirós. Después de la conversación con él, Sor María se notó más tranquila, como consolada.

Las consultas diarias de tanta gente la gastaban visiblemente y la dejaban extenuada, hasta llegar a decir: "Me siento sin vida, como una naranja exprimida, que ya no tiene jugo". Esto se lo dijo a Sor Ana María Cavallini y ella le respondió: "Esta es una consecuencia de su manera de vivir. Usted va más allá de sus fuerzas".

Sor María les respondió: "Usted tiene razón, pero no puedo dejar de atender a la gente... A veces quisiera huir cuando me dicen que alguien me llama o me espera..." Un día que Dios no estaba contento de mí. Me dijo que me callara y me despidió.

En el colmo de mi dolor me retiré a llorar ante Jesús Sacramentado. Dije al Señor: "Dios mío, dime que no es cierto lo que me dijo. Dime que me amas. Dime que estas contento de mí".

Recordando, en medio de mi llanto, que necesitaba 13 colones para pagar una deuda..., volví de nuevo al Señor y le dije: "Dame Señor ya los 13 colones como prueba de amor, de que me amas, de que estas contento de mí". Le vino a Sor María a la mente la idea de abrir una alcancía y allí estaban los 13 colones exactos.

Grandes penas por el rechazo de sus superiores

Sor Ana María Cavallini, costarricense, fue una religiosa que dialogó mucho con Sor María Romero. Fue realmente su paño de lágrimas en muchas ocasiones. A ella le reveló Sor María muchas intimidades con Jesús y María, que a pocas personas se le cuentan.

Sor Ana María murió a los 102 años de edad. Dios me permitió conocerla y apreciarla, pues en los últimos años de su vida fui capellán y confesor de la comunidad de ancianas. Todas ellas estaban gastadas por los años, pero llenas de méritos ante Dios por haber gastado su vida en favor de la Iglesia de Jesús y de su congregación salesiana de Hijas de María Auxiliadora.

Un día Sor Ana María Cavallini hizo alusión en una conversación con

Sor María, a las grandes alegrías que Dios le concedía. Ella le respondió: "Es verdad, pero no crea que todo son sólo goces. También El da pruebas. El ha permitido que, entre tantos goces, tenga también espinas punzantes. Durante cinco años tuve que sufrir constantemente, sin tregua de ninguna clase, desprecios, humillaciones, palabras duras e injustas, nunca una palabra de aliento, indirectas continuas. Si me atrevía a contar la situación a la Madre Inspectora, las cosas empeoraban. Ella me rechazaba de una manera tan brusca, que el corazón se me cerraba y sentía que estallaba dentro de mí. Tragaba callada mis lágrimas. Todo se lo ofrecía al Señor. Pero tenía momentos en que me sentía desfallecer. Pasaba noches amargas sin dormir."

Sor Ana María la interrumpió: "¿En la confesión no tenía usted ningún consuelo?. - "Esto era lo peor, contestó. Ni siquiera hallaba una buena palabra en el confesor. El también me rechazaba. A veces ni quería oír mi confesión".

Sor Ana María añadió: "Es muy justo que tenga grandes penas. En la balanza debe haber un equilibrio: por un lado penas y en el otro goces. Son muchos los que recibe de Dios".

Sor María respondió, bajando la mirada: "Sí, son muchas satisfacciones que me hacen gozar mi Rey y mi Reina. Los amo con locura".

Bromeando, Sor Ana María siguió: "No ame tanto. No quiero verla loca".

"Loca por ellos, replicó Sor María. Se lo digo constantemente y me siento llena cuando de corazón les digo mi Rey y mi Reina".

"Por donde van pasando los santos van dejando a Dios".

Beata Sor María Romero

CAPITULO 8

Bilocaciones

En la vida de Sor María Romero nos encontramos varios casos de bilocación, casos documentados. La bilocación consiste en encontrarse al mismo tiempo en dos lugares diferentes, o en trasladarse rápidamente de un lugar distante a otro. Este es un fenómeno parasicológico. San Juan Bosco estuvo en Turín y en Barcelona en una noche. Esto consta por un telegrama que él envió después a Barcelona, preguntando al Director del Colegio, el P. Branda, si había cumplido sus órdenes.

Sor María en varias ocasiones se encontró en la Casa de la Virgen y otras personas la vieron realizado obras de caridad en su propia casa, a varios kilómetros de distancia. Miriam Aguilar atestigua uno de estos hechos sucedido a ella.

Muy interesante es lo que le sucedió a otra señora de nombre Cielo. Ella era muy amiga de Sor María. Cuenta la señora Cielo que ella se encontraba en el hospital esperando una operación delicada del corazón. Dos días antes de la operación se despertó y vio a Sor María sentada a su lado en la cama. Ella le dijo: "Cielo, no se asuste. Todo va a salir divino, de película. La Reina se va a lucir con usted. Duérmase y descanse". Pasada la operación se encontraron solos Cielo, su esposo y Sor María. Esta el dijo: "¿No se acuerda Cielo, que yo le dije que siempre estaría con usted?".

Cielo entendió y le dijo: "Sor María, ¿conque una bilocación, conque en dos lugares a la vez?" Sor María se sonrojó y, poniéndose el dedo en la boca, en señal de callar, dijo: "Chalo, (era el nombre del esposo) silencio por favor. Para Dios no hay nada imposible".

Los bancos de la iglesia y un éxtasis

Cuando la capilla estaba terminada, se trataba ya de dotarla de bancas,

pensó ella entonces que un matrimonio amigo, que había recibido una gracia grande de María Auxiliadora. Eran ellos María Cecilia Rojas y su esposo Enrique Cascante, que era carpintero de oficio. La capilla tenía solamente la estatua de María Auxiliadora y necesitaba los bancos. Encargó de este trabajo a don Enrique Cascante.

Nos cuenta María Cecilia que una noche fue donde Sor María con su esposo, para pedirle la medida de las bancas. Como todavía no se había instalado la luz eléctrica, Sor María vino con un foco en la mano. Enrique cogió el foco para alumbrar y Sor María se puso entre los dos, poniendo sus manos en los hombros de los esposos para sostenerse.

Caminaron hasta la estatua de la Virgen. Sor María la saludó diciéndole: "Buenas noches mi Reina. Aquí te traigo esta parejita, porque te van a hacer los bancos de la capilla. De una vez te voy a hacer los encargos de este día. ¿Verdad que me los vas a conceder, como los has concedido a esta pareja, que hacen con vos lo que quieren?" Y empezó a hablar con la Virgen como si estuviera presente, pidiéndole incontables cosas de la consulta del día, que acababa de terminar.

Cerró los ojos y quedó como muerta, transfigurada, como en éxtasis, durante un cuarto de hora o más. Estaba bañada en sudor. Apoyó la cabeza en el hombro de mi esposo. Ella temblaba. El la miraba y me hacía señas de que no le hablara. Después Sor María abrió los ojos. Nos pidió perdón y nos pidió que no contáramos a nadie lo que habíamos visto. Que calláramos mientras ella viviera. Esto no fue un desmayo, porque no cayó al suelo, sino que se mantuvo en pie todo el tiempo. Lo que sentimos, no se puede explicar.

Después de esto nos dijo Sor María: "Yo no estoy en condiciones de hablar del asunto de los bancos. Vuelvan mañana". Al vernos al día siguiente, nos suplicó que no habláramos de lo que habíamos visto. Después de esto, Enrique construyó los bancos de la Iglesia.

El futuro teatro

Veamos ahora la compra de un terreno, pero sin tener dinero. Es Sor María misma la que nos narra esto en su escrito sobre "Las Obras Sociales". Lo adaptamos a este escrito y por eso no lo ponemos al pie de la letra.

El 30 de abril de 1967, como a las 8.30 p.m., se oyó un timbrazo en la portería. Era don Filiberto Sáenz. Venía en plan de emergencia a avisar a las Hermanas (a Sor María Romero) que un señor protestante quería com-

prar la esquina sur este de la manzana en que estaba la casa de la Virgen, para hacer una escuela de comercio.

- Esto no se puede permitir, dijo don Filiberto a Sor María. Es una profanación, porque toda la manzana debe ser de la Virgen. Apúrense a comprarla.

- Así lo haremos, contestó Sor María.

Inmediatamente Sor María se fue a hablar con la Madre Provincial para contarle la noticia y pedirle permiso para la compra. La Superiora lo pensó un poco y dijo:

- Sí, comprenla. Pero, ¿qué van a hacer allí?. ¿Para qué la quieren?.

- No lo sabemos, Madre, fue la respuesta. Sólo sabemos que esa propiedad tiene que ser de la Virgen. Espérenos un momento para pensarlo y enseguida le daremos la respuesta.

Después de un rato, Sor María dijo:

- Haremos allí un teatro gratuito, al estilo de Don Bosco. Un teatro sano para tres mil niños, donde ellos saquen un bien para guardarlo en sus corazones y no el mal que corrompe y ofende a Dios.

- Magnífico. Llamen al dueño don Rogelio Quirós y hagan el teatro.

Sor María llamó a don Rogelio por teléfono. El se extrañó, pues una llamada por teléfono a esas horas era algo raro y Sor María no lo conocía. Le preguntó cómo sabía que estaba vendiendo la propiedad y cómo se la iban a pagar. Quedaron en tener una entrevista personal al día siguiente a las 7 a.m.

A la hora indicada don Rogelio estaba en la casa con otra serie de preguntas. Comenzó diciendo que ya tenía quien le comprara la propiedad al contado. Luego se entabló el siguiente diálogo:

- ¿Ustedes cómo me la van a pagar?

- ¿Cuánto vale la propiedad?

- Doscientos mil colones.

- No los tenemos.

- Entonces, ¿cómo quieren comprar sin dinero?

- De eso no se preocupe usted. Sea bueno: le daremos la mitad de aquí a dos meses y el resto después.

- Pero, ¿para qué quieren la esquina?

"Le contamos la obra de los Oratorios y lo que íbamos a hacer en la esquina".

- Ustedes me desarman, dijo. ¿Cómo puedo yo negarle algo a la Virgen? Muy bien. Trato hecho, pero si un día se retrasan, queda abolido el contrato.

- No hay necesidad de firmas, añadió Sor María. Usted es un caballero y nosotras somos Religiosas.

"Enseguida comenzamos a pedir prestado, aquí cinco mil colones, allá mil quinientos, pero nada. Al fin nos olvidamos de la deuda", escribe Sor María.

La víspera del día establecido para pagar se acuerdan del trato. "Mañana nos toca pagar cien mil colones, le dice Sor Laura a Sor María, y no tenemos ni cinco centavos".

Sor María comenzó a caminar y se fue al consultorio, repitiendo: "María Auxiliadora, mándanos los cien mil colones". Luego añadió: "Ves que vamos a hacer un teatro como los de Don Bosco, donde va a reinar la pureza y vamos a comenzar las funciones con la Palabra de Dios. María Auxiliadora, mándanos los cien mil colones".

A medio día suena el timbre. La empleada avisa que son tres señoras que, con cara sonriente, buscan a Sor María.

- ¿Es usted Sor María Romero?, le preguntan.

- Sí. ¿En qué puedo servirles?

- Es que le traemos un regalito. Si usted quiere, puede verlo. Le ofrecen un sobre. Lo abre y allí están los cien mil colones. Semejante regalo nunca lo había tenido Sor María. Pero decía: "Así es mi Reina. Ella lo hace todo, como decía Don Bosco".

Al día siguiente a las 7 a.m. está don Rogelio a la puerta, preguntando por los cien mil colones.

- Aquí están, le contesta Sor María.

Luego el cuenta lo acaecido. Don Rogelio se conmovió tanto, que hasta los ojos se le humedecieron.

El préstamo al banco

Sor María se presentó un domingo en la mañana a la casa de don José Stauffer. Ella misma es la que nos narra este curioso hecho en el libro "Las Obras Sociales". Quería hablar con él sobre la compra de la propiedad donde estaba su casa, es decir la esquina NE. opuesta al consultorio.

Le habían comunicado a Sor María que ese señor deseaba vender esa propiedad. Después de los saludos y la presentación, vino el diálogo.

- ¿Cómo piensan ustedes comprar esa propiedad?. Yo tengo quien me la compre al contado.

- ¿Cuánto vale?

- Nos dijo una suma fabulosa.
- ¿No es mucho? Véndanosla más barata y en abonos.
- De ningún modo, dijo don José. Porque necesito ese dinero para pagar deudas y otros gastos.

- Entonces, replicó Sor María, espérenos unos tres meses para conseguir el dinero y se lo pagaremos de contado.

Sor María rogó, suplicó y al fin don José accedió.

- Se la vendo a ustedes y a nadie más, dijo don José. Trato hecho.

Comenzó entonces Sor María a solicitar préstamos a todos lados. Sólo recibía negativas. Lo que le sugerían era hacer un préstamo al banco. El tiempo pasaba y no hubo más remedio que acudir al Banco.

Don Elías Quirós, tío de una de las Hermanas de María Auxiliadora, era el Gerente del Banco Nacional. Era una magnífica persona. Tuve la suerte de conocerlo personalmente. Sor María fue a él con plena confianza a pedirle el préstamo solicitado.

A cada pregunta de don Elías, Sor María contestaba con una respuesta graciosa: que no tenía caja fuerte porque el dinero apenas entraba, volvía a salir. Don Elías era hombre de buen humor y reía a carcajadas, pero contestó que en ese momento el banco no podía dar préstamos.

- No piensen mejor en ese préstamo, dijo don Elías. Además para un préstamo hay que hacer una solicitud.

- Yo escribiré una cartita, replicó Sor María. Pero, por favor, léasela a la Directiva.

- Ustedes pueden escribir todas las cartas que quieran, contestó don Elías, pero no creo que les den ese dinero. Y volvía a reír.

Sor María envió la solicitud esa misma noche. Después de la reunión de la Junta Directiva, llamó Don Elías por teléfono para decir:

- Yo no creía en los milagros, pero éste es uno. Después de leída su solicitud, uno a uno los miembros de la Junta Directiva se pararon a hacer un panegírico de la obra que ustedes realizan y, por unanimidad, aprobaron el préstamo.

Enviaron a Sor María un pliego para llenarlo. Sor María siguió su forma jocosa y fue contestando a las preguntas:

- ¿Tiene fiador?
- Sí.
- ¿Cuál es su nombre?
- María Santísima.
- ¿Su primer apellido?
- Inmaculada.

- ¿El segundo apellido?
- Auxiliadora.
- ¿Tiene ingresos?
- Sí.
- ¿Y egresos?
- Igual.
- ¿Tiene litigios?
- Todos los días con el diablo.

Don Elías, cuando leyó el contenido, dijo:

- No dejen esto aquí. ¿Cómo voy a presentar esto a la Junta Directiva?, pero se rió a carcajadas.

Como conclusión, diremos que se hipotecó al Casa de María Auxiliadora y el banco dio el préstamo. Se concedieron nueve años para cancelarlo. Sor María compró la propiedad.

La noticia del préstamo se fue regando y unos de los empleados dijo: "Si les dan la plata a esas monjitas, prometo que me confesaré". Ya tenía tiempo de no hacerlo. Pero cuando supo que les habían dado el dinero, impresionado por el milagro, fue y se confesó.

La Divina Providencia, por medio de María Auxiliadora, mes a mes fue enviando a Sor María el dinero para hacer los abonos respectivos al Banco, nunca hubo ningún atraso y en tres años, en vez de nueve, se salió de la deuda.

Premiación navideña de 1969

Hasta 1973, por medio de la clínica de Sor María, se habían dado a los pacientes pobres cerca de 600 camas completas: colchón, sábanas, cubrecama y almohada. Todo nuevo y bueno, porque esa gente dormía sobre el suelo desnudo y un cartón.

En su deseo de servir a los enfermos, en setiembre de 1968, según leemos en sus escritos particulares, ella dice a Jesús: "¿No ves Jesús, que ya no puedo hacernada?. Dichosas las enfermeras". Del Sagrario le llegó la respuesta: "Tú eres enfermera de almas".

Terminaba el año 1969, ya había que hacer la premiación de Navidad para las niñas y niños. Los Oratorios eran ya 30 y los niños y niñas que los frecuentaban llegaban a los 6.600, según nos relata Sor María en sus escritos sobre "Las Obras Sociales". Era el 12 de diciembre, los oratorios de niñas eran 15 y sólo se habían repartido premios a cinco de ellos. Las

encargadas de repartir los premios se presentaron a Sor María a decirle:

- Ya casi no hay ropa. ¿Qué hacemos?

- Sigam repartiendo lo que queda, mientras vamos a comprar tela y a las que faltan denle el corte de tela.

Se compraron de seis a doce mil colones de tela y la colocaron en el centro de la bodega en el suelo. Cuando se terminó de repartir a las niñas y quedaban sólo los niños, había que retirar el sobrante. Viene una de las hermanas y pregunta:

- ¿Qué hacemos con tantos vestidos que han sobrado?

- No puede ser dice Sor Maria. Si habia pocos vestidos para los diez Oratorios.

- Pues vaya a ver, contesta la Hermana. No hemos ocupado una sola pieza de tela. Hemos repartido vestidos a todas las niñas que faltaban. Con los que sobraron hemos llenado los armarios y no sabemos dónde guardar los restantes.

Sor María fue a ver y en realidad todos los armarios estaban llenos de vestidos. Tuvieron que colocar los restantes encima de los armarios para desocupar el local y colocar la ropa de los niños.

Sor María está convencida que fue Maria Auxiliadora, su Reina, la que le multiplicó la ropa. No hay otra explicación para esta abundancia de vestidos para las niñas predilectas de la Santísima Virgen, precisamente las niñas de los Oratorios, que a través de Sor María han aprendido a amar a Jesús y a María.

Con los niños, después de haber premiado algunos Oratorios, se repitió el problema anterior.

- Ya no hay pantalones, dicen a Sor María.

- Que cada encargada haga la lista de los que faltan, responde Sor María. Que se hagan las sumas y que se pida el número exacto a la fábrica. Que los niños que hoy no hayan sido premiados, regresen el 24.

El dueño de la fábrica se negaba a entregarlos, porque ya se acercaba la fiesta de Navidad. Tanto le rogó Sor María, que al fin accedió. Los obreros tuvieron que trabajar horas extras para que al fin los entregaran el 23 a las 10 p.m.

El 24 en la mañana se presentó el batallón de niños, como se les había indicado. Al terminar la entrega, las encargadas dijeron a Sor Maria:

- Venga a ver la cantidad tan grande de pantalones que ha sobrado. Los tenían amontonados en el suelo. Con el dueño de la fábrica había un convenio, que los pantalones que sobraran, se le devolverían. Con los pantalones enviados por la fábrica se premiaron a todos los niños que lle-

garon. Se separaron dos docenas de pantalones de cada tamaño, para estar repartiendo a los niños que llegaran a pedir.

Se devolvieron al dueño de la fábrica la misma cantidad de pantalones que había mandado. Esto contrarió tanto al señor, que por tres años seguidos, no quiso volver a fabricar pantalones para las Oratorias.

Sor María reconoce, en sus escritos, que esto fue un milagro, que sucedió a la vista de todos. Muchas veces Dios le multiplicó a Sor María ropa y comida para sus Oratorias y con esto se acrecentaba la fe de los que presenciaban estos prodigios, en Jesús y María, lo mismo que el aprecio a Sor María y su obra.

Becas para misioneros

En Marzo de 1971 la señora Adela Vallecillo, de Managua, Nicaragua, junto con su esposo visitó a Sor María. Ya tenía siete años de casada y no tenía familia. Quería que le consiguiera de María Auxiliadora un hijo. El médico le había dicho que era imposible que pudiera tener familia.

Conociendo las posibilidades económicas de la señora Vallecillo, Sor María le dijo: "Dios le regala a ustedes un hijo. Ustedes regálenle a Dios un sacerdote misionero, costearo una beca para un seminarista en las misiones. La beca cuesta mil dólares. Se puede mandar este dinero a plazos".

Dios concedió a esta familia un hijo y ellos donaron la beca. De esta manera Sor María trataba de procurar sacerdotes misioneros a la Iglesia. Sor María conservaba direcciones de más de 14 países a donde enviaba el dinero de las becas a los Inspectores Salesianos, a los Obispos Diocesanos o a las Casas de Formación. De esta forma consiguió para el mundo misionero más de cien becas. Ella amaba a la Iglesia de Jesús y por eso se preocupaba por las vocaciones sacerdotales para las diócesis y para las misiones.

El anillo precioso

Sor María no tenía miedo de pedir a las personas pudientes su colaboración para ayudar a los pobres. En esto podemos decir que era más bien atrevida, como en el caso que sigue.

La señora Doris Zeledón recibió una llamada telefónica de Managua

diciéndole que iba a llegar la esposa de un Ministro del Gobierno y que se preocupara por atenderla. Doña Doris era en ese tiempo Directora de una Colegio en San José.

La esposa del Ministro sufría desmayos, por lo que no podía ir sola a ningún lugar. Había ido en avión expreso a Estados Unidos para que la trataran médicamente, pero sólo la habían curado temporalmente. Doña Doris la recibió y la llevó al mejor hotel en la Avenida Central en San José. Le encargó que no se moviera hasta que ella fuera a recogerla al día siguiente.

La intención de la esposa del Ministro era ir a visitar a Sor María Romero para hablarle de su enfermedad. En la mañana del siguiente día doña Doris la llevó a la Casa de la Virgen, donde Sor María Romero. Ella la recibió y, siendo las dos del mismo país, platicaron sobre temas comunes. Luego entraron en el problema de la enfermedad. Sor María miró la mano de la señora y le dijo: "Señora, le aseguro que la Virgen la va a curar, si usted me da ese anillo que tiene en su mano".

Era un anillo de oro, con una perla de mucho valor. La esposa del Ministro se puso a dudar y contestó: "Permítame hablar primero por teléfono con mi esposo a Managua".

Sor María le dijo: "No hace falta. Déme el anillo ya y le prometo que la Virgen la curará. Yo necesito enseguida ese dinero para pagar mañana a mis trabajadores."

La esposa del Ministro dudó un poco, pero se quitó el anillo y se lo dio a Sor María. Luego regresó al hotel. Al día siguiente Doña Doris le telefoneó, diciéndole que esperara, hasta que ella llegara para acompañarla. La señora le contestó que no hacía falta, porque ya se sentía bien. Ella le dio a Sor María el anillo y la Virgen le dio la salud.

"Te saludo dulcísima María. Salúdame a Jesús de parte mía".

Beata Sor María Romero

CAPITULO 9

Una niña sanada y uana amistad profunda

Una persona muy relacionada con Sor María y su obra fue el empresario don Rodrigo Barzuna. Nos cuenta don Rodrigo que, estando en Nueva York, le notificaron que su hija Marcela de 5 años de edad, padecía leucemia aguda. Enseguida su esposa doña María Elena y su pequeña hija, fueron al encuentro de don Rodrigo en Nueva York, para ver qué se podía hacer.

Llevaron a la niña a un famoso hospital de Boston. Allí les confirmaron lo de la leucemia y les dijeron que la niña tendría unos seis meses de vida. El diagnóstico era aterrador para los padres.

Regresaron afligidísimos a Costa Rica. Como único recurso en tan grave pena, fueron a donde Sor María. Ella les dijo que debían tener mucha fe. Luego les propuso hacer los Quince Sábados en honor de María Auxiliadora. Sor María les volvió a decir: "Crean en la medicina, pero sobre todo tengan mucha fe y verán que la niña se va a curar".

Don Rodrigo volvió a Boston a indagar sobre los niños enfermos en el tiempo de su hija. Todos habían fallecido. Ciertamente esto le dolió mucho al pensar en su hija. Sin embargo ella pudo poco a poco dejar las medicinas, hasta que quedó completamente curada.

Después de este hecho comenzó una relación de ayuda mutua entre Sor María y don Rodrigo. El admiraba en Sor María sobre todo la gran preocupación que tenía por salvar las almas de las muchachas.

Don Rodrigo instaló algunas máquinas industriales de coser en un salón de la Casa de la Virgen, escogido por Sor María. Así surgió un taller de enseñanza para las muchachas, que luego encontraban trabajo en la fábrica de don Rodrigo o en otros lugares.

En la Casa de la Virgen estas muchachas recibían catecismo e instrucción religiosa. De esta forma cambiaban su vida con un gran acercamiento a Dios. En quince años se formaron así más de dos mil muchachas, que saliendo del vicio o del peligro de caer en él, se convirtieron en honradas ciudadanas y buenas cristianas, según el querer de San Juan Bosco.

Sor María apreciaba mucho a don Rodrigo y a sus bienhechores, pero siempre lo primero eran "mi Rey y mi Reina". En cierta ocasión llamaron a Sor María, porque el Sr. Barzuna la estaba esperando. Era ya hora de Misa, Sor María contestó: "Aunque fuera el rey de la tierra el que me llama, ante todo está "Mi Rey Jesús". Y se fue a Misa.

La mujer del año

En 1967 Sor María adquirió dos casas vecinas a la Casa de la Virgen con el fin de ampliar su obra. No tenía dinero, pero Dios se lo mandaba y por eso no tenía miedo de embarcarse en estas empresas. En el año 1968 Sor María desea adquirir otra casa vecina para seguir ampliando su obra. El Consejo Inspectorial recibe la petición del caso; la aprueba y transmite la petición al Consejo General en Turín. La petición va acompañada de estas palabras laudatorias para Sor María y su obra: "Sor María desea que toda la manzana de casas cante las glorias de María Auxiliadora y sea un Pequeño Valdocco, en donde nuestra Madre Celestial pueda repetir: "Esta es mi casa. De ella saldrá mi gloria". A continuación Sor María añadió: "Deseamos las casitas para dar clases de todo género a la juventud pobre y abandonada". Con tales recomendaciones el permiso no tardó en ser concedido. Nuevas deudas para Sor María, pero su Reina nunca la había abandonado y no lo haría ahora tampoco.

El 27 de agosto de 1968 la Unión de Mujeres Americanas proclamó a Sor María como la Mujer del Año. Dicha Unión le otorgó un pergamino con este escrito: *"La union de mujeres americanas, capitulo de Costa Rica, otorga este pergamino a Sor Maria Romero, hermana de maria auxiliadora, quien dentro de su afanosa colmena, atesora en cada celdilla la miel de sus bondades, de esa piedad cristiana, inspirada en las sublimes doctrinas de Jesus"*.

Sor María agradeció tal distinción, pero por ello los humos no se le subían a la cabeza. Para ella sólo contaba su Rey y su Reina.

En su confianza y amor a Dios, escribió un memorando al Corazón de Jesús. Lo colocó detrás de un cuadro grande del mismo Jesús, en la habitación común para ella y Sor Laura. Dicha habitación era para ellas, despacho, estudio, comedor y dormitorio. El memorando decía: "Corazón de Jesús, necesitamos cada semana, sin contar las planillas, 2.525 colones. Además los 750 mil para el resto de la construcción, 250 mil para el lote del doctor Saborio, 60 mil para el ascensor, 400 mil para los equipos médi-

cos, 300 mil para mobiliario, sin contar lo que, para vestir a los niños y dar de comer a los pobres, necesitamos diariamente. Contamos con tu riqueza y misericordia infinitas. Nos abandonamos y confiamos en tu bondad. Apresúrate Señor a socorrernos." Firmado: Sor Laura y Sor María.

Es esta una forma de orar con grandísima confianza en el amor de Jesús y en la Divina Providencia. Así le estaban recordando continuamente a Jesús sus necesidades. Es una piedad sencilla y llena de confianza y amor. Es algo parecido a cuando una persona, en graves problemas, prende una vela ante Jesús Sacramentado. En las llamas de la vela están constantemente las peticiones, alabanza y bendición de la persona que enciende la vela. Sor Laura dice que, en su humildad, Sor María quiso que ella pusiera la firma de primera.

Sor María prepara su viaje a Italia

El año de 1969 fue un año de oro para Sor María, pero no estuvo exento de lágrimas. A principios de Abril, una llamada telefónica desde Nicaragua, le comunicaba que su hermana mayor Matilde, había fallecido. El 5 de abril, dando a su Reina los encargos del día, le entregó también, no sin lágrimas, a su hermana.

Después vinieron tiempos alegres. En el mes de julio iría a Italia. Comunicó la noticia al empleado municipal que barría la calle frente a su casa. Le dijo que rezaría por él frente a las tumbas de San Pedro y San Pablo; que tuviera mucho amor a la Virgen. Desde ese momento el empleado municipal siempre que pasaba frente a la iglesia, entraba a saludar a María Auxiliadora.

Comunicó también la noticia a los canarios que poseía y que no eran pocos. Sor Laura asegura que cuando Sor María les hablaba, los canarios callaban. Cuando suspendía su plática, gorjeaban al unísono, mostrando gran alegría. Sor María hablaba también a las flores. Tenía muchas rosas en su jardín y las cuidaba con primor. Todavía el jardín frente a la tumba de Sor María está lleno de hermosas flores, especialmente rosas rojas.

Un día dos empleadas de la Casa de la Virgen, miraban desde el segundo piso a Sor María regando las flores y hablándoles tiernamente. Les decía: "Sí, mis amores. Yo sé que ustedes son muy bellas y las manos divinas, que las hicieron, son tan prodigiosas como este color amarillo que ustedes tienen". A cierto punto las dos mujeres vieron que las ramas del rosal se venían encima de ella, como acariciándola. Ella gozaba y se sonreía.

Las dos mujeres bajaron al jardín y se acercaron a Sor María: "¿Qué es esto, que las rosas se doblan hacia usted?". Las rosas se calmaron y volvieron a su posición normal. Sor María les dijo: "No digan a nadie ni una palabra de lo que han visto. ¿Me lo prometen?".

Las botellas rotas

Una de las dos mujeres de que hemos hablado, Luz María González, cuenta que una vez entró en la capilla y vio a Sor María arrodillada en oración. Se acercó. Le puso la mano en el hombro y le dijo: "Sor María, yo acabo de verla a usted en las alturas". (la había visto elevada del suelo, levitando mientras oraba). Quería seguir hablando, pero Sor María se puso el dedo en la boca y le dijo: "Silencio. No diga ni una palabra de esto a nadie, hasta que yo muera".

Una muchacha, Marina Herrera, estaba encargada de cuidar la puerta. Allí pasaba horas sentada, porque tenía problemas en las piernas. Sor María, viendo su dificultad para caminar, le había dado este trabajo, que ella procuraba cumplir bien.

Cuenta Marina que la gente le traía a Sor María botellas de vidrio para los que deseaban llevar agua de la Virgen. En ese tiempo no se conocían las botellas de plástico, mucho más cómodas. Una Hermana, que no aceptaba lo del agua, mandó a un muchacho para que quebrara todas las botellas. Esto indica que también en su comunidad religiosa no le faltaba oposición a Sor María. Ella vio romper todas las botellas, pero aunque sufría por esto, no dijo ni una palabra. Sus quejas no llegaban a oídos de los humanos, porque ella se las daba sólo a su Rey y a su Reina, que sí creían en ella y la escuchaban.

En una ocasión Marina esperó que Sor María terminara las consultas diarias y se marchara. Luego se sentó en la silla de Sor María, frente al escritorio. Se quitó los zapatos y puso sus pies sobre la tabla donde los ponía Sor María y dijo: "María Auxiliadora, cúrame los pies aquí donde Sor María pone los suyos". Desde ese instante pudo caminar con los pies sanos, como si antes no hubiera tenido ningún problema.

Sor María en Italia

Finalmente llegó el día del viaje. La emoción de Sor María era enorme. En

julio de 1969 tomó el avión para dirigirse a Italia, a la tierra de San Juan Bosco, de Sor María Dominica Mazzarello y del Santo Padre, que entonces era Paulo VI. El avión descendió en Milán y de allí Sor María pasó a Turín. De ciudad a ciudad hay como unos 150 kilómetros. Inmediatamente comenzó a escribir cartas. Fueron muchas las que envió, contando sus impresiones o dando recados para sus muchachas.

Desde Turín escribía: "Aquí estoy finalmente en Turín. A cada rato me pregunto: Pero, ¿seré yo de veras?". Apenas pudo, compró varias gruesas de rosarios, para pasarlos por todos los lugares sagrados, que encontrara en el camino. Por último pediría sobre ellos la bendición del Papa. Todos los quería para regalarlos como recuerdo a sus Hermanas, bienhechores y a sus muchachas.

Sor María pasa una semana en Turín. Visita con detención la Basílica de María Auxiliadora, construida por San Juan Bosco. En el frente ve el rótulo, pedido por la Virgen: "Esta es mi casa. De aquí saldrá mi gloria". El título está en latín: "Hic est Domus mea. Inde gloria mea".

Este mismo título hará ella colocar a la entrada de la Casa de la Virgen. Se entretiene largo tiempo contemplando el cuadro de María Auxiliadora, su Reina. Habla con Ella y recibe sus palabras, aunque no las conocemos. En la Basílica visita con detención los cuerpos de San Juan Bosco y el de la Madre Mazzarello, allí conservados bajo sendos altares, a la vista del público. Ora también ante los restos de Santo Domingo Savio, el jovencito muerto antes de los 15 años de edad y del que Don Bosco escribió la vida.

Visita también los cuartos donde San Juan Bosco vivió y trabajó. Cuartos convertidos ahora en museo, donde se conservan sus recuerdos y escritos. En uno de ellos, convertido en capilla, se celebra la Santa Misa.

Todo lo que ella ha leído de Don Bosco y de la Madre Mazzarello lo tiene ahora ante su vista. Es un reafirmarse de su salesianidad. Pero ante tantas cosas bellas, lo que más la atrae siempre es su Reina, María Auxiliadora, que le habla desde su cuadro.

En la casita nativa de San Juan Bosco

Sor María pasó una semana muy sabrosa espiritualmente en Turín, en compañía de Don Bosco y Madre Mazzarello. Allí estaban también la Madre General y las Consejeras Generales de toda la congregación de las Hijas de María Auxiliadora, con las cuales ella compartió fructuosos diálogos.

A la semana la Madre Lidia, Consejera General, la llevó a Mornese. Fue otra gran emoción para Sor María. Allí está el inicio del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. En ese mismo lugar la jovencita María Mazzarello, bajo la dirección del P. Domingo Pestarino, inició su grupo de las Hijas de la Inmaculada, que más tarde dio origen a las Hijas de María Auxiliadora.

Sor María fue admirando con devoción y respeto todo lo que ella ya conocía por las lecturas que había hecho en el noviciado y en su vida religiosa.

En Mornese en ese tiempo se estaba efectuando un retiro espiritual para Hermanas Religiosas. Sor Lidia la llevó con el pretexto de que acompañara al órgano los cantos de las ejercitandas. Ya conocían las capacidades musicales de Sor María.

Todas la rodearon con cariño para escuchar sus pláticas sobre su Reina, María Auxiliadora. Dice que Sor Lidia la trataba como su fuera una superiora, de tal manera, según dice ella, la tenían como la niña bonita, que todos mimaban, por lo cual dice que se sentía avergonzada.

Una semana estuvo Sor María en Mornese. El 6 de agosto, pasando nuevamente por Turin, va a Castelnuovo Don Bosco, lugar del nacimiento de San Juan Bosco el 16 de agosto de 1815. Allí la atendieron los salesianos y las Hermanas y le pusieron a su servicio la habitación de la Madre Inspectora.

Sor María amaba inmensamente a San Juan Bosco. Nos dice Sor Ana María Cavallini que a veces se preguntaba: "¿Cómo haría esto Don Bosco? ¿Qué diría Don Bosco en este caso? ¿Qué nos enseña Don Bosco?". Otras veces decía: "Don Bosco no quería esto. Don Bosco decía así".

En ese tiempo regentaba el Santuario de Don Bosco el P. Renato Ziggotti, que había sido Rector Mayor de los Salesianos. Sor María tuvo una audiencia con él, que quedó tan encantado de la plática de ella sobre María Auxiliadora, que luego volvió a buscarla para que le siguiera hablando de las maravillas que hacía la Virgen. Al despedirse le dijo: "Qué-dese aquí todo el tiempo que quiera".

Acompañaba a Sor María en la visita a estos lugares del nacimiento de Don Bosco una Hermana de María Auxiliadora, que era sobrina del P. Ziggotti. Al día siguiente, después de la Santa Misa, el P. Ziggotti fue a desayunar con ellas, para que Sor María continuara hablándole de los milagros que hacía su Reina en San José.

Visita a Loreto

El 16 de Agosto, Sor María está de nuevo en Turín. La Superiora General Madre Ersilia Canta le pide que pase por las diversas comunidades de Hermanas hablándoles de la Virgen. Sor María se extraña de encontrar comunidades de 75 y hasta de 100 Hermanas, mientras ella en Costa Rica tiene que hacer todo el trabajo, acompañada sólo de Sor Laura. Desde Turín escribe: "Naturalmente tengo que hablarles del Agua de la Virgen. Ha sido esto un avispero. Todas, como la Samaritana a Nuestro Señor, me dicen: "Dame de esta agua". Y yo llenando botellas todo el día. Termino muerta de cansancio. Las consultas van desde la mañana hasta la noche.

De Turín Sor María fue en ferrocarril a Loreto a visitar la Casita de la Virgen. Ya antes de visitar este lugar sagrado, acostumbraba regalar campanitas de Loreto, para que se usaran como protección de la Santísima Virgen. En este viaje la acompañó una Hermana de María Auxiliadora. Ella asegura que oía decir que Sor María era una santa, pero dice que le pareció ver en Sor María una religiosa sencilla, recogida, con una luminosidad que atraía. Ella les dio las buenas noches a la comunidad dos o tres veces. Su italiano era bueno, sólo tenía un poco de acento, tanto que la tomó por una misionera italiana, que había vivido mucho en el extranjero, donde adquirió ese acento.

La impresión de Sor María al visitar la casita de la Virgen fue inmensa. De allí escribió: "Estoy loca de amor. No tengo palabras para describirles lo que allí he sentido y sigo sintiendo". Allí compró todas las campanitas de Loreto que encontró, para después repartirlas como recuerdo de la Casita de la Virgen.

Estas campanitas recuerdan el sonido de las campanas, que solas, según la tradición o leyenda, saludaron el paso de la Santa Casa la noche del 9 de diciembre de 1294. Sor María tenía la devoción de distribuir estas pequeñas campanillas como un recordatorio orante a la Santísima Virgen, en demanda de protección y cariño. Los santos tienen una piedad sencilla y de todo se sirven para llevar las almas a Dios. Todavía hoy se siguen distribuyendo estas campanitas, que ahora llaman de Sor María, en la Casa de la Virgen, en San José.

Roma, el Papa y regreso a Turín

A principios de setiembre Sor María fue a Roma. La emoción de encon-

trarse en la Ciudad Eterna y casa del Papa, fue enorme. Llegar también ante las tumbas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, era algo suspirado por ella. Luego, la visita a las catacumbas donde están los cuerpos de tantos mártires del principio del cristianismo, fue también un acercarse más a Jesús, ya que por El estos habían dado sus vidas.

Sor María obtuvo una audiencia con el Papa Paulo VI. Hay una foto que confirma este hecho. Allí aparece hablando con el Papa. En Roma también habló a varias comunidades de Hermanas Salesianas. Allí confirmaron otra vez que hablaba bien el italiano, sólo que se le notaba un leve acento extranjero. Sus pláticas fueron siempre sobre la Virgen.



Sor María es recibida en una audiencia por el Papa Pablo VI

También enseñó la jaculatoria: "Pon tu mano Madre mía, ponla antes que la mía". Sugería que, al mismo tiempo, se hiciera la señal de la cruz sobre la persona.

Los recuerdos de Roma, sus monumentos del Imperio Romano, pero sobre todo, los monumentos de la cristiandad que tanto la impresionaron, todos quedaron atrás. El 10 de setiembre, emprendió por ferrocarril el regreso a Turín.

Turín, Milan y regreso

La ciudad de Turín ya le era familiar, pues había pasado varias veces en ella. Allí aprovechó para seguir impregnándose de salesianidad al lado de María Auxiliadora, San Juan Bosco y Santa María Dominica Mazzarello.

Por deseo de la Madre General, cada tres o cuatro días debía desplazarse a las diversas comunidades de las Hermanas, para hablarles sobre María Auxiliadora y la obra milagrosa, que estaba desarrollando en San José. Tenía también que leer y contestar las no pocas cartas que le escribían las Hermanas referentes a la devoción a la Virgen María, que iba suscitando con sus pláticas.

Fue también a Aassignano en la misma provincia de Turín, a hablar a las aspirantes y postulantes, que se preparaban a la vida misionera.

Fue luego Sor María a la ciudad de Milán. Allí habló también a las Hermanas. Su italiano no era perfecto, aseguran, pero era comprensible. Lo que más hizo en esta ciudad fue ir de compras, especialmente de objetos religiosos.

No dejó de visitar la hermosísima catedral gótica. En la plaza del frente se sacó una foto, mientras las palomas vuelan a su alrededor y se posan en sus manos y en sus hombros. Mandó luego por barco dos baúles, con las numerosas compras que había hecho.

A principios de octubre Sor María emprendió el regreso a casa, a Costa Rica, venía cansada, pero feliz.

Sor María fue tan fina, que la primera vez que la visité me entregó una reliquia de Santo Domingo Savio. La conservé con mucho cariño, especialmente después de su muerte. La llevé conmigo a la misión de Campur, San Pedro Carchá, Guatemala, cuando Dios me dio la oportunidad de ir a trabajar con los indígenas Quekchíes.

Esta reliquia estuvo conmigo hasta el momento en que tuve que salir violentamente de la misión. En una gira por las aldeas indígenas, fui secuestrado por el ejército. Salí con vida, pero la reliquia quedó en la misión, ya que no pude sacar ningún objeto.

CAPITULO 10

Las sorpresas de la ausencia

Al estar ya en su casa le dijeron a Sor María:

- Le tenemos una sorpresa, pero una sorpresa desagradable.
- ¿Cuál es la sorpresa?
- Tenemos una deuda de 33 mil colones.

- Eso no es nada, contestó Sor María. La Virgen nos deparará ese dinero. Ella ha permitido esto para que vean ustedes cómo es que nos manda el dinero. Jesús dice en el Evangelio: "Dad y se os dará una medida llena hasta rebosar. Apenas tengan mil colones, compren cobijas. A todo el que venga a pedir, denle, pero con amor, viendo en él a Cristo. Allí está el secreto. Porque si se empieza a analizar: éste necesita y éste no, entonces ya no se ve a Cristo, sino al hombre. Verán que de aquí a un mes se cancelará la deuda". Así fue; la deuda se canceló al cumplirse un mes.

Sor María volvió a las audiencias y a su trabajo ordinario, con nuevo entusiasmo. Recibió de la Madre General, Ersilia Canta, una carta en que le decía: "Gracias de todo corazón por su venida a Italia, por el bien que ha hecho con su ejemplo, con su amor a la Virgen y con su palabra allí donde haya ido. Todas la recuerdan con edificación y en todas ha despertado un mayor deseo de santidad y de devoción a nuestra Madre Celestial".

Viniendo de la Superiora General esta carta tan bella, nos da a entender el aprecio que le tenían y cómo tenían en cuenta su virtud, su trabajo y su unión con Dios. Tal vez en su comunidad más de una Hermana no estaba de acuerdo con ella, pero ya su labor había llegado hasta las altas esferas. Esto le daba ánimo a Sor María para superar las pruebas que Dios permitía le vinieran encima.

Casa independiente

En 1971 la Obra Social María Auxiliadora se declaró casa independiente,

antes se le consideraba como una obra dependiente de la Casa Inspectorial, que estaba calle de por medio. Se nombró una directora para la nueva casa y fue Sor Elvira Mejía. Ella era Directora y Ecónoma. Llevaría la dirección y la administración de la obra. La casa estaría ya formada no sólo por Sor María y Sor Laura, sino que estaba también la directora y algunas Hermanas más.

En esos días yo me encontré con Sor María y recuerdo que ella me contó que habían nombrado una Directora para la casa. Me dijo: "Han nombrado una Directora para la casa. Yo voy a ser muy obediente con ella". Me pareció que estas palabras mostraban una aceptación no exenta de cierta contrariedad. Pero esto es sólo una apreciación mía.

Sor Laura buscaba ansiosamente todos los papelitos en los que Sor María escribía algo y que luego echaba al basurero. Hasta allí iba ella a recogerlos, pues ya la conocía bien después de trabajar tanto tiempo con ella y la consideraba una mujer especial y santa. Por eso Sor Laura decía muchos años después, poco antes de su muerte, que ella le había ayudado a Sor María a hacerse santa. Yo le oí decir esto.

Con los papelitos sueltos que recogía, Sor Laura formó un libro, que resultó ser una riqueza grande sobre la espiritualidad de Sor María. Esto lo hacía sin que Sor María lo advirtiera.

Un día Sor Laura, en un descuido dejó el librito sobre un banco. Sor María lo cogió, lo hojeó y se lo guardó. Luego llamó a Sor Laura y le dio una fuerte reconvención delante de la Madre Provincial. Sor Laura aguantó el chaparrón, pero siguió a escondidas haciendo lo mismo, ya que creía que eran secretos de espiritualidad que debían conservarse para el futuro. Gracias a estas tretas conocemos mucho de la vida interior de Sor María y le agradecemos a Sor Laura lo que hizo, para bien nuestro.

Asayne

Después de mucho orar, Sor María decidió fundar una asociación de señores y señoras para socorrer a los sin techo. Le dio el nombre de ASAYNE (Asociación de Ayuda a Necesitados). Muchas reuniones tuvieron lugar para llegar a algo concreto. En las reuniones se mostraba silenciosa. Seguía con atención cuanto deliberaban las personas allí reunidas. Nunca tomaba la palabra si no le pedían que lo hiciera.

"Se decidió construir pequeñas colonias para los pobres, con casas, capilla, sala comunal..., como verdaderas ciudadelas de María Auxiliadora".

Se fundaron tres ciudadelas: una en San Gabriel de Aserrí, otra llamada María Auxiliadora en Salitrillos y una tercera, llamada El Sembrador en Lomas de Desamparados. Las casas se adjudicaban a personas muy pobres, que contraían la obligación de vivir como buenos cristianos. Entre los compromisos estaban:

- Rezar el Rosario diariamente.
- Asistir a misa el día domingo.
- Mantener limpia y ordenada la casa.
- No murmurar, ni crear discordias con nadie.



Sor María Romero y algunos de sus colaboradores con cartones de huevos, después de haberlos recogido en la granja de una de las ciudadelas.

Para llevar adelante esta obra de las casas, Sor Maria mandó a llamar a su amigo Don Pepe, para que buscara terrenos que estuvieran en venta. Ella misma se iba con ingenieros amigos a buscar terrenos que sirvieran para su propósito. Cuando algún terreno le parecía apto, mandaba a parar el automóvil, bajaba y lo medía a pasos. Le preguntaban:

- ¿Pero ese terreno es suyo?

- No, contestaba ella. Pero a lo mejor me lo regalan.

Don Rodrigo Barzuna nos habló de que le tocó subir y bajar colinas con Sor María, buscando terrenos aptos para las casas. ASAYNE tenía la bendición del Sr. Arzobispo Carlos Humberto Rodríguez Quirós. Estaba destinada a proveer de casa a los vergonzantes y a los menesterosos.

En el trienio 1971-1973 ASAYNE llegó a ser una maravillosa realidad. Esto costó grandes fatigas a Sor María, que ya comenzaba a sentir el peso de los años. Ella llegó a escribir: "Lo que antes hacía fácilmente en un minuto, ahora no lo puedo hacer sino en una hora o más. Termino al final del día extenuada, pero felicísima, porque así puedo mostrar mi amor a mi buen Dios".

El carácter de Sor María

En medio de tanta actividad, se continuaba haciendo las tandas de ejercicios espirituales por categorías: cooperadoras, mujeres de la ayuda, varias escuelas públicas. Además 150 alumnas asistían a la Escuela de Orientación Social, fundada por ella en la Casa de la Virgen.

Inculcaba siempre la devoción a María Auxiliadora y a los Quince Sábados en honor de la Virgen. Sor María estableció esta devoción a los quince sábados recordando los quince misterios del Rosario. En ellos se debía confesar y comulgar.

Sor Yolanda Porras nos traza un perfil de la manera de ser de Sor María. Nos dice: "La alegría era característica en ella. Tenía un carácter jocoso y era graciosa en su manera de hablar. Trataba a las mujeres que le ayudaban en los oficios de la casa con gran cariño y les hacía su fiesta al final del año. Las llamaba cariñosamente "mis viejas". Pero era exigente, si debía serlo, y le gustaba el orden.

En dos ocasiones pude verla junto a su mesa de trabajo, como transformada, con un semblante radiante. Me escondí para que no me viera. Aquello era algo sobrenatural".

El 31 de enero de 1971, fiesta de San Juan Bosco, después de la Misa, nos cuenta Sor María se fue a saludar a una exalumna, a la cual hacía mucho tiempo que no veía. Después de saludarla, con la obsesión que tenía de las ciudadelas, le habló de las casas que deseaba edificar.

Ella la escuchaba y después de pensarlo un poco, le dijo: "Yo tengo una manzana de terreno, en la que pensaba construir casas para ganar dinero.

Se la doy para los pobres". Luego la llevó a que la viera.

Como reglamento para la ciudadela número uno y las siguientes, escribió: "Se les recomienda, como a buenos cristianos, ofrecer al Señor y a la Santísima Virgen todas las obras del día al acostarse y levantarse". Como podemos apreciar por esto, Sor María nunca descuidaba el interés espiritual de las almas.

Sor Ana María Cavallini escribe: "Cuando se trató de dar casitas a los pobres de Salitrillo (Ciudadela N°1), parecía que una fuerza diabólica oculta trataba de destruir cuanto se hacía: lluvias torrenciales convertían el terreno en lodazales, personas que no se presentaban, tractores que no llegaban. Todo esto ocasionaba gran pérdida de dinero. A todo esto Sor María decía: "Confiemos en la Virgen. Las obras de Dios siempre cuestan. Confiemos en Dios".

No obstante estos gastos para ASAYNE, en julio de 1972 Sor María compró cuatro casas vecinas para construir el internado. Después de su muerte se construyó allí un elegante edificio de tres pisos para servicio del internado.

Muerte de Luisa y terremoto de Managua

En el verano de 1972, Pastora la hermana menor de Sor María, le telefonó desde Nicaragua:

- Luisa (la otra hermana) tiene un tumor maligno. María, tú que ayudas a tanta gente, cúrala.

- Pastora, contestó Sor María, Dios ama a Luisa más que todos nosotros. Luisa no curará. Dios la quiere para sí.

Pastora no quería entender. Ella y Luisa, las dos viudas, vivían en Managua y tenían un negocio, con el que les iba muy bien y ahora todo se derrumbaba. El 13 de octubre Luisa pasó a la eternidad.

Sor María partió para Nicaragua a los funerales de su hermana. Su dolor era enorme, pero resignado. Ahora las hermanas eran sólo tres: Chila, Sor María y Pastora. Pasadas las honras fúnebres, Sor María regresó y reanudó sus actividades.

El 23 de diciembre de 1972 Managua sufrió un terrible terremoto. El temblor fuerte fue también sentido en Costa Rica. Managua quedó en ruinas y se desataron muchos incendios para empeorar la situación. Los muertos fueron miles y lo mismo los heridos. Tanto sufrimiento ciertamente repercutía en el ánimo de Sor María. Allí estaban muchos de sus

parientes, muchos de sus conocidos y muchas amistades.

Recién pasado el terremoto, Doña Caridad Mora visitó a Sor María en Costa Rica. Cuando regresó a Nicaragua iba triste y afligida. El motivo fue que Sor María le dijo que todos los problemas que estaban pasando en Managua no eran nada en comparación con lo que iba a suceder en el futuro. Que rezaran mucho por la paz. En realidad, a los pocos años vinieron todos los horribles problemas del sandinismo comunista, con la guerra civil, las expropiaciones y los miles de muertos, especialmente jóvenes. Pero cuando eso sucedió Sor María ya estaba en la eternidad.

El niño salvado

Me permito a este punto hacer un paréntesis en la narración de la actividad de Sor María Romero y mencionar un suceso del que fui parte en el año 2002. Había pedido públicamente en la Misa que las personas que tuvieran algún recuerdo de Sor María, que me lo comunicaran.

Estando en la sacristía de la iglesia de la Casa de la Virgen, se presentó un matrimonio, diciéndome que tenían un testimonio de Sor María Romero. Les pregunté si era actual o del pasado. Me dijeron que era de cuando Sor María estaba viva. Me narraron lo siguiente:

Tenían ellos un niño de cuatro meses de edad. Estaba desahuciado por los médicos. En su apuro lo llevaron donde Sor María. Era después de la Misa de 4:30 de un sábado. Se lo presentaron y ella lo tomó en brazos. Lo llevó al sagrario y se lo presentó a Jesús. Después de un rato de oración, se lo devolvió a los papás. Les dijo: "El niño ya está curado y va a ser un gran hombre".

El niño se restableció completamente y fue creciendo. Un sábado, al salir de la sacristía se presentó a mí un señor y me presentó a su esposa. Luego me dijo: "Soy el Doctor Mauricio Barrantes Zamora. Soy el niño de cuatro meses que Sor María presentó a Jesús y curó".

Luego me dijo que hacía menos de un año que se había graduado en medicina y que la primera consulta después de la graduación la había hecho en la Clínica de la Casa de la Virgen. Allí también escribió la primer receta médica que hacía como graduado.

Todos los agradecidos por Sor María en vida la recuerdan con cariño y le tienen una devoción ahora como beata. Estaba enseñándole a un sacerdote que venía de Padua, Italia, la tumba de Sor María, mientras una señora escribía sobre la misma un papelito.

Le expliqué al sacerdote que lo que la gente hacía era escribir sobre un papelito sus peticiones a Jesús por intercesión de Sor María. Luego esos papelitos los echan en una caja de vidrio. Es ésta la forma de oración de petición.

La señora que me oyó, dijo: "Viera que es echando el papelito en la caja y ya uno puede estar seguro que Jesús, por medio de Sor María, le concede la gracia pedida". Dios siempre escucha esta fe sencilla.

Contaba este hecho, antes de la Misa en una estación de radio y una señora, con un niño de pocos meses en brazos, dijo: "Este niño es una confirmación de lo que usted ha dicho. Yo tenía dos niñas y deseaba un niño, se lo pedí a Jesús con un papelito sobre la tumba de Sor María y aquí está el niño". No hicieron falta más comentarios.



Y vos, Jesús: ¿Quién decís que soy yo?

*- Tu eres la predilecta de mi Padre y
la consentida de mi Madre.*

- Y de ti, ¿qué soy, mi Rey?

- La amada de mi corazón.

- ¿Y del Espíritu Santo?

- Dimelo tú mismo, Espíritu de Amor.

- Mi confidente.

Beata Sor María Romero

CAPITULO 11

La Virgen corrige sus escritos

Cuando Sor María escribió la crónica sobre "Las Obras Sociales de la Hijas de María Auxiliadora", dio a corregir este escrito a Doña Claudia Rojas, que era profesora de castellano. Ella tachó todas las veces en que Sor María escribió "nos", en vez de poner su nombre propio. Sor María realmente quería escudarse detrás de un "nos" en vez de poner su nombre personal. Otras veces decía: "La encargada de los Oratorios". Con todo fácilmente capta uno aquí la humildad de Sor María y se da cuenta de que es ella.

Sor María al ver esto, se sintió disgustada y se fue a quejar con la Santísima Virgen diciéndole: "¿Ves, Madre Mía, como Doña Claudia me tachó NOS? ¿Verdad que es a nosotras que nos das vez por vez lo que necesitamos? No, yo no lo tacho. ¿Qué me dices?."

Fue grande la sorpresa de Sor María, según le escribe ella a la Madre General, al revisar el escrito y ver que todos los tachones con lápiz a la palabra NOS habían desaparecido, sin que quedara ninguna señal.

Me permito ahora escribir un hecho, sucedido en estos años, que me contó Don Carlos Colombari. Se trata de su matrimonio. Cuando él deseaba casarse, tenía miedo de decírselo a su papá Don Danilo, porque lo consideraba un hombre muy severo. Fue entonces a donde Sor María y le expuso el problema.

Sor María lo escuchó y luego le dio una campanita de Loreto y le dijo: "Cuando hables con tu papá, pónela en la bolsa del pantalón y la estás tocando mientras hablas con él. Luego le dices a tu papá que has encontrado una mujer, que te parece muy buena y que deseas formar un hogar con ella". Luego Sor María le sugirió todas las demás palabras que debía decirle.

Don Carlos hizo todo como se lo sugirió Sor María y ya no tuvo ningún problema con su papá. Cuando Don Carlos habló de esto, dijo que ya llevaba 30 años de casado. Añadimos que el hecho de estar tocando la minúscula campanilla de Loreto, es sólo una forma de oración pidiendo a la Santísima Virgen la protección.

Inauguración de las primeras casas

En 1973 Sor María sintió que se le acercaba el fin. Se sentía cada vez más cansada, pero no disminuía su entusiasmo para trabajar por Jesús y María, Dios le daría todavía cuatro años más.

El 12 de octubre de 1973, fiesta del descubrimiento de América y de la llegada del cristianismo a estas tierras, inauguró las 7 primeras casitas en las ciudadelas. Ella misma hizo el discurso de inauguración. Algunas personas le decían: "Sor María, ésta es su obra más grande".

Había establecido en este conglomerado un mercadito en donde se vendían en forma cómoda, comestibles a los inquilinos de las casas. A este respecto escribió Sor Ana María Cavallini lo que le contó Sor María.

Le dijo que dos días antes estaba en la capilla rezando y mirando a la Virgen. Se puso a pensar qué podría dar a sus pobres para que sus frijolitos tuvieran mejor sabor. Mirando a la Virgen le suplicó: "Madre mía, quiero hacer más gustosa la comidita de mis pobres. Mándame unas cebollas o ajos; pero mándamelos hoy mismo, pues es el día para entregarlos. Mi Reina, ya ves que te pido con confianza".

En estas peticiones se entretenía con la Virgen, cuando llegó la portera y le dijo: "Hay en la puerta un hombre. Le trae un regalo, pero quiere dárselo personalmente a usted". Ella enseguida pensó: "Es el regalo de la Virgen".

El señor, no conocido por ella, le entregó una cantidad grande de cebollas. Se las había prometido a la Virgen si obtenía una buena cosecha. Sor María agradeció el regalo y enseguida se las llevaron al mercadito de la ciudadela. La Virgen nunca le fallaba a Sor María y por eso ella le tenía tanta devoción y tanta confianza. La fe hace milagros.

Sor María y sus publicaciones

La vida continuaba su curso normal y Sor María seguía con sus ocupaciones. Todas las tardes continuaba atendiendo a las numerosas personas que venían diariamente a ella por consejería. Ordinariamente comenzaba a las 2:30 p.m. y pasaba horas enteras sentada frente a su escritorio. Los problemas eran de toda índole y ciertamente la agotaban. Esto hacía que en más de una ocasión fallara un tanto en el trato a algún pobre. Al darse cuenta, se le vio en algunas ocasiones levantarse de su escritorio y correr a la puerta para llamarlo y tratar de arreglar lo sucedido. Estas fallas son muy humanas y es normal que a veces pasan. No hay santo perfecto.

Sor María atendía docenas de personas semanalmente. Ella le dijo a Sor Ana María Cavallini, que en estas consejerías había gastado barriles de saliva, pero que sentía la obligación de no dejar de atender a nadie. A través de estas pláticas trataba de llevar a todos a las prácticas religiosas por medio de la devoción de los Quince Sábados, en honor a los quince misterios del Rosario. Estas prácticas debían estar siempre acompañadas de la confesión y la comunión.

Los favores y milagros no se hacían esperar. Esto fomentaba también la gratitud y las limosnas venían siempre conforme a las necesidades de la casa. Para fomentar estas devociones, cada año hacía un tiraje de diez mil ejemplares de los Quince Sábados, que luego iba distribuyendo entre la gente.

Lo mismo, todos los años, Sor María hacía un tiraje de diez mil ejemplares de la Novena a María Auxiliadora. Las medallas de la Virgen también las repartía en grandes cantidades. Había sábados en que en la capilla de María Auxiliadora se repartían más de 500 comuniones. Estas costumbres han continuado en la Casa de la Virgen.

Además de las publicaciones religiosas ya citadas de Sor María, tenemos también el libro "Las Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora". Allí vemos que la labor, en muchos casos sólo de ella, en su humildad, ella la cubre, ocultando siempre su nombre. La atribuye siempre a todas las Hermanas. De esta publicación me han dado fotocopias del original, que también he visto, con las correcciones a mano de Sor María en el texto original.

El 6 de enero de 1973 Sor María cumplió los 50 años de profesión religiosa. Por deseo de ella, este acontecimiento pasó inadvertido a la comunidad religiosa y al público. Sólo ella con su Rey y su Reina celebró este feliz acontecimiento.

Mayo, mes de la Virgen

La fiesta de María Auxiliadora el 24 de mayo, era ciertamente el acontecimiento más grande de todo el año. La fiesta era precedida por el mes de María Auxiliadora y por la novena.

Durante el mes, la estatua de la Santísima Virgen Auxiliadora era llevada de casa en casa, un día en cada casa, entre todos los vecinos del barrio. Este traslado de la imagen se hacía procesionalmente, con acompañamiento de toda la gente que asistía a la Misa del atardecer.

Sor María iba apuntando todas las gracias concedidas por la Santísima

Virgen durante todo el mes. En sus cuadernos se encontraron anotadas 491 gracias, además de otras, apuntadas en papelitos sueltos, muchos de los cuales recogió Sor Laura, su fiel compañera de labores.

Además Sor María promovía la devoción a la Santísima Virgen Auxiliadora el primer sábado de cada mes. Para ello este día era celebrado con especial solemnidad. De muchos lugares venían personas a solicitar favores de la Santísima Virgen o a darle gracias por sus plegarias escuchadas. De todo se servía Sor María para acercar las almas a Jesús y María. Su fe y su amor a la Virgen le hacían inventar nuevos medios para impedir que entrara la rutina y se disminuyera la devoción.

San Pedro de Poas es una población que queda a unos 40 Km de la capital. Allí se extendió mucho la devoción a María Auxiliadora por influencia de Sor María Romero. La fiesta de María Auxiliadora allí se celebraba antes del 24 de mayo, porque ese día mucha gente desea celebrarla en la Casa de la Virgen. Muchos se trasladan a San José, llevando toda clase de comidas, preparadas localmente, para ser vendidas en favor de las obras sociales de Sor María. Esta costumbre permanece todavía después de más de 30 años.

Antes de las 4 a.m. el 24 de mayo la gente comienza a llegar a la Casa de la Virgen. Cada persona trae, o adquiere allí mismo su farol, pues todavía es oscuro. A las 4 a.m. en punto se inicia la procesión, mientras se van cantando "Las Mañanitas" en honor a la Santísima Virgen.

La procesión camina casi dos kilómetros entre ida y vuelta. La estatua de María Auxiliadora va en una carroza elegantemente adornada. Miles de personas acompañan la procesión, cantando por medio de alto parlantes y rezando el Rosario. A las 6 a.m. se inicia la Santa Misa al aire libre, pues la gente no cabría en la Iglesia. Luego las Misas en la Capilla se suceden cada hora. Hay confesiones todo el día. Podemos decir que son chorros de bendiciones que Dios va derramando por medio de María Auxiliadora. El día anterior, después de la Santa Misa de la noche, se ha desarrollado un concierto en honor a la Santísima Virgen. Son centenares de personas las que participan. Sor María y las Hermanas terminan agotadas, pero felices por el honor tributado a María Auxiliadora.

Cruzada de la modestia

Ante la falta de pudor en el vestir, especialmente de muchas señoritas, y la furia de la minifalda que se desató en su tiempo, Sor María no era de las

que se quedan con los brazos cruzados ante tanta ofensa al Señor. Para combatir esto, ideó la cruzada de la modestia. No tuvo pena de hablar del problema a la gente con la que trataba, especialmente a las muchachas. A través de sus pláticas fue creciendo el número de muchachas que aceptaban vestir modestamente y se comprometían a ello.

En un cuaderno fue apuntando el nombre de las jóvenes que se comprometían en esta cruzada de la modestia. Día a día iba agregando nuevos nombres y al final el número llegó a 2443. Una corona de muchachas alistadas en esta cruzada de la modestia, que pudo ofrecer a María Auxiliadora.

Ella conocía los problemas y vicios de la sociedad. Se rozaba frecuentemente con el ambiente malsano para ir purificándolo. Ante el dolor al conocer que había muchas madres abandonadas por sus esposos y madres solteras, que en la desesperación por alimentar a su familia, mandaban a sus hijas a prostituirse para tener dinero con qué comer, Sor María iba repitiendo, según ella misma escribe: "Oh Don Bosco, ¿qué harías tú en este caso? Padre amado, ayúdanos!". Para resolver, al menos en parte este problema, fue que estableció el internado gratuito para muchachas con dificultades.

Ella confesaba: "Yo deseo muchas cosas y las cosas que deseo, las deseo mucho, pero únicamente para gloria de Dios y salvación de las almas. Cómo comprendo a nuestro padre (Don Bosco) en su grito: "Da mihi animas (Dame las almas)".

La mujer del año

En 1976 el Club Rotario de Costa Rica cumplía sus 25 años de fundación. Acostumbraban cada año escoger a una mujer sobresaliente y declararla LA MUJER DEL AÑO. Ese año se fijaron en Sor María y decretaron ofrecer la medalla a Sor María. Ella se excusó y rechazó el ofrecimiento. No se presentó.

El presidente del Club Rotario decidió entonces ir, junto con su directiva, a la Casa de la Virgen a consignar la condecoración a Sor María. Ella agradeció la condecoración. En nombre de Sor María agradeció la Vicaria Inspectorial. Una vez con la medalla en el pecho, Sor María dijo: "Esta medalla es para mí, ¿y para los pobres qué?".

Invitó después a la directiva del Club Rotario a visitar la obra social. Alguien dijo, después de ver todo: "Esto debe de haber costado millones". Entonces ella contó: "El otro día tenía que pagar una gran deuda. No

ni cinco céntimos. Entonces me fui a la capilla y dije a María Auxiliadora, mi Reina: "Ocupate tú de este problema". Luego me quedé allí, hasta que me vino la inspiración de ir a la calle. Salí y esperé.

Pasó un coche de mucho lujo. Le hice señal de detenerse. El auto se detuvo y bajó un señor elegantemente vestido, que me preguntó: "¿Quiere hacer un paseo, madrecita?".

- ¿Usted necesita un milagro?, le pregunté. Porque yo necesito dinero.

El me miró como si estuviera hablando con una loca. Pensó y luego me dijo: "No, yo no lo necesito. Pero tengo un amigo que sí lo necesita. Le rogué que me lo enviara enseguida.

El señor se fue y poco después llegó un automóvil mejor que el de antes. Bajó el que necesitaba el milagro. Hablamos. Luego me dio un fajo de billetes. Era la cantidad que yo necesitaba. Llegó el amigo. Se hizo el milagro y llegó el dinero".

El presidente del Club Rotario, don José González, exclamó: "¿Pero, Sor María, usted vende milagros?".

Todos reían inclusive ella, pero respondió: "No. Yo, no. Es mi Reina".

Aquellos señores rieron, pero decidieron ayudar a Sor María y de verdad que ella lo necesitaba.

*"Pon tú mano, Madre mía. Ponla antes que la mía.
Por la santa cruz, libranos Señor de todo mal. María
Auxiliadora, que triunfe tu poder y tu misericordia.
Libranos del demonio y de todo mal, y escóndenos
bajo tu manto".*

Beata Sor María Romero

CAPITULO 12

1977, el último año de vida de Sor María

Y llegó el último año de vida de Sor María, el año de 1977. Ella confiaba a Sor Ana María Cavallini que se sentía muy cansada. "A veces me siento como que tengo el corazón con la punta hacia arriba", le decía a Sor Ana María y ambas reían de esta ocurrencia.

Sor Ana María un día le dijo: "Tengo un libro bellissimo de lectura espiritual y uno de meditación igualmente lindo". Sor María le respondió: "Para mí no hay nada como el Evangelio y la Sagrada Escritura. Cada palabra de Jesús, cada gesto, tienen siempre algo nuevo, encantador. Pasos agradables, sabrosos, saboreando esa fuente inagotable".

Desde Granada le escribe a Sor María su hermana Pastora, diciéndole que Chila, que vive en Estados Unidos, anda mal de salud. Luego Chila mejoró. En este año de 1977, las dos hermanas planearon pasar unas vacaciones juntas, posiblemente acompañadas de Sor María, pues eran las únicas hermanas que estaban vivas. A ellas se uniría la hija de Pastora, Anita, acompañada de su pequeña familia.

El 24 de enero de 1977 la comunidad de la Casa de la Virgen y otras hermanas de varias comunidades van a Salitrillos de Aserri a inaugurar la propiedad agrícola de la ciudadela. Esta propiedad comprende una granja con buen número de animales. Sor María va también y acompaña a los bienhechores a visitar el complejo.

La última fiesta de su reina aquí en la tierra

Llegó el 24 de mayo. Última fiesta que Sor María prepara aquí en la tierra para su Reina. La carroza de la Virgen luce espléndida, rodeada por cincuenta jóvenes, vestidas de blanco.

La fe y el amor dominan en la procesión, que se inicia a las 4 a.m. La multitud es desbordante, pero el orden es perfecto. Al regreso de la proce-

sión se celebra la Santa Misa al aire libre, en la esquina de la Casa de la Virgen. Esto porque la multitud es tan grande, que no cabe en la Iglesia. Son varios miles de personas. A las 8.30 es el Nuncio Apostólico quien celebra la Santa Misa. Siguen otras misas, confesiones y comuniones.

Todas las Hermanas terminan agotadas, porque tienen que atender también ventas de comida y otras actividades, al servicio de los miles de peregrinos que vienen. Sor María terminó también agotada y la Madre Inspectora le sugirió que tomara un descanso. Ella no quiso tomarlo enseguida, porque tenía otras actividades a la vista.

Después de esto, vino una tanda de ejercicios espirituales para 75 señoras bienhechoras. Allí tenía que estar ella disponible para las muchas consultas.

El 28 de junio celebra con todas sus alumnas la fiesta del Papa. Sor María se implica mucho en esto. Después de esta fiesta se inician las vacaciones de medio año. Son dos semanas. Sor María finalmente acepta tomarse un descanso.

El 2 de Julio Sor María parte para Nicaragua, a reunirse con sus dos hermanas, Pastora y Chila, que allá la esperan. Sor María se despidió de varias Hermanas y Sor Laura la acompañó al aeropuerto. En la buseta que la trasladó iban también varias Hermanas más para desearle buen viaje. Sor Laura, su brazo derecho, le dijo:

- Si me preguntan cuándo la volverán a ver, ¿qué contesto?

- Diga que dentro de quince días. Siempre diga lo mismo: Dentro de quince días.

Hacia el descanso temporal y eterno

A esperarla al aeropuerto de Las Mercedes, en Managua, habían ido sus dos hermanas y su sobrina Anita. Le habían preparado a Sor María un refugio ideal. Ella no quería que nadie supiera de su llegada, pues necesitaba reposo.

Habían alquilado, a un médico amigo, una casa frente al mar Pacífico no lejos de la ciudad de León. La casa está ubicada a unos 2 Km después del balneario de Poneloya, en un lugar llamado Las Peñitas. Tiene este nombre, porque después de la playa, en el mar, se ven varias rocas o peñas, que sobresalen especialmente en la marea baja.

En el camino de León a las Peñitas, Sor María decía: "Deseo estar tranquila. Estoy muy cansada. Quiero callar. Me bastará tener la fortuna de po-

der pasar una hora por la mañana y otra por la tarde delante de Jesús Sacramentado.

La habitación destinada a ella le encontró demasiado bonita: sábanas muy finas y el colchón blando. Pidió a Pastora que le *consiguiera otro colchón más duro*, porque en el anterior no se podía reposar. Después de no poco buscar, lograron encontrarle el colchón pedido.

El jueves 7 la familia estaba en la playa, cerquita del agua. Sor María murmuró: "¡Oh, yo veo a Dios en cada gota de este mar! ¡Qué bonito debe ser morir ante el mar!".

Pastora le dijo después: "María, vete a descansar. Te llamaremos para la Misa de las 5 p.m."

El vuelo al cielo

Pastora y Chila se prepararon para la Santa Misa en la Catedral de León. Es una catedral grandiosa, de los primeros tiempos de la colonia y con cinco naves. Allí está la tumba de Rubén Darío, el máximo poeta de Nicaragua y de renombre mundial.



Sor María Romero alimenta a unas palomas.

En el jardín, cerca de la calle, el automóvil arrancó el motor. Las hermanas esperan, pero Sor María no llega. Se bajan del vehículo y van a llamar a la puerta de la habitación. Golpean hasta tres veces, pero no hay respuesta. Se decidieron y abrieron la habitación. Allí, extendida en el suelo, yacía Sor María, muerta y fría.

Había caído contra el lavamanos, hiriéndose la frente. Por el rebote pegó contra una consola de mármol, hiriéndose la nuca. El rostro estaba morado y ensangrentado.

El cadáver fue llevado al hospital San Vicente de la ciudad de León. El Dr. Ernesto López certificó que Sor María había muerto de un infarto cardíaco.

Se apresuraron a conseguir los documentos para poder conducir el cadáver de Sor María a Costa Rica. En Nicaragua, con disgusto lo dejaron partir, pero sentían que aquel sagrado cadáver pertenecía a su segunda patria, Costa Rica. Un sobrino le había preguntado a Sor María: "Tía, cuando mueras, ¿dónde quieres ser enterrada?". Ella contestó: "Naturalmente en Costa Rica".

La gratitud del pueblo

En la tarde del día 8, desde León, Sor María fue trasladada a Granada. Era la ciudad de su nacimiento, la ciudad de su niñez y de su juventud. Allí estaban la mayoría de sus parientes, sus exalumnas y muchas amistades. Ella siempre fue granadina. La recibieron en la catedral y allí le cantaron una Misa Solemne. Allí, al final de la Misa, el Dr., poeta y escritor, Pedro Joaquín Cuadra tuvo el discurso de adiós a esta hija predilecta de Granada.

El Municipio de Granada solicitó los restos de Sor María para rendirle una vela de honor, donde hicieron guardia las autoridades de la ciudad. Querían despedir en forma solemne a esta ilustre hija de Granada. El Dr. Héctor Mena le dio el último adiós en nombre de las exalumnas de Nicaragua.

Los restos fueron llevados luego a la capilla del Colegio María Auxiliadora, al colegio de su niñez y juventud, y allí pasaron la noche en espera de ser trasladados a Costa Rica.

Nos permitimos introducir aquí el testimonio de Emma Holmann de González, por parecernos algo inexplicable, pero maravilloso.

En la tarde del 7 de julio ella, ignorando que Sor María estuviera en Nicaragua y que hubiera ya muerto, la llamó por teléfono a Costa Rica

der pasar una hora por la mañana y otra por la tarde delante de Jesús Sacramentado.

La habitación destinada a ella le encontró demasiado bonita: sábanas muy finas y el colchón blando. Pidió a Pastora que le consiguiera otro colchón más duro, porque en el anterior no se podía reposar. Después de no poco buscar, lograron encontrarle el colchón pedido.

El jueves 7 la familia estaba en la playa, cerquita del agua. Sor María murmuró: "¡Oh, yo veo a Dios en cada gota de este mar! ¡Qué bonito debe ser morir ante el mar!".

Pastora le dijo después: "María, vete a descansar. Te llamaremos para la Misa de las 5 p.m."

El vuelo al cielo

Pastora y Chila se prepararon para la Santa Misa en la Catedral de León. Es una catedral grandiosa, de los primeros tiempos de la colonia y con cinco naves. Allí está la tumba de Rubén Darío, el máximo poeta de Nicaragua y de renombre mundial.



Sor María Romero alimenta a unas palomas.

En el jardín, cerca de la calle, el automóvil arrancó el motor. Las hermanas esperan, pero Sor María no llega. Se bajan del vehículo y van a llamar a la puerta de la habitación. Golpean hasta tres veces, pero no hay respuesta. Se decidieron y abrieron la habitación. Allí, extendida en el suelo, yacía Sor María, muerta y fría.

Había caído contra el lavamanos, hiriéndose la frente. Por el rebote pegó contra una consola de mármol, hiriéndose la nuca. El rostro estaba morado y ensangrentado.

El cadáver fue llevado al hospital San Vicente de la ciudad de León. El Dr. Ernesto López certificó que Sor María había muerto de un infarto cardíaco.

Se apresuraron a conseguir los documentos para poder conducir el cadáver de Sor María a Costa Rica. En Nicaragua, con disgusto lo dejaron partir, pero sentían que aquel sagrado cadáver pertenecía a su segunda patria, Costa Rica. Un sobrino le había preguntado a Sor María: "Tía, cuando mueras, ¿dónde quieres ser enterrada?". Ella contestó: "Naturalmente en Costa Rica".

La gratitud del pueblo

En la tarde del día 8, desde León, Sor María fue trasladada a Granada. Era la ciudad de su nacimiento, la ciudad de su niñez y de su juventud. Allí estaban la mayoría de sus parientes, sus exalumnas y muchas amistades. Ella siempre fue granadina. La recibieron en la catedral y allí le cantaron una Misa Solemne. Allí, al final de la Misa, el Dr., poeta y escritor, Pedro Joaquín Cuadra tuvo el discurso de adiós a esta hija predilecta de Granada.

El Municipio de Granada solicitó los restos de Sor María para rendirle una vela de honor, donde hicieron guardia las autoridades de la ciudad. Querían despedir en forma solemne a esta ilustre hija de Granada. El Dr. Héctor Mena le dio el último adiós en nombre de las exalumnas de Nicaragua.

Los restos fueron llevados luego a la capilla del Colegio María Auxiliadora, al colegio de su niñez y juventud, y allí pasaron la noche en espera de ser trasladados a Costa Rica.

Nos permitimos introducir aquí el testimonio de Emma Holmann de González, por parecernos algo inexplicable, pero maravilloso.

En la tarde del 7 de julio ella, ignorando que Sor María estuviera en Nicaragua y que hubiera ya muerto, la llamó por teléfono a Costa Rica:

como a las 7 u 8 de la noche. Ella era exalumna de Sor María en sus años de maestra en Granada. Habló con Sor María acerca de un problema y luego siguió conversando. Doña Emma conocía bien la voz de Sor María y asegura que fue ella la que la atendió en el teléfono. Hasta el día siguiente se enteró de que ya Sor María había muerto. Fue después al colegio y allí le permitieron despedir a Sor María con un beso en la frente.

En la capilla del colegio se celebró también una Misa de cuerpo presente, antes de trasladarla a Costa Rica. Tocó al órgano esta Misa Sor María Lourdes Argüello. Sor María le había dicho 23 años atrás, cuando era novicia, que ella le iba a cantar la Misa cuando muriera y que entonces le cantara el canto "Un día al cielo iré".

De nuevo en la casa de la Virgen

El gobierno de Nicaragua negó la solicitud que se le hizo, para que prestara un avión para trasladar los restos de Sor María a Costa Rica. Pudiera ser que esto lo hizo con el deseo de que los sagrados restos no salieran de Nicaragua.

En vista de lo cual el Sr. Juan Burgos telefoneó a un amigo en Costa Rica para que le enviara, a su costa, un avión para trasladar los restos.

Llegó el avión al aeropuerto de Las Mercedes, en Managua. Junto al ataúd subieron también la Madre Inspectora, otra Hermana, Pastora, hermana de Sor María, su hija Ana y la Sra. Guillermina Burgos, hermana de don Juan.

El avión aterrizó en el aeropuerto local Tobías Bolaños. De allí, en caravana, los restos fueron llevados a la Casa de la Virgen. Era el sábado 9 de julio. Centenares de personas desfilaron ante los restos. Se celebraron muchas Misas. Una de ellas fue celebrada por el Sr. Arzobispo Monseñor Carlos Humberto Rodríguez Quirós y otra por Monseñor Enrique Bolaños, Obispo de Alajuela.

El entierro fue algo nunca visto. Era una multitud de gente. Estaban presentes el Embajador de Nicaragua, el Presidente Electo Don Rodrigo Carazo Odio y altas personalidades. De todos lados llovían flores sobre el féretro.

El ataúd fue llevado procesionalmente al Cementerio General de San José. Allí fue depositada en la tumba de las Hermanas de María Auxiliadora, junto a otras numerosas Hermanas. Una gran estatua de mármol de María Auxiliadora cubre toda la tumba. Un grupo de mariachis entonó los

últimos cantos de despedida. Era el 10 de julio de 1977.

Doña Pastora Romero Meneses de Corea, hermana de Sor María, la despidió con una poesía que compuso para ella. Entre lágrimas escribió los siguientes versos.

*Para morir buscó a su patria
Y su postrer suspiro fue para ella.
Para morir huyó del mundo
y buscó la mar.
Y halló en la mar sublime soledad...*

*Las 5 de la tarde.
El sol se oculta en Occidente.
El cielo ostenta su limpio azul.
El viento con suave impulso,
Las copas de los árboles moviendo,
la mar ola ofrece de plata y de zafiro.*

*Las 5 de la tarde.
Una religiosa deslizase en el suelo.
Una religiosa sube al cielo.*

*Estaba sola en dulce calma,
con los ojos cerrados,
como desmayada, yerta.
Era sueño de amor...
Con el semblante de
una Virgen muerte.*

*Oh sueño venturoso.
Oh agosto silencio.
Oh tiempo.
Oh victoria.
Oh momento.*

*Sor María: la muerte
te quito del suelo,
te hiciste ángel y volaste al cielo...*

El triunfo final

Sor María dejó este mundo, pero lo dejó mejor de como lo encontró en el lejano 1902 en Granada. Sus obras fueron creciendo, gracias al trabajo de una docena de Hermanas de María Auxiliadora, que laboraban en la Casa de la Virgen.

Sor Laura Medal le sobrevivió mucho años. Ella fue la celadora de que las costumbres introducidas por Sor María se preservaran. Nadie mejor que ella conoció a Sor María y hasta llegó a decir que ella le había ayudado a Sor María a hacerse santa. Esta afirmación de Sor Laura se fundamenta en los años de trabajos, alegrías y penas que compartieron juntas. Muchas veces fue ella su único apoyo en el trajinar de la vida.

Sor Laura fue recogiendo uno a uno los papelitos donde Sor María escribía sus pensamientos y sus pláticas con Jesús y la Santísima Virgen. Ellos son un tesoro con el cual se ha podido conocer la vida espiritual de Sor María.

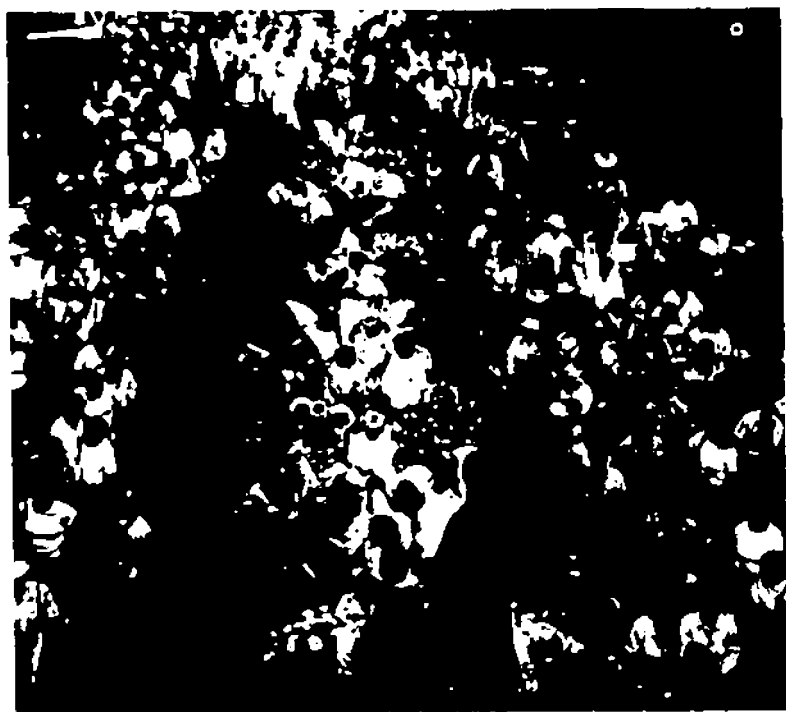
Ante la multitud de gracias y milagros conseguidos por intercesión de Sor María, la Iglesia vio en esto una señal de santidad. Por eso el Sr

Arzobispo de San José, Monseñor Román Arrieta Villalobos inició el proceso diocesano para su beatificación.

El inicio formal de este proceso tuvo lugar en la Iglesia Catedral, con una solemne Misa celebrada por el Sr. Arzobispo. Las ofrendas fueron presentadas por muchas personas que habían trabajado con Sor María. Consistieron en la presentación de varios objetos que ella había usado durante su vida.

El proceso duró de 1988 a 1992. Se recibieron multitud de testimonios y yo pude dar también el mío. Como parte del proceso en 1989 se procedió a la exhumación de los restos de Sor María, que luego fueron depositados en la Casa de la Virgen, al lado de la capilla. Se construyó un hermoso mausoleo y allí reposan estas preciosas reliquias. Al frente está el jardincito de rosas cultivado por Sor María.

El mismo año 1989, el 29 de mayo, la Asamblea Legislativa de Costa Rica, por el decreto 2633, declaró a Sor María Ciudadana de Honor. Este es el máximo galardón que en Costa Rica se concede a un ciudadano extranjero.



Desfile en conmemoración a la beatificación de Sor María Romero

Para esa ocasión se convocó a los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores, Exalumnas y colaboradores de Sor María a un brindis en el Salón de Expresidentes en la Asamblea Legislativa. Allí se leyó el decreto, que fue recibido con un aplauso.s

El 4 de setiembre de 1990 se le dio el nombre de "Calle Sor María Romero" a la calle 32, que pasa frente a la Casa de la Virgen. Se colocó una placa metálica que dice así: "CALLE SOR MARIA ROMERO. A la gran bienhechora de la patria, la Sierva de Dios Sor María Romero Mene-ses, el Excelentísimo Sr. Presidente de la República, Rafael Ángel Calderón Fournier, Municipalidad de San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, 4 de setiembre de 1990".

Finalmente el domingo 14 de abril del 2002 Sor María fue declarada beata. Junto al gran retrato de Sor María en el frente de la Basilica de San Pedro en Roma, estaban también los retratos de otros dos beatos Salesia-nos de Don Bosco: El Padre Luis Variara, de Colombia, apóstol de los le-prosos, y el Hermano Coadjutor Artémides Zartti, de Argentina, apóstol de los enfermos.

Entre los que asistían a esta beatificación de Sor María Romero, esta-ban también el Presidente Miguel Angel Rodríguez de Costa Rica y el Pre-sidente Bolaños de Nicaragua. El Papa Juan Pablo II declaró a estos tres beatos, junto a otros beatos de otras congregaciones.

El camino ha sido muy largo, aunque no ha terminado. Se necesitan todavía nuevos milagros por intercesión de la Beata Sor María Romero para que alcance la canonización en la gloria de los santos.

APENDICE



"Buenos días, Jesús. Aquí vengo a saludarte. Vives tan solo. Ven a mi alma, Jesús".

Beata Sor María Romero

INDICE DEL APÉNDICE

Las galletas multiplicadas	09
Una llaga sanada	00
Lo van a matar	10
El novio vendrá a buscarte	12
Sor Romero	12
<i>Toque fuerte la campanilla</i>	13
La tía de noventa años	14
El niño salvado de la muerte	15
El tigüilate	16
El bastón de Sor María	17
Sanada de una grave infección del oído	17
Sor María intuía la verdad	17
El tumor que desaparece	17

Nota: Al sacar a la lectura pública la biografía de la beata Sor María Romero, fueron apareciendo nuevas anécdotas sobre su vida. Todos los testimonios que he recibido son de personas maduras y serias. Pongo aquí estas anécdotas para conservarlas para la posteridad y para que nos ayuden a aumentar nuestra fe y a acercarnos más a Jesús y María.

Las galletas multiplicadas

La persona que nos narra esto es doña Isabel Jiménez Nema, con residencia en Escazú. "En el año 1955 me pidió Sor María que le ayudara a repartir galletas en una de las fiestas que ella preparaba para atraer a los niños.

Era el 28 de diciembre, día de los Inocentes. Yo era una de sus misioneritas. En la plaza, frente al Colegio María Auxiliadora había varios centenares de niños y niñas. Sor María me entregó una caja de lata de las que se usaban en esos años para guardar las galletas, con el fin de que no se echaran a perder. Al mismo tiempo me dijo:

- Te doy una lata de galletas, porque sólo esto fue lo que me dieron a mí.

- Y a quienes les reparto?, pregunté a Sor María.

- Naturalmente a todos los niños y niñas que han venido y a sus mamás también, me respondió.

- Pero esto no alcanza, le repliqué viendo la cantidad de niños que estaban en la plaza.

- Claro que alcanza, dijo.

Al mismo tiempo extendió las manos sobre la lata de galletas en actitud de oración. Comencé a repartir a todas las filas que iban pasando. De vez en cuando Sor María venía y me preguntaba cómo iba todo. Yo le respondía que muy bien y seguía repartiendo galletas a manos llenas. Ella volvía a imponer las manos sobre la caja de galletas y oraba. Esto se repitió varias veces. Al terminar miré el interior de la lata de galletas y estaba a la mitad. En vez de faltar, las galletas más bien habían sobrado, gracias a las imposiciones de manos y la oración de Sor María. Dios había multiplicado el alimento para que sus hijos e hijas pudieran gozar de la fiesta. San Juan Bosco había multiplicado las castañas para sus muchachos. Sor María, imitando a su santo fundador, multiplicó las galletas para sus oratorianos".

Una llaga sanada

El siguiente testimonio me lo dio una señora de condición humilde, después de la celebración de la Santa Misa en la Casa de la Virgen. Ella me dijo: "Me acerqué a Sor María y le dije que quería hablarle. Estábamos en la puerta lateral de la capilla. Ella me respondió como lo hacía con frecuencia: Estoy muy ocupada, ¿pero qué se te ofrece?".

Le expuse mi caso. Tenía allí conmigo un niño de 8 años. El pobrecito

tenía detrás de la oreja una llaga que estaba supurando. Lo había llevado al médico, pero la llaga no se sanaba. Seguía supurando.

Sor María le puso la mano encima de la llaga. Hizo oración un breve momento y luego me dijo: "Ya está curado". La llaga continuaba, pero al día siguiente estaba completamente sano". Esto sucedió hacia el último año de vida de Sor María. Realmente ella estaba muy cansada y con no poco trabajo, pero procuraba no rechazar a nadie.

Lo van a matar

Es don Francisco Berrocal quien dio este testimonio. Me dijo: "Antes yo era vecino del Barrio San Bosco, pero ahora vivo en Hatillo. Sor María andaba buscando un niño que ayudara la Santa Misa. Yo me ofrecí y fui a ayudar de monaguillo. Llegado el momento, Sor María me agarró de la oreja y me sacó de la capilla. Esto se debió a que yo estaba jugando con la campana y tocándola fuera de tiempo".

Más tarde don Francisco se hizo trailero y viajaba a toda Centro América en su camión. Un día Sor María le dijo:

- No pase por Honduras, porque lo van a matar.

- Pero Sor María, replicó él. ¿Cómo hago, porque tengo que atravesar Honduras para ir a El Salvador y Guatemala?

- Pues hágase el enfermo, le contestó Sor María.

Así se hizo de verdad don Francisco. Pero sucedió que en realidad se enfermó y tuvieron que llamar al médico. Este fue a verlo y le recetó varios días de incapacidad laboral, durante los cuales no podría trabajar.

Un compañero suyo, de apodo Chigüín, tomó su lugar y viajó a Nicaragua y Honduras. Allá lo asesinaron a puñaladas en un expendio de gasolina en Pespire, al sur de la capital.

"Estoy vivo porque la monición de Sor María me salvó la vida, pero ¿Cómo supo ella lo que iba a pasar? Lo ignoro todavía. Dios se lo comunicó".

El novio vendrá a buscarte

Soledad Rojas Jiménez es una señora de Palmares de Alajuela. Tuvo varios hijos y proviene de una familia humilde. Entró al Colegio María Auxiliadora de San José como "Hija de Casa". Así llamaban antes a las mucha-

chas que entraban a trabajar en los servicios del colegio y allí vivían permanentemente.

Ella estuvo casi dos años en esta condición y por lo tanto en contacto permanente con Sor María Romero. Conserva Soledad muchos recuerdos de Sor María, pero, dice ella, nunca pensó que Sor María llegaría a ser santa de altar. Era sólo una religiosa ejemplar.

Hablando con Sor María un día le dijo:

- Ustedes no quieren que yo me haga monja de María Auxiliadora.

Tengo miedo que tampoco me podré casar, pues ustedes no permiten que uno salga de aquí a buscar novio.

- Tú te casarás cuando Dios quiera, fue la respuesta de Sor María y añadió: El novio puede venir a buscarte aquí.

Así sucedió. Un muchacho, que ya la conocía antes, fue directamente al colegio a proponerle matrimonio. Soledad salió del colegio para casarse al poco tiempo, como había concertado con el que sería su futuro esposo. Ha sido un matrimonio con no pocas dificultades, pero ha permanecido unido por muchos años.

Cuenta también Soledad que cierta vez le preguntó a Sor María: "¿Por qué cuando la saludamos diciendo: "Viva Jesús", usted nos contesta: "Viva María", cuando ya se ha alejado de nosotras?" Ella sencillamente contestó: "Es que siempre voy meditando los misterios del rosario y no me gusta hablar con nadie antes de haber terminado cada misterio".

Soledad también recuerda que varias veces Sor María también la invitó a que la acompañara a llevarles café a unos obreros que estaban trabajando en el cafetalito. Esta plantación de café era pequeña, como de tres o cuatro mil metros cuadrados (aproximadamente media manzana). A Soledad no le agradaba mucho esto, pues en el cafetalito no faltaba el lodo.

Al llegar al terreno, repartían el café a los trabajadores. Luego en más de una ocasión Sor María le dijo: "Tengo fe de que aquí algún día habrá una casa grande, donde se pueda acoger a los pobres". Actualmente allí esta la Casa de la Virgen para las obras sociales.

En otra ocasión Sor María le pidió a Soledad que le ayudara a lavar unas cajitas de plástico para poner en cada una un rosario, que ella pensaba regalar a sus oratorianos. Cuando Soledad vio tantas cajitas, le dijo:

- Sor María, son muchas.

- Donde hay voluntad nada cuesta, le contestó la religiosa.

Sor Romero

Me contó una señora que en cierta ocasión, hablando con Sor María, le dijo: "Sor Romero". Ella la interrumpió y le repuso: "No me quite lo más lindo que tengo, el nombre de María". Para ella, Jesús y María eran lo máximo, eran su Rey y su Reina.

Toque fuerte la campanilla

Nos cuenta don Gonzalo Madrigal que en los sábados se celebraban hasta cuatro misas en la Capilla de la Virgen. El estaba casi siempre ayudando en estas misas como monaguillo, a pesar de que era una persona mayor.

Pues bien, Sor María le dijo más de una vez: "Gonzalo, toque fuerte la campanilla antes de la elevación, porque quiero oírla donde quiera que yo esté. Quiero venir, al menos al momento de la elevación a saludar a mi Rey (Jesús)".

Don Gonzalo lo hacía así y se veía a Sor María aparecer en ese momento. Venía casi corriendo por las escaleras, los pórticos o del cuarto. Todo trabajo que estaba haciendo lo dejaba para venir a saludar a Jesús, su rey.

La tía de noventa años

Don Gonzalo Chávez Rivera fue una persona que, junto con su esposa Cielo, gozaron grandemente de la amistad y confianza de Sor María y esto por mucho tiempo.

Entre las muchas anécdotas que recuerda, dice don Gonzalo que una vez una tía suya se enfermó y hubo que llevarla a la Pensión Echandi del Hospital San Juan de Dios. Tenía la tía una oclusión intestinal. Por la edad no se atrevían a operarla. Don Gonzalo vino donde Sor María y le habló del caso.

- ¿Cuántos años tiene tu tía?, le preguntó Sor María.

- Noventa años, respondió don Gonzalo.

- Ya ha vivido mucho, le dijo Sor María. ¿Qué, espera más? Llévela una botellita de agua de la Virgen. Usted ya sabe cómo usarla, y lo dejó Sor María.

Don Gonzalo hizo lo que Sor María le dijo y se fue al hospital con la bote-

llita de agua de la Virgen. Le dio un vaso de esa agua a la enferma. Ella poco a poco se la bebió.

Le habían sacado una radiografía a la enferma. Al día siguiente apareció el médico y ordenó una nueva radiografía. Cuando la trajeron, el médico la comparó con la radiografía anterior. Se acercó luego a don Gonzalo y le enseñó las dos: "Mire, le dijo. No sé lo que ha pasado. En la primera radiografía se ve la señal de la oclusión y en la segunda se ve ya sana. Su tía no necesita operación".

Don Gonzalo emocionado, tomó un taxi y se vino al momento donde Sor María. Le contó todo y Sor María le respondió: "Dios es el que hace las cosas. Se puede servir de ti, de mi o de cualquier otra persona". La humildad es verdad y así era la humildad de Sor María. La tía vivió varios años más y murió a la edad de 105 años.

El niño salvado de la muerte

Sucedió en el año 1974. Lidia Jiménez Vásquez de Palmares, era madre de un niño de 12 años, Olger Castillo Jiménez. El niño enfermó por un golpe en una pierna y fue internado en el hospital de San Ramón de Alajuela. Debido a la gravedad de su enfermedad, fue trasladado, por orden médica, al Hospital de Niños de San José, donde sería mejor atendido.

Allí pasó por una serie de enfermedades todas mortales, que lo hicieron permanecer casi todo el tiempo en cuidados intensivos. Un día el médico le dijo a doña Lidia que lo probable era que su hijo tuviera sólo unas seis horas de vida.

Al Hospital de Niños fue llevado por hostiomeilites (enfermedad ósea). Apenas controlada esta enfermedad aparecieron nuevamente sucesivas complicaciones todas mortales. Doña Lidia conserva todas las constancias médicas de cada enfermedad. Primero vino la septicemia (invasión del cuerpo de orden bacteriológico); luego pericarditis (enfermedad que afecta el corazón); vino a continuación una insuficiencia cardíaca; por último apareció una enfermedad pulmonar. Cada enfermedad era consecuencia de la anterior.

Mientras tanto doña Lidia al principio no se separaba de las habitaciones del hospital. Para acercarse a su hijo, vez por vez, debía desinfectarse y ponerse ropa hospitalaria limpia.

Mientras se encontraba en esta situación desesperada desde el princi-

pio, una señora, viéndola en estos apuros, le aconsejó que fuera a visitar a Sor María Romero para exponerle su caso. Ella asegura que no conocía a Sor María y no sabía dónde vivía. La señora que le habló de esta religiosa se ofreció a acompañarla, diciéndole que Sor María vivía a unos 500 metros del Hospital de Niños.

Doña Lidia dejó el hospital y fue a hablar con Sor María. Le encontró recibiendo otras personas. Cuando le llegó el turno, se acercó a la religiosa y le expuso su caso: su Hijo se estaba muriendo.

Sor María la escuchó. Luego le dio un papelito donde estaba escrita la Magnificat, o canto de la Santísima Virgen y otras medallitas. Le dijo que rezara todos los días el rosario. Le dio una botellita pequeña de inyección con agua de la Virgen. Le añadió que, en un momento que se descuidaran las enfermeras, entrara al salón de cuidados intensivos y le echara en la boca unas gotas de agua a Olger, el enfermo. Esto debía hacerlo en esa forma porque a doña Lidia le estaba prohibido introducir en el hospital cualquier comida o bebida para su hijo.

Le pidió también que, cuando el niño estuviera curado, se lo llevara para bendecirlo. Le enseñó la oración: "Pon tu mano, Madre mía. Ponla antes que la mía. Por la Santa Cruz líbranos Señor de todo mal. María Auxiliadora, que triunfe tu poder y tu misericordia. Líbranos del demonio y de todo mal y escóndenos bajo tu manto".

Dice doña Lidia que tiene ya más de treinta años de rezar diariamente esta oración. Sor María le dio también un librito de los cinco Sábados en honor de María y un librito de la novena de María Auxiliadora.

Doña Lidia asegura que diariamente ha rezado la novena de María Auxiliadora. Un día, cuando fue a rezarla, notó que se le había extraviado el librito. Buscó desesperadamente y no pudo encontrarlo. Se acostó y en horas de la madrugada se despertó. Entre los dedos índice y el pulgar tenía apretado el librito de la novena. Enseguida se sentó y la rezó. Ella opina que Sor María se la puso entre los dedos.

Para darle ánimo, Sor María le contó que hacía poco había venido una señora con un joven. Ella le había visitado poco antes para exponerle su caso: su hijo había estado once años en el hospital psiquiátrico. Gracias a las oraciones, allí estaba sano. Le aseguró a doña Lidia que su hijo también sanaría.

El hijo de doña Lidia, fue operado del corazón. Ese día su madre permaneció todo el día en la Casa de la Virgen, orando por el niño. Al llegar la tarde fue al hospital; no quería subir al cuarto de su hijo, porque lo creía muerto. El médico le insistió que pasara y ella subió. Encontró a su hijo

en plena recuperación y comiendo. Olger había permanecido un mes en el Hospital de Niños, más ocho días que estuvo internado en el Hospital de San Ramón. Doña Lidia lo llevó donde Sor María, apenas le dieron la salida. Era un 24 de diciembre. El niño parecía sólo piel y huesos. Sor María lo recibió y lo bendijo. Poco a poco se restableció y siguió la vida normal, ahora ya es un hombre.

Doña Lidia deseaba mucho dar este testimonio y se alegró cuando fui a pedírselo, ya que una hermana de ella me había hablado de esto. Como que ya se había librado de un peso en la conciencia y podía dar públicamente gracias a Dios por medio de Sor María.

El tigüilate

Doña Carmen Rovira Guido me escribió este testimonio. Comienza así: "Mi esposo se llama José Raventós Coll. Conocimos a Sor María porque nuestra hija era muy enfermiza. Le teníamos una enfermera fija, pues cada diente o colmillo que le salía era una tragedia. En ese momento trabajaba para nosotros una señora muy buena, que me dijo:

- Doña Carmen, por qué no va donde la monjita que cura. Se llama Sor María Romero y es nicaragüense. Si quiere, le pido una cita con ella.

Yo acepté y a partir de ese momento surgió una gran amistad entre nosotros y ella, hasta que Dios de la llevó al cielo. Ella tenía mucha confianza con mi marido y lo llamaba a cualquier hora para pedirle ayuda. Sor María sabía que yo cumplía años en mayo y una noche de ese mes, a las once de la noche, llamó a mi esposo y le dijo:

- Pepe, yo tengo el regalo para Carmen.

- ¿Qué es, Sor María?

- Un tigüilate, contestó ella.

- Sor María, ¿qué es eso?, le dijo mi esposo.

- Bueno, le dijo ella. Pasa mañana cuando vas para el trabajo y te lo doy. Eso sí, es muy caro, pero ya verás cómo es de lindo. Apenas bueno para Carmen.

Después de esta conversación Pepe y yo nos quedamos de una pieza. ¿Qué sería el tigüilate? Tal vez un chompipe, un pájaro o cualquier otro animal, porque ella sabía que nos gustaban los animales.

Al día siguiente llegó mi marido y me dijo al entregarme una bolsita: "Ahi tenés el tigüilate". Era una bolsita con un joyerito adentro.

La abrí y era una linda perla montada en un anillo. Tiempo después

supe por una amiga de Nicaragua que allá le llaman tigüilate a un brillante o a una perla.

Así era Sor María: siempre buena y agradecida con sus colaboradoras. Como San Juan Bosco, de vez en cuando hacía obsequios a sus cooperadores para mostrarles agradecimiento por sus ayudas.

El bastón de Sor María

Narra doña Isabel de Sáenz: "Mi papá don Pepe Jiménez fue una persona muy relacionado con Sor María. Ella le tenía mucho aprecio y lo llamaba siempre que lo necesitaba. Don Pepe fue minero y viajó por todo el país y fuera de Costa Rica.

Como tenía que caminar por lugares escarpados en exploraciones mineras, don pepe se fabricó un bastón fuerte, aunque no muy elegante. Tenía la costumbre de escribir en el bastón el nombre de cada campamento donde pernoctaba.

Más tarde don Pepe dejó su profesión de minero y se radicó en San José. Cuando Sor María inició el trabajo de la construcción de las ciudadelas para los pobres, debía ella inspeccionar muchos lugares en busca del sitio apropiado para construir. Tenía que subir y bajar colinas y esto era difícil para ella por la artritis que padecía.

En vista de esto don Pepe le regaló su bastón, a pesar de que era un objeto de muchos recuerdos para él. Sor María se encariñó tanto con este bastón, que siempre que tenía que ir a las ciudadelas, nunca iba sin su bastón. Don Rodrigo Barzuna recuerda haber acompañado a Sor María muchas veces a estos menesteres y de haber bajado y subido colinas en busca de un terreno apropiado para las viviendas de los pobres.

Ahora este bastón se conserva en el museo de la Casa de la Virgen, todavía se puede ver en él lo escrito por don Pepe.

Sanada de una grave infección de oído

Doña María Eugenia Aguiar había sido alumna de Sor María en el Colegio María Auxiliadora de San José. Ella nos cuenta que a los tres años de edad a su hija Julieta Cubero se le manifestó una infección muy fuerte en el oído izquierdo. La atendieron en el Hospital de Niños durante casi un año.

Le pusieron muchos antibióticos y la aparentemente enfermedad sanó.

De vez en cuando a Julieta le volvían las molestias. Cercana ya a los seis años se le manifestó con más fuerza la infección, siempre en el oído izquierdo. Una radiografía manifestó el problema: de la cabeza le bajaba líquido a través del hueso mastoide. El tímpano se le veía negro. Se pensaba seriamente en colocarle algunos conductos de plástico en el oído en vez de los naturales.

Ante esta situación doña María acudió con su niña a Sor María y le contó el problema. Sor María sacó una botellita de agua que tenía en la bolsa de su hábito y le echó unas gotas en el oído izquierdo de la niña.

Conste que todavía nadie le había dicho a Sor María cuál era el oído enfermo. Al echarle el agua de la virgen en el oído de la niña, Sor María dijo a doña María Aguiar: "Ni ahora, ni nunca te van a operar a tu hija", eran como las diez de la mañana.

Ya anocheciendo fue doña María con Julieta, su esposo y otras personas al consultorio del doctor para hacer a la niña los exámenes finales y al día siguiente operarla. Le hicieron una radiografía y el tímpano aparecía ya blanco. Cuando le hicieron los exámenes de audiometría, la niña que se encontraba dentro del cubículo aislado, entendía perfectamente y repetía todo muy bien.

El médico, extrañado de que la niña tuviera una audición tan buena, volvió a examinarla y dijo que estaba muy bien, y que ya no necesitaba operación. No contaron al médico nada de lo que había hecho Sor María y le dijeron que eso era un milagro. El médico sólo les dijo: "Pues sigan pidiendo a Dios". El agua de la Virgen le había restablecido a Julieta los conductos auditivos dañados y la había sanado. Esto sucedió ya al final de la vida de Sor María.

Sor María intuía la verdad

Doña Nora Volio de Martí es una señora que conoció a Sor María y la trató por muchos años. Ella vive en Sabana Norte en San José. Las anécdotas que tienen sobre esta religiosa son numerosas. En su trato con Sor María llegó a considerarla como una santa.

Dice doña Nora que Sor María sabía quién vivía en pecado y quién mentía. Al respecto cuenta que una señora de la alta sociedad le pidió que la llevara donde Sor María. Ella aceptó la petición y la condujo con la religiosa. Sor María sólo saludó a la señora y le dijo a doña Nora: "Déle el librito y que lo practique".

Era este un librito de oraciones y de recomendaciones para llevar una vida cristiana. Después Sor María se dio media vuelta y se retiró. Doña Nora quedó avergonzada, pero después le dio la razón a la religiosa. Ella supo que la señora no llevaba una vida muy buena y que siguió igual.

Es diferente el otro caso que doña Nora también presenció. Llegó a la Casa de la Virgen un señor humilde. Sor María lo saludó con cariño y lo atendió en la consulta que hizo. Hay que notar que Sor María no conocía antes a este señor.

El mismo señor apareció otra vez en la Casa de Virgen. Sor María le dijo a doña Nora: "Ese hombre ya se está curando del alcoholismo".

Entonces entendió ella por qué lo había tratado antes con tanto afecto, ayudándole en esta forma a superar su vicio. Era una persona de buena voluntad.

Otro caso que conoció doña Nora es el siguiente. Una muchacha nicaragüense tuvo un hijo sin estar casada. La mamá se disgustó mucho y maltrataba mucho a su hija. Esta familia consultó a Sor María por qué el niño lloraba casi continuamente día y noche, era un tormento. Casi no podían dormir. Sospechaban que podía haber algo no natural en este problema.

Sor María fue a la casa de esta familia y viendo que allí podría estar actuando el enemigo en el llanto exagerado del niño, roció con agua bendita el cuarto del niño e hizo oración, teniendo un crucifijo en la mano.

Terminado esto, dijo a la familia: "El llanto se terminó y hoy ustedes van a dormir bien, pero usted señora, perdone a su hija". Así sucedió, terminaron los llantos del niño y la madre perdonó a su hija y hubo paz en el hogar.

El siguiente caso tocó directamente a doña Nora. Un hijo de ella sufría artritis paralizante. Le dificultaba el andar y cada día iba peor. La cura médica de poco servía. Además, el niño estaba rebelde y no quería tomar las medicinas. Doña Nora le expuso el caso a Sor María y ella habló con el niño por teléfono, haciéndole ver que debía tomar las medicinas. Le añadió luego que ya iba a aparecer una medicina que lo iba a curar.

En efecto, poco después supieron de un médico de origen chino, que había llegado a Panamá y era famoso en atender las enfermedades del tipo que tenía el hijo de doña Nora. Decidieron entonces enviar el niño a Panamá para que fuera atendido allá. Pero el muchacho se negó a ir a Panamá. Doña Nora habló a Sor María del problema. La religiosa volvió a tomar el teléfono y habló con el jovencito. Lo convenció y el niño fue a Panamá. Allá fue atendido y el mal desapareció completamente, ahora es un hombre sano.

El tumor que desaparece

Doña María de los Angeles Morales Bejarano, vecina de Moravia proviene de una numerosa familia integrada por nueve hermanos. Todos son grandes devotos de la Virgen María Auxiliadora gracias a la devoción que le inculcara su tía Josefina Morales Fernández.

Esta devoción se ha extendido a sus sobrinos y demás familiares. Son de las fervientes seguidoras de la Virgen que realizan la novena y visitan con frecuencia el templo ubicado en el Barrio Don Bosco. Inclusive son las primeras en ir a las mañanitas los días 24 de mayo en horas de la madrugada.

Su madre se llamaba Rosa Bejarano Gómez y estuvo casada con Manuel Morales Fernández, un conocido barbero de los barrios Aranjuez en San José y Carlos María Ulloa en Goicoechea.

A principios de la década de 1970 doña Rosa comenzó con problemas digestivos muy fuertes, razón por la cual fue internada en el Hospital Calderón Guardia. Después de múltiples estudios y exámenes fue detectado un tumor canceroso muy grande, aproximadamente del tamaño de una pera. Para esto, ya la familia se había puesto en oración y por supuesto visitaron a Sor María Romero dos días antes de que doña Rosa fuera operada. Las hijas estaban destrozadas y muy preocupadas por lo que podría suceder. Sor María se acercó a María de los Ángeles y le tocó la espalda en manifestación de cariño y le dijo: ¿Dónde está tu acto de fe? Tú mamá se curará pronto. Lévale el agua bendita y pidan con mucha devoción por ella. Al día siguiente la enferma fue sometida nuevamente a radiografías y otros exámenes médicos y el tumor había desaparecido.

Doña Rosa no fue operada y a los pocos días fue dada de alta bajo el asombro de médicos y enfermeras.

Sor María quería propagar la devoción de la Virgen y parte de esto consistía en manifestar el milagro realizado. Así lo hizo el hijo de doña Rosa, el conocido periodista Manuel Emilio Morales Bejarano, un sábado en la misa de las cuatro de la tarde. Posteriormente fue publicado un campo pagado en un periódico nacional agradeciendo el milagro recibido.

Cuatro o cinco años después nuevamente fue requerida la ayuda de Sor María ya que doña Rosa fue remitida al Hospital México en esta ocasión con una apendicitis. Sin embargo, al ingresar al centro médico hubo otra opinión médica y no fue operada con la prontitud requerida. Doña Rosa estaba muy mal y nuevamente sus hijas fueron a pedirle a Sor María les apoyara con sus oraciones.

Así se realizó y gracias a la intervención oportuna del doctor Rodrigo Campos fue operada de emergencia. Estaban frente a un cuadro de peritonitis y la cirugía fue de alto riesgo porque doña Rosa estaba muy débil y el corazón podía fallar. La operación que debía durar unas 2 horas se prolongó por 4 o 5 horas según recuerdan sus hijas. Ellas agradecen profundamente al doctor Rodrigo Campos y al Doctor Hempell que se esmeraron en la atención de doña Rosa y por supuesto a la fe en la Virgen María que permitió superar todos los obstáculos.

Doña Rosa Bejarano Gómez murió once años más tarde siendo fiel ejemplo de vida cristiana y manifestando una gran devoción a la Virgen María Auxiliadora. Falleció el 20 de octubre de 1986. Los descendientes de doña Rosa han continuado recibiendo bendiciones y milagros que no publicamos por haber ocurrido después de la muerte de Sor María.

¿Te acuerdas, mi amado buen Pastor, cómo me sentía feliz, felicísima, cuando hacía de pastorcita, imitándote al bajar y subir aquellas empinadas cuestas, pedregosas y resbaladizas, para ir a recoger a los niños? ¿Y cómo mi corazón rebosaba de alegría cuando me encontraba en medio de ellos, enseñándoles a no apartarse de ti. ¿Te acuerdas también como mi alma se henchía de gozo cuando por ti sufría aquellas horas y horas de sol abrasador, para que los niños jugaran? ¿Y cuándo para ir al encuentro del camión, caminaba bajo aquellos aguaceros torrenciales, que me llegaban hasta las rodillas y me calaban los huesos? ¿Y cómo después de estos domingos de trabajo intenso y agobiador, quedaba llena de júbilo por haber tenido la dicha de sufrir por ti?

Beata Sor María Romero

BIBLIOGRAFIA

Grassiano Maria Doménica. Con María Toda para Todos, como Don Bosco. (Roma, 1987).

Herrera Sor Nora María, Breve Vida de Sor María Romero. (San José, 2001).

Martirani Giuliana, María Romero. (Madrid, 2002).

Romero Meneses María, Las Obras Sociales de las Hijas de María Auxiliadora en San José de Costa Rica. (San José, 1997).

Varela Sor Nidia, La verdad del amor. Manuscrito. (Curridabat, 2001).

Bolaños Quesada Mons. Enrique, Sor María Romero Meneses. (Alajuela, 1978).

Alumnas de Sor María, Sor María con la mirada en los cielos y los pies en la tierra, anécdotas. (San José, 2002)

Dalcerri Sor Lina, Sierva de Dios María Romero Meneses, Escritos Espirituales- Tres Tomos. (Roma, 1990).

LIBROS PUBLICADOS POR EL PADRE LUIS PACHECO

- **Chispas de humor**
Tomos del 1 al 6
- **La oración de Jesús en los evangelios**
Aprenda a orar como Jesús
- **Dios habla con su pueblo**
¿Cómo aprender a escuchar la voz de Dios?
- **Servidores de la Iglesia de Jesús**
Laicos dedicados a evangelizar
- **Religiosidad Maya Kekchi alrededor del maíz**
El mejor libro que se ha publicado sobre este tema
- **Tradiciones y costumbres del pueblo Maya Kekchi**
Los Mayas de Guatemala
- **Testigos del Señor**
Testimonios de conversión
- **Los refugiados y apariciones de Cuapa**
El calvario de los refugiados nicaragüenses en Costa Rica y las apariciones de la Virgen en Nicaragua.
- **El comunismo visto por el cristiano**
¿Qué debe pensar un cristiano de la teoría comunista?
- **Salmos e himnos de alabanza**
Orar con la Biblia
- **Biografía del Padre Marco Aurelio Fonseca**
Mártir de Cristo en Angola
- **La nueva evangelización**
- **Mi Pequeña Biblia**
- **Biografía de la Beata Sor María Romero**



Mausóleo de Sor María Romero